



*No me preguntes cómo pasa el tiempo*  
Ruta literaria de la Generación del Bicentenario

**COORDINACIÓN GENERAL:**

Gabriela Astorga  
Iván Cruz  
Alina Hernández  
Benjamín Morales  
Kin Navarro  
Jocelyn Pantoja  
Alberto Trejo

**APOYO LOGÍSTICO:**

Ulises Granados  
Alfonso Montoya  
Renata Olmedo  
Svetlana Pribiloska

**RELACIONES PÚBLICAS:**  
Alejandro Sandoval

**TALLERISTAS:**

César Cortés  
Nicole Delgado  
Tanya de Fonz  
Marco Fonz  
Mariana Gándara  
Leopoldo Lezama

**INVESTIGACIÓN HISTÓRICA E ICONOGRÁFICA**

Paulina des Champs Ramírez  
Mara Huerta Chávez  
Esteban King Álvarez  
Citlalli López Maldonado

**MUSEOGRAFÍA Y ARTES PLÁSTICAS:**

Carlos Vieyra

**CARTEL:**

Santiago Robles Bonfil

**COLECCIÓN:**

Generación Literaria del Bi-100 :

**COORDINACIÓN EDITORIAL:**

Jocelyn Pantoja

**ASISTENTE EDITORIAL:**

Jorge Rubio

**COMPILACIONES:**

Edgar Omar Avilés (narrativa);  
Iván Cruz y Benjamín E Morales (poesía);  
Luis Téllez-Tejeda (crónica);  
Noé Morales (teatro)  
Jorge Rubio, Jocelyn Pantoja  
y Jaime Woolrich (edición).

**DISEÑO GRÁFICO EDITORIAL:**

Hernán García Crespo

**FORMACIÓN EDITORIAL:**

María José Fariás Barba

**DONACIÓN DE FOTOGRAFÍAS**

Jefté Argüello  
Mariana Barreiro  
Emilio Belin  
Juan Leduc  
Alejandro Meléndez







*Códices en el asfalto.*

Narrativa

Compilación y selección:  
Édgar Omar Avilés



*Códices en el asfalto. Narrativa*

Generación literaria Bi-100. Ciudad de México, 1970-1987

COMPILACIÓN Y SELECCIÓN: Edgar Omar Áviles

AUTORES: ©Monica B. Brozon, ©Sergio J. ©Monreal, ©Bernardo Fernández BEF, ©Arturo Morán , ©Rodolfo J. M., ©Gonzalo Soltero, ©Gerardo de la Cruz, ©Rogelio Flores, © Gerardo Piña, © Raquel Castro , ©José Luis Enciso , ©Humberto Macedo, © Alejandro Sánchez Miguel "Alejón", ©Paulette Jonguitud , ©Gilma Luque, © Iliana Vargas, ©Daniela Bojorquez , ©Mauricio Salvador, ©Sandra Becerril , ©Juan Maya , ©Eduardo Uribe, ©Brenda Lozano, ©Alfonso Nava, ©Carlos Talancón, ©Sergio Loo (1982), ©Emilio B. Frosel, ©Agustín Goenaga, ©Rodrigo Tizano Márquez , ©Antonio Montufar, ©María del Pilar Piñones, ©José Antonio Sánchez

Primera edición en México

Agosto 2008

EDICIÓN: Asociación de Escritores de México A.C.

Calle 24 esq. Cerrada La Pirámide sin número, Col. San Pedro de los Pinos,

CP. 03800, Benito Juárez, México, D.F.

Tel. (55) 33 30 06 69, [www.asociaciondeescritores.org](http://www.asociaciondeescritores.org)

COORDINACIÓN EDITORIAL: Jocelyn Pantoja

ASISTENTE EDITORIAL Y CORRECCIÓN: Jorge Rubio

DISEÑO GRÁFICO EDITORIAL: Hernán García Crespo

FORMACIÓN: María José Farías Barba

PORTADA: Alejandro Meléndez Ortiz

INVESTIGACIÓN HISTÓRICA E ICONOGRÁFICA

Paulina des Champs Ramírez

Mara Huerta Chávez

Esteban King Álvarez

Citalli López Maldonado

ISBN: 978-607-491-002-5

Todos los derechos reservados

Los derechos de reproducción de las imágenes de este libro se sujetan al artículo

18 de la ley federal de derecho de autor en México

Impreso en México

GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL

Lic. Marcelo Ebrad Casaubon

JEFE DE GOBIERNO DEL DISTRITO FEDERAL

Dr. Enrique Márquez

DIRECTOR DE LA COMISIÓN DE LAS CELEBRACIONES DEL BICENTENARIO

DE LA INDEPENDENCIA Y DEL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN EN LA CIUDAD DE MÉXICO.

ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE MÉXICO A.C.

Alberto Trejo Mendoza

PRESIDENTE

Berenice Granados

VICEPRESIDENTE

Fernando Corona

SECRETARIO GENERAL

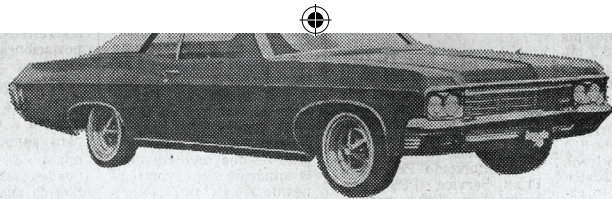
# *Códices en el asfalto.*

Narrativa

Compilación y selección:  
Édgar Omar Avilés

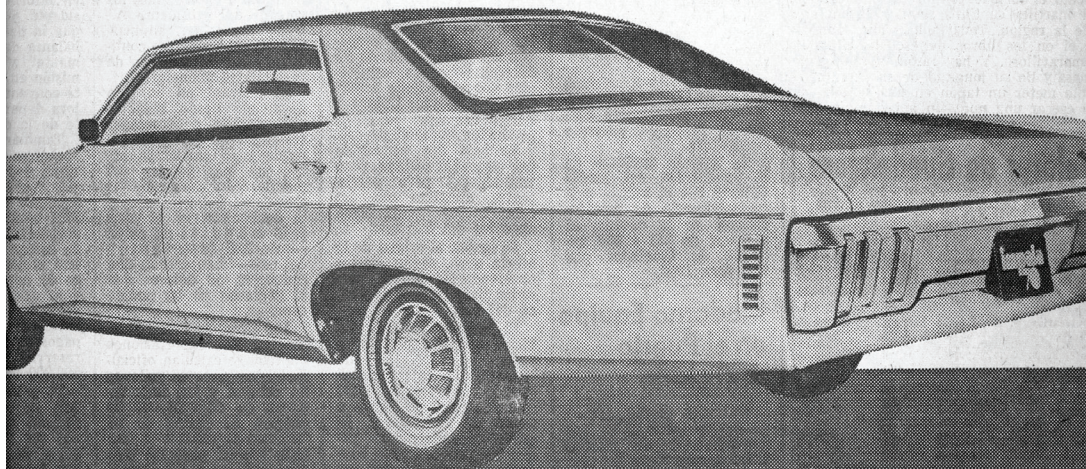
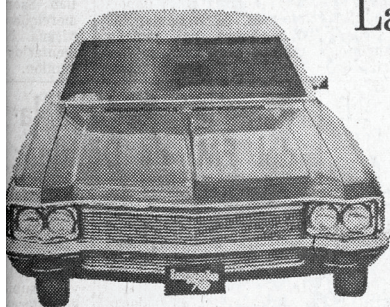






**impala'70** El único automóvil en México de producción limitada. El diseño que describe en cada detalle una vida de acción y de buen gusto. Inigualado en su clase. Impala 70. Mire a su alrededor. La gente que logra todo... maneja el automóvil que lo tiene todo.

Vea el nuevo Impala 70 con su distribuidor General Motors.



**impala'70**







# Prólogo mínimo

**H**ay dos motivos por los cuales habría que degustar esta antología. Uno puramente estético: el placer de paladear cuentos intensos, bien planteados, obsesivos. El otro motivo sería antropológico: conocer el sabor de la tinta de algunos de los narradores más jóvenes, prometedores o consagrados nacidos en la Ciudad de México en las décadas de 1970 y 1980.


El lector de esta antología degustará voces contenidas o locuaces, tiernas o perversas o todo junto a la vez; irá de lo trágico a lo cómico y todo aquello que está entre estas dos fronteras; vivirá o atisbará como figón tras la cerradura (según el escritor nos lo permita) obsesiones, preocupaciones sociales, susurros, pesadillas, amores y muertes enclavados en el realismo más rotundo, pasando por lo extraño, el realismo mágico, la ciencia ficción o hasta lo fantástico más delirante. Códices del personalísimo mundo de cada autor y a su vez códigos del mundo en común de todos ellos. Léase este libro como un concierto, como un banquete, como fiesta de aromas, como la sensualidad de las curvas de un cuerpo, como las sorpresas un espectáculo circense.



Como pequeña historia de este libro, os contaré que como parte de los festejos del Bicentenario de la Independencia de México, la secretaría de Cultura de la Ciudad de México planteó una serie de promociones culturales, entre ellas este volumen y se me invitó a seleccionar los autores que lo conformarían. ¿Qué por qué un escritor de michoacano antologa un volumen de autores nacidos en la Ciudad de México? Azares del destino, si acaso; alguna objetividad que puede permitir la distancia, podría decir alguien más. Ciertamente he vivido por años en la Ciudad de México, y la quiero como propia, lo cual es algo intermedio entre las dos opciones anteriores.



Pese a lo ya dicho en el párrafo que antecede, diré aún más: mi papel como antologador fue tramposo, pues invité a participar a una selección de los mejores narradores de los que tenía conocimiento que fueran nacidos en el Ciudad de México y les pedí que me mandaran cuentos suyos que amaran por su calidad, representación dentro de su obra y valor sentimental y que, si conocían a otros autores talentosos nacidos en las décadas del 70 y 80, que no estuvieran incluidos en la lista que mandé, me hicieran el favor de darme sus nombres. Con esto, no había forma de fallar. Y todos fueron muy generosos.



Naturalmente en este volumen, como en toda antología, hay omisiones: a quienes no pude contactar o que no respondieron a la invitación u otros que, pese al apoyo de aquellos que me refirieron nombres que yo desconocía, seguí sin conocer. Seguramente, cuando sepa de ellos, lamentaré mucho no haberles pedido un cuento para *Códices en el Asfalto*. Sin embargo, de lo que estoy seguro es que ninguno de los autores presentes sobra.

¿Existe alguien que lea los cuentos de una antología en el orden en que fueron dispuestos en el índice? Yo no conozco a nadie. Pero por si existiera alguno, le comunico que la formación de los cuentos, como se podrá constatar en las fichas bibliográficas, obedece a la antigüedad de su autor en el mundo. Cuando coincidieron dos autores en el mismo año, se recurrió al orden alfabético del apellido paterno.

Entre el autor más joven (1987) y el menos joven (1970) median diecisiete años. Es natural que en ciertos momentos la pericia y las tablas narrativas se hagan presentes, sin embargo el talento y la imaginación se podrá palpar por igual.

Les deseo feliz lectura.

**Édgar Omar Avilés**



# Prólogo para el nocturno a una enfermera

M. B. Brozon

## Primer encuentro

Era media noche. La voz de Clemencia se oía por toda la casa en forma de aullidos que imploraban ayuda. Una vez más.

—No voy, no voy —dijo Horacio—. Lo hace por molestar, sólo quiere entorpecer mi sueño, no voy.

—No, no vayas — la conciencia de Horacio parecía amodorrada. Él cruzó los dedos y deseó que se volviera a dormir.

—¡Hijo, me ahogo! —la voz de la anciana atravesó sin dificultad las plumas de la almohada de Horacio y fue a parar como un estilete en su hígado.

—Déjala, hombre. Ya sabe qué bien te maneja. No tiene nada.

Horacio se levantó únicamente para contradecir a su conciencia. Comprobó que su entropierna estuviera en orden y remangó sus raídos pantalones para calzarse las pantuflas. Los gritos se hacían cada vez más tenues. Horacio encontró a su madre con la cara de color púrpura; gemía y trataba de extender su brazo huesudo hacia él.

—¡Por fin, está muerta!

—No está muerta—Horacio estaba furioso.

—N—no estoy muerta, necesito un médico —con trabajo la anciana terminó de articular la frase.

—Vámonos a dormir, ¡es tu oportunidad de deshacerte de ella! —Horacio meditó un poco y la conciencia también.

—¡Alto, no! Yo tengo que convencerte de que seas tú el que la mates, así no tiene chiste! ¡Corre al teléfono, llama un taxi, vamos al hospital!

El taxi cobró doble, por la hora. Horacio tardó un poco en juntar las monedas, que se encontraban repartidas en las distintas bolsas de su pantalón y su saco, previendo la extremosa posibilidad de un asalto. Mientras, Clemencia seguía resoplando ruidosamente, en un intento de despertar la compasión del taxista y lograr que el viaje resultara, si no gratis, por lo menos un poco más barato. El truco no surtió efecto, el taxista cobró la tarifa completa.

Horacio condujo a Clemencia en brazos hasta el recibidor. Una enfermera robusta de cabello rojizo y un empleado que trapeaba con devoción eran los únicos presentes.

–Mi madre tuvo un ataque de algo–Horacio habló después de depositar a Clemencia en la superficie vinílica de un sillón.

–¡Prueba de carbono catorce en el recibidor!–la enfermera estalló en carcajadas. Horacio la miró confundido, pero no molesto.

–Es una broma–la cara rolliza de la enfermera revelaba sus grandes esfuerzos por contener la risa–. No es precisamente joven la señora, ¿verdad?.

–Tiene setenta y nueve.

–Y un lindo hijo. Hum, merece atención especial.

Horacio la miró de arriba a abajo y empezó a sentir sus sienas latir más rápido que de costumbre. Ya se había olvidado de su madre.

Uno de los empleados se acercó corriendo con una camilla y acomodó en ella a Clemencia con ayuda de la enfermera, que no había apartado sus ojos ni un momento de la turbada cara de Horacio, quien a su vez contemplaba en silencio el pelo de ella, rojo y maltratado, su boca sin pintura y sus fuertes brazos.

–Mucha carne, pero algo grasosa. Deja de mirarla así o va a pensar que le estás dando pie para algo. “Un hijo muy lindo” qué mujer tan simplona.

Horacio ignoró una vez más las provocaciones de su conciencia. La enfermera y el empleado desaparecieron por un pasillo. Horacio intentó hacer conversación con el señor que trapeaba. No quería quedarse a solas con su conciencia, y además, se sintió asaltado por una necesidad repentina de hablar de la enfermera.

–Buenas noches –Horacio se le acercó sonriente. El otro respondió el saludo sin dejar de trapear.  
–Nunca me he sentido demasiado atraído por las mujeres, ¿sabe?

El empleado lo miró con sorpresa y quizá algo de asco, cargó con su cubeta y su trapeador, y se alejó de ahí a paso veloz.

Y a Horacio empezaron a parecerle insoportables las carcajadas de su conciencia.

Algunos minutos después de las dos de la mañana regresó la enfermera. Horacio dormitaba echado en el sillón, a punto de quedarse pegado para siempre en la superficie de vinil mientras su conciencia le impedía un sueño profundo tarareando el jingle del comercial de pastelillos que Horacio odiaba particularmente.–



Estás de suerte esta noche –la enfermera se acomodó en el sillón, más pegada de lo que los órganos de Horacio consideraron pertinente.

–Oh–oh... ¿empezamos a tutearnos tan pronto? Vaya con la zorrita.

–¿Está muerta? –Horacio sabía que ese sería el fin para los problemas de Clemencia, y de la mayoría de los suyos.

–No.

–Diablos –Horacio lo dijo y se arrepintió una mira de segundo después.

–Supongo que tienes razón. Si tienes setenta y nueve años y menos del cincuenta por ciento de tu capacidad pulmonar, mejor sería estar muerto. Cada frase pronunciada hacía crecer el gusto de Horacio por la enfermera.

–Es demasiado gorda. No cabrían juntos en tu cama.

–No empieces, por favor –a pesar de que Horacio habló casi para sí mismo, la enfermera escuchó. Acercó entonces su cara a la de Horacio para hablarle al oído. Él pudo percibir el olor de su pelo. Amoniaco puro.

–No te ofendas, flaco –susurró la enfermera –. No a todo el mundo se lo digo, pero yo sí estoy a favor de la eutanasia.

–Vaya, vaya, ¡el caso de la enfermera macabra que, además, le dice “flaco” a uno que acaba de conocer!

–Ya cállate.

–Perdón, ya sé, es tu madre, pero en algunos casos es mejor pensar con la cabeza y no con el corazón aunque te parezca grotesco –Horacio la miraba sin entusiasmo, y no porque no se lo despertaran sus palabras ni su figura (en realidad ambos lo hacían), pero estaba tratando de apelar a la compasión de su conciencia, y suplicaba:

–No ahora, por favor, cállate...

–Está claro, flaco, clarísimo, mejor ya me voy–la pelirroja se incorporó.

–No, no estaba hablando contigo... es algo largo de explicar.

–Ah, comprendo –durante la pausa los ojos verde oscuro de la enfermera se posaron justo en el cierre del pantalón de Horacio. Él comprendió, pero era tarde para solucionarlo. Ella, sin quitar la vista de donde tan cómodamente descansaba, continuó–: ¿Esquizofrenia, acaso?

–¡Oh, no, nos descubrieron!

–No sé. Es posible.

–¡Cambia el tema, cambia el tema!

–Tengo una cita mañana. Es para un nuevo trabajo.

–Voy a ganar bien, tendremos un jardín y lo llenaremos de niños, ¡anda, díselo cobarde, que eso es lo que quieres!

De nuevo sentía Horacio que no soportaba a su conciencia un segundo más. Odiaba esa sensación, puesto que desembocaba sin remedio en unas ganas inmensas de suicidarse. No sabía que hubiera otra forma de acabar con la propia conciencia. Trató de concentrarse en la plática con la enfermera.

–El sueldo es miserable; es increíble que paguen tan poco por vender cosméticos.

–Ah, vas a vender cosméticos, qué encantador, más delante podríamos hacer negocios tú y yo...

–Sería un cliente estupendo, le hace falta muchísima cosmética a esta pobre.

–Ya quédate en paz –dijo Horacio, y esta vez la enfermera supo que el asunto no era con ella.

–Bueno, a mí no me va tan mal aquí. Hago todas las horas extras que puedo. De cualquier forma no tengo que hacer fuera. Mi vida social es patética.

–La tuya también, confíésalo, ahora que la gorda ha iniciado una política de honestidad.

Pero Horacio no confesó nada más allá de lo que el bulto dentro de su pantalón pudo revelar, que era más que suficiente a juicio de su recién estrenada amiga. Después de quedar confirmado el diagnóstico –un fragmento de cacahuete atorado en la tráquea de Clemencia que pasó con un bocado de plátano–, la enfermera, como si se tratara de un favor especialísimo, le prestó el teléfono a Horacio para llamar al

sitio de nuevo. El empleado de traje verde pistache se acercó empujando una silla de ruedas donde venía Clemencia, e interrumpió la serie de miradas que Horacio y la enfermera estuvieron intercambiando. A través de las puertas de vidrio, Horacio vio la cara adormilada del mismo taxista que los había traído. Su gesto demandaba prisa. Horacio subió a su madre al taxi; reprimió una nalgada en el momento de despedirse de la enfermera y se prometió a sí mismo —y a su conciencia— regresar a buscarla. El auto arrancó y recorrió un par de cuadras.

—No le preguntaste su nombre, pelmazo.  
Pero el taxista no tenía cara de querer regresar.

## Segundo Encuentro

Después de pensarlo durante varias semanas y, sobre todo, después de su fracaso como vendedor de cosméticos, Horacio decidió volver al hospital. Era imposible no hacerlo, pensaba, tenía mucho tiempo sin desear a una mujer, y la enfermera, aunque fuera rolliza y su pelo apestará a amoníaco, tenía unos grandes pechos y un trabajo estable.

Esta vez era de día, y Horacio extrañó la soledad del recibidor del hospital la noche de la urgencia del cacahuete. Buscó con la mirada, pero comprendió

que entre aquel gentío no sería nada fácil encontrarla usando nada más los ojos. Y tampoco se atrevía a preguntar por ella, tantos eran los enfermos y tantos los parientes de los enfermos que preguntaban cosas de vida o muerte que él se sintió medio estúpido buscando sólo un receptáculo para su esperma. Miró hacia el mostrador, donde sus retinas se habían regocijado por primera vez con la imagen de la enfermera. Pero era otra persona la que estaba allí.

—Háblale; está mejor que la enfermera.

—No es cierto.

Pero Horacio supo que si era cierto. No era difícil encontrar a alguien más atractivo que la enfermera. Sin embargo, había una desventaja insalvable. Se trataba de un varón.

¿Qué hacer? Se preguntó Horacio en voz tan baja que ni siquiera su conciencia pudo escuchar sus inquietudes. Se ahorró, por eso, varias burlas. Pensó en investigar, pero formuló una frase indagatoria en su mente y la desechó de inmediato. No podía decir: Ando buscando a una enfermera del tamaño de una ballena, con el pelo apestoso y la carne hecha rollos alrededor del esqueleto —sabía, sin embargo, que algo había tenido que ver su conciencia en la redacción de esta frase—. Resolvió buscarla por sí mismo; metió las manos en las bolsas del pantalón y trató de verse en-

fermo; quería pasar desapercibido para poder colarse por los pasillos del hospital. Se succionó las mejillas y trató de reproducir la expresión que hacía cuando Clemencia estaba a punto de terminar con su dominio de sí mismo.

No era necesario tanto esfuerzo. Horacio solía pasar desapercibido en la mayoría de los casos. Y no era sólo su escasa estatura, que además conforme pasaba el tiempo perdía milímetros (estaba seguro de ello aunque ningún instrumento de medición se lo había confirmado); tampoco se trataba de su piel blanca, que se confundía con el gris de la ciudad siempre y con las paredes del hospital ahora; no eran sus ojos hundidos, ni su nariz respingada que tanto chulearon las amigas de Clemencia en su niñez. No, no era nada de esto. Horacio era un ser insuficiente; de los que hubiera podido gritar a mitad de una ceremonia religiosa las ventajas del ateísmo o vitorear al toro en una corrida.

Este era uno de los motivos por los que se encontraba ahí en ese momento. La enfermera no sólo se había percatado de su presencia en un lugar donde también había un mozo que trapeaba, sino que le había dicho claramente que era “lindo”.

Enfundado en su determinación y su cara de enfermo, echó a andar por los pasillos del hospital. Se topó con algunas lágrimas y luego con la injusta muerte de un

muchacho de unos veinticinco años que había chocado bien feo, según comentaba una enfermera que no era la que él buscaba a otra que tampoco.

Empezó a sentirse enfermo de verdad. Y eso que su conciencia estaba en silencio. Decidió de pronto dejar sus ansias en una silla de ruedas con la que tropezó y salir del hospital. Sacó entonces las manos de los bolsillos.

—¡Eh, flaco! —Horacio no reconoció tanto la voz como el apelativo. Se volvió y la miró de nuevo. Ahora tenía las manos enguantadas y en una de ellas sostenía una palangana.

—Hola.

—Hasta que por fin te decidiste a volver, encanto —dijeron sus labios rosa mexicano que contrastaban horriblemente con el rojo del pelo.

—¿Estás ocupada? —Horacio prefirió ignorar la evidencia.

—Sí... pero no te vayas, quiero seguir oliéndote.

—¿Cómo? —Horacio aguzó el olfato y lo dirigió a las partes peligrosas. Imposible percibir algo.

—¿Cómo crees que supe que estabas aquí, flaco?

—la enfermera echó a andar de nuevo hacia el pasillo de donde seguramente había salido—. Ven, sígueme.

–Ah, maravilloso.... ahora resulta que el objeto de nuestro involucramiento es un sabueso.

Horacio no respondió a la provocación de su conciencia porque no estaba seguro de que fuera tal cosa. Mientras caminaba detrás de la enfermera, se husmeaba el cuerpo sin conseguir olerse más que a sí mismo, que, según él, no olía a nada.

La mujer entró a una habitación del hospital. Horacio permaneció afuera, no tenía ninguna intención de atestiguar cualquier cosa que ella tuviera que hacer ahí dentro.

–¿Qué esperas? –la voz de la enfermera sonaba impaciente.

–Nada bueno, a juzgar por la palangana y los guantes sobre todo.

–Prefiero esperar aquí.

–Esto va a tomar un tiempo que ya no puedo esperar, cariño. Será mejor que entres conmigo.

–Uh, cariño.... ¿que nos habrá querido decir con “ya no puedo esperar”?

Horacio, con todo y el violento temblor que se apoderó de sus rodillas, siguió a la mujer al interior del cuarto. Nada de lo que había allí le parecía a Horacio



especial ni diferente; ni siquiera el anciano que reposaba inerte en la cama, con los ojos abiertos que miraban a la nada frente a él.

La enfermera, como quien está tan acostumbrada a hacer ese tipo de cosas que ya no es capaz de experimentar compasión de ninguna clase, levantó de un tirón la sábana que cubría al viejo. Horacio pudo ver lo que temía seriamente como su futuro. Huesos cubiertos apenas con algo de piel arrugada; una vida que ya se había mudado de ese cuerpo para ir a habitar en otro lugar y también, amenazante e inconfundible, el olor característico de los viejos, como venido de otro tiempo y que Horacio reconocía a la perfección gracias a —o por culpa de— su madre. Al sentir el roce de la sábana, el viejo desvió la mirada ligeramente. Horacio se sintió incómodo. La enfermera lo notó, y le pidió que se sentara en un pequeño banco a un lado de la cama mientras ella llenaba la palangana de agua, hecho lo cual, volvió y se situó de espaldas frente al banco. Se inclinó de tal manera que su gran trasero quedó prácticamente en la nariz de Horacio; bueno para él porque le impedía la visión del anciano casi por completo. Malo porque la ya esperada erección se apresuró en llegar, y Horacio creía que no era momento como para atender sus instintos elementales.

—Esta es una perversa y tú sólo le estás siguiendo el juego. Mira nada más cómo te ha puesto.

Ella, mientras recorría la gastada piel del encamado con la esponja, se contoneaba lentamente, incluso Horacio creyó oírle tararear alguna especie de danczón. No estaba seguro de cuál era el paso a seguir.

—Es que eres estúpido. Te está rogando que la manosees.

Esta vez Horacio no calló a la conciencia. Lenta y temblorosa, una de sus manos se aproximó hasta posarse en uno de los muslos de la enfermera, cuya blanca vestimenta no correspondía con el movimiento que estaba ejecutando. Ella suspiró tiernamente.

—¿Tiernamente? Ja. Eso fue un gemido lujurioso. (Frase que demuestra que las conciencias de los personajes también son capaces de meterse con los autores).

Horacio terminó por levantarse del banco para informar a la enfermera sobre las actividades de su testosterona, y restregó su vientre contra el trasero de ella. Y entonces vio al viejo. No exactamente al viejo, vio a Clemencia reflejada, escondida en sus rasgos. Horacio recibió los angustiosos reproches. Cerró los ojos, pero no logró despedir la imagen. En cambio la

dureza de su espíritu, y de su órgano, desaparecieron al instante. Se separó de la enfermera.

—¿Y ahora?

—Es culpa de mi madre.

—Es lo malo de ser la conciencia de un hijo regañado. Nos falta placer.

—¿No puedes seguir? —la enfermera miró hacia abajo el pantalón de Horacio y pudo prescindir de cualquier respuesta verbal.

—Volveré a buscarte. Será mejor que entonces tengas que lavar a una muchacha.

Eso dijo, pero estaba seguro de que, mientras viviera su madre, no podría cumplir la promesa recién hecha.

Con la mirada, Horacio devolvió el reproche imaginario al pobre anciano, a quien suponemos que le hubiera gustado, también, ver cómo acababa aquello.



# Bye, city blues

Sergio J. Monreal

*Los Angeles, cerca del año 2000.*

Anoche tuve un sueño.

A estas alturas, ya sólo eso representaría en mi vida un hecho extraordinario. No acostumbro soñar. He aprendido a aceptar mis noches como un largo pasillo abierto a multitud de puertas negras (cuando duermo), o como un techo carcomido y mohoso a dos metros de mi rostro (cuando sufro de insomnio).

Sin embargo, anoche soñé. Primero con un hombre llamado Canino, al que cierta vez le metí unas cuantas balas en el pecho. Después con otro hombre, llamado Terry Lennox, por quien pasé varias noches en la cárcel y me aficioné a los gimlets en el bar de Víctor. Pero eso no es importante. Todo aquel que llega a viejo lo consigue en buena medida porque ha sido capaz de aprender a vivir con sus fantasmas (el resto es condición física y suerte). Y los fantasmas vienen igual, con sueño o sin él.

Lo curioso, lo extraño, vino después. Me soñé en México.

He ido a México. He estado en Tijuana, en Mexicali y hasta alguna vez tuve que pasar un par de noches siguiendo a un hombre por las calles de Saltillo (el hombre se esfumó, yo recibí una buena paliza y el abogado que me había contratado se negó a pagar incluso los gastos del hospital). Sin embargo, esto era algo totalmente distinto.

Estaba en un pequeño apartamento con dos dormitorios, estancia, cocina y baño. Puertas, molduras y muebles eran de maderas olorosas y cargadas de penumbra; había pinturas de tonos oscuros y repisas colmadas por multitud de objetos que bien podrían haber estado rematándose en un bazar.

Todo el sueño transcurría ahí. ¿Cómo puedo pues saber que me encontraba en México? Bueno, pues cuando uno ha dedicado la vida a trabajar como detective aprende a mirar de cierta especial manera. No hablemos de sexto sentido, sino simplemente de una observación más detenida, desapegada y cínica de los objetos y las personas.

Estaba en México. Yo, el de hace unos cincuenta años. El Marlowe ocurrente y simpático que por doscientos dólares más gastos se dejaba romper la dentadura y

que tenía una amplia gama de irónicas sonrisas para cada ocasión. El Marlowe duro e implacable que no se detenía ante nada cuando se trataba de comprobar que en el hueco de cualquier escalera, bajo cualquier ventana, detrás de cualquier puerta, hay siempre un enorme vertedero de basura. Ese Marlowe. El del pañuelo en el bolsillo del saco, la botella de whisky en el segundo cajón del escritorio y la 38 en la guantera del Oldsmobile. El único, el incomparable, el original: Marlowe. Y estaba en México, mirando una pequeña colección de máscaras que pendían de la pared. Máscaras indias alternándose gestos extremadamente cómicos o extremadamente grotescos, o ambas cosas. Máscaras de tigres, de soles y de ancianos, libros, papeles, libretas, dos pantallas de mimbre para hacer de la luz un pretexto de acogedoras tibiezas.

Miraba las máscaras y pensaba en el rostro de los hombres; un rostro incapaz de volver a esa furiosa armonía que sin duda había generado él mismo en el pasado, bailando alrededor de una hoguera, venerando fuerzas incomprensibles pero infinitamente más cercanas. Hay gente que hasta incluso cobra por pensar cosas como ésa. Antropología me parece que le dicen.

Al principio creía estar solo. Fumaba, veía los objetos y las pinturas y no tenía especial interés en que las cosas fueran de otro modo. De pronto, advertí que tenía compañía. En uno de los dormitorios, sentada

en una mecedora como un pájaro sin prisa por alzar el vuelo, había una mujer. Morena clara, frágil, delgada como el humo de un cigarrillo dispersado por la brisa del invierno, con dos trenzas de pelo oscurísimo bajando hasta asentarse en los pechos. Iba desnuda, sin que eso de momento tuviera ninguna significación particular; y aunque su cuerpo no se ajustara al modelo que yo generalmente preferí (rubias voluptuosas con valles, depresiones y colinas capaces de enloquecer al más avezado explorador), había en su frágil arquitectura, en su triste seriedad, en su aire de niña enfermiza y desamparada, algo que ahora, despierto y envejecido en esta habitación mugrienta, me hace lamentarme por haber llegado tarde, por no haber sido capaz de ordenar la ruta de los azares para que nuestros caminos tropezaran más allá de este sueño que relato.

Tenía un libro abierto sobre las piernas, fumaba y bebía. Lloraba, tratando de evitar que las lágrimas mancharan la página que estaba leyendo.

—Si el libro es tan triste, tal vez sería mejor que no lo leyera —sugerí, recargándome en el marco de la puerta.

Alzó la mirada y me sonrió entre el llanto. No podía establecer su edad. Más tarde llegó a decirme que estaba vieja y cansada, pero más daba la impresión



de ser una adolescente a la vez temerosa y desafiante, llena de inquietudes y deseos que terminaban por resolverse en angustias. Me invitó a sentarme.

La pequeña habitación tenía tres de sus cuatro paredes repletas de libros. Una estantería de madera allá, otra de metal aquí, algunas repisas improvisadas acá. A mi derecha una ventana mostraba el paisaje nocturno de un pedazo de ciudad desconocida; la luna llena brillaba en el cielo. Me senté en el piso, apoyado sobre un par de gruesos cobertores que hacían las veces de cama.

Me ofreció una copa de tequila y un cigarrillo.

—¿De qué se trata? —inquirí, aceptándolos.

La mujer se humedeció los labios y meneó tenuemente la cabeza.

—No hay mucho qué decir —murmuró.

Cada vez que el llanto se le agolpaba en los ojos, enrojeciéndolos, apretaba los párpados y apuraba un largo sorbo de tequila. Traté de igualar su ritmo, pero me hubiera sido imposible. A ella la movía un devastador río de fuego interior; a mí, de momento, sólo su figura triste y desolada.

Pasó un largo rato. De vez en vez, ella le daba una vistazo a la página del libro que seguía abierto sobre

sus piernas, aunque era evidente que su atención estaba en otra parte.

—¿Qué quiere de mí? —pregunté.

—Yo no lo llamé —respondió ella, encogiéndose de hombros

Medité eso durante medio cigarrillo y dos sorbos de tequila.

—De cualquier modo ya estamos aquí —dije—. Hable si eso le representa alguna ayuda. Si no, acabemos con esa botella, digámonos algunas frases corteses y despedámonos sabiendo que, por una noche, la soledad se privó de nosotros. No es gran cosa, pero apenas puedo ofrecerle poco más.

—Yo no lo llamé —repitió en voz baja. Luego se me quedó mirando como si hasta entonces hubiese advertido mi presencia, con una mezcla de curiosidad y fastidio, y añadió—: ¿De dónde viene?

De Los Angeles. Venía de Los Angeles. Un lugar tan bueno y tan malo como cualquiera, salvo Bay City en los viejos tiempos. Venía de una oficina polvorienta, cuyo recibidor siempre tenía la puerta sin llave por si algún cliente llegaba en mi ausencia y se tomaba la molestia de esperar. Venía de un apartamento amueblado de manera convencional, donde sólo un vetusto juego de ajedrez podía aportar algún indicio sobre las aficiones del inquilino. Venía del eco de unos pasos

resonando en calles progresivamente hostiles, venía de buscar sin que el objeto de mi búsqueda fuese ya ni siquiera un poco claro.

La mujer volvió a llenar mi copa. Casi había logrado igualar su ritmo. Todo era cuestión de seguir abriendo paso con las confianzas en medio de la noche.

Entonces comenzó a hablar de laberintos y espejos rotos, de voluntades insobornables y de huesos doloridos. Al final de todo, siempre, estaba la soledad. Poco importaba si la silueta recortada por la lluvia era la de un hombre con gabardina y sombrero sobre el fondo de un callejón, o la de una mujer lánguida y morena acariciando las cicatrices de su reflejo en los charcos. Al final del callejón, en el reverso del charco, más allá, siempre estaba un paisaje vacío, una madrugada abierta al infinito infinitamente mudo.

Me pidió que apagara la luz. La luna a través de la ventana nos volvió azules.

Seguimos hablando, hundiéndonos irremisiblemente en el relato de rostros, voces y situaciones que al otro, como siempre ocurre en estos casos, no podrían significarle más de lo que eran: testimonios de fantasmas contados por un extraño. No obstante, al final iba quedando un sedimento común que nos aproximaba de manera

casi imperceptible al mismo territorio. Más allá de la mera anécdota, todo era lo mismo: abrir puertas sin llegar a saber detrás de cuál está escondida la verdad; ser vapuleado, ignorado, escupido, pisoteado y sin embargo sentir que hay una línea que no debe quebrarse, un aliento que no debe escurrirse, un reducto que no puede quebrantarse si por las mañanas uno quiere poder seguir mirándose a los ojos en el espejo. No sabría cómo llamarlo. Ella, mientras se decía vieja y cansada, habló de honestidad. Yo acompañé la confesión de mis ancianidades y mis cansancios con la certeza del alto costo que debe pagar quien se niega a tener precio.

Cuando la luna se perdió en el marco superior de la ventana, estábamos bastante bebidos. Seguíamos siendo azules, pero de un azul más concentrado, más oscuro, más sombrío. Ella tenía sueño y me pidió que extendiera los cobertores en los que estaba yo sentado. Mientras lo hacía, habló un poco de hombres y yo le respondí hablando un poco de mujeres. Amor ha sido siempre una palabra extraña en mi boca. Soy un tipo duro (o solía serlo) y en mi oficio las pasiones son vividas por los otros. Así que dejé que siguiera sola, que forzara los muros de su comprensión tratando de explicar lo inexplicable.

Cuando los cobertores estuvieron extendidos en el piso, tomé su cuerpo desnudo en mis brazos (era tan liviana, tan frágil) y la recosté. Ella apretó el libro


contra su pecho. La arropé suavemente, sintiendo una leve opresión en el estómago. Estaba amaneciendo y yo debía marcharme, como un vampiro. Era sólo un sueño.

Los muros iban desvaneciéndose, los libros se confundían con las sábanas amarillentas de una cama, la ventana se convertía en un anaquel desvencijado y repleto de medicinas. Sólo quedaban sus ojos, su sonrisa y sus pechos sobresaliendo del cobertor. Me incliné y la besé en los labios húmedos. Ella me acarició el rostro durante un segundo y abrió su libro en las últimas páginas. Leyó:

—Hasta la vista, amigo. No le digo adiós. Se lo dije cuando tenía algún significado. Se lo dije cuando era triste, solitario y final.

Luego se desvaneció y yo, anciano y enfermo de nueva cuenta, rechacé el jarabe que una gorda enfermera pretendía obligarme a beber. Dos de las diez camas estaban vacías otra vez. Dos nuevos cuerpos estaban siendo incinerados en algún sitio en ese mismo momento.



Le enfermera insistió con el jarabe. Yo le sugerí que no se molestara. Estaba por irme y lo único que quería era ver el cielo por última vez. Ella asintió,



comprendiva; en su trabajo y en el mío siempre ha sido fácil advertir el rostro de la muerte en los ojos de los otros.

Permanecí acodado en la ventana, mirando la basura en el callejón. Aun cuando tosía de manera lamentable, cerrando los ojos podía sentir todavía esos labios húmedos bajo los míos, el azul de una penumbra límpida y tibia, y entonces todo lo demás importaba poco.

Era bueno haber descubierto, así fuera en el último instante, que existen pieles para las que ni el olvido ni la muerte han podido inventar la forma de decir adiós.



# Las últimas horas de los últimos días

Bernardo Fernández "BEF"

*Earth died screaming...*

*Tom Waits*

La gasolina se acabó apenas pasamos la esquina de Reforma y Bucareli. La moto pareció tener un ataque de tos y luego se apagó. Nada más. Wok mentó madres, intentó volverla a arrancar como si estuviera descompuesta; la pateó furioso, negándose a aceptar que se había terminado nuestro boleto.

–Pinche Aída, ¿de qué te ríes?– me dijo, mitad enojado, mitad divertido. Yo siempre me estoy riendo.

Dejamos la moto a los pies del Caballito de Sebastián. Antes era una escultura amarillo brillante; ahora es una mole herrumbrosa que obstruye Reforma, como casi todas las demás estatuas que habíamos estado jugando a esquivar desde que nos encontramos la moto.

Sin decir palabra, Wok trepó por el cadáver del monumento. Buscó desde arriba algún otro auto o vehículo que pudiéramos robarnos. U ordeñarle gasolina.

–Nada– murmuró desde su puesto de vigía.

A lo lejos se oían algunas explosiones, ya muy pocas.

–A caminar, mi reina– me dijo al bajar.

Llevábamos las patinetas colgadas entre los tirantes de las mochilas y dentro de ellas, todo lo que nos quedaba de antes del colapso. No era mucho ni muy pesado, pero íbamos a extrañar la moto.

Teníamos unas dos horas de luz. Buscamos entre los edificios alguno que no se viera muy dañado. Los mejores ya estaban ocupados. Finalmente encontramos un hotel que parecía seguro.

Dentro estaba arrasado. Las alfombras y el tapiz habían sido arrancados, no sé si como vandalismo o rapiña. Como siempre, nadie había subido a los pisos superiores por flojera de las escaleras. Wok y yo no hablamos, temiendo que hubiera alguien más. Al final, el edificio resultó que estaba vacío.

Encontramos cuartos intactos en los últimos pisos.

–Qué raro– dijo Wok.



Ocupamos una habitación que daba a la calle. Ya había anochecido. Todo estaba oscuro, ni siquiera se veían las fogatas que a veces brillaban en los edificios. Nos sentimos muy solos.

Descubrí que había agua caliente corriendo por la tubería. No lo pensé y tomé un baño. Hacía mucho que no me daba ese lujo. Wok se me unió al poco tiempo, después de atrancar la puerta. Yo tallaba su espalda tatuada mientras él jugaba con los anillos de mis pezones. Pensábamos que el agua se terminaría en poco tiempo. No fue así. Cuando eyaculó entre mis manos enjabonadas el chorro seguía cayendo.

—No lo entiendo— dijo mientras nos secábamos con las toallas que encontramos—, aquí todo está tan... bien.

Yo me reí.

—Eres un bobito paranoico. Gózalo y ya.

—Es que no es normal. Si yo estuviera aquí desde el principio, no me iría. Lo defendería.

—A la mejor se cansaron de esperar el Chingadazo. Como todo el mundo.

Wok no contestó. Nos quedamos viendo por la ventana hacia la oscuridad que nos ofrecía Reforma. Luego nos dormimos.

El llanto de Wok me despertó. Se revolvía entre las sábanas, las primeras sábanas limpias en las que habíamos dormido en semanas. Su sueño, como siempre, era intranquilo. Al final se levantó gritando. Estaba cubierto de sudor.

–Calma. Todo bien– dije.

–Es... la pesadilla. La puta pesadilla.

–Eso pensé.

Hundió su rostro entre mis rodillas, sollozando. Murmuraba algo que no podía entender.

–¿Qué?

–El Chingadazo. Ya viene. Está cerca, lo puedo sentir.

Me refí.

–No es chistoso, Aída. Ahora sí ya valió madres. Se acabó el mundo.

Volví a reír. Dije:

–Se ha estado acabando hace meses. Y no pasa nada. No tendría por qué pasar ahora mismo.

La pesadilla era un sueño que empezó a atormentar en masa a los niños pequeños. Decían sentir el dolor de millones de personas a punto de morir, aunque eran incapaces de recordar ninguna imagen. Después lo empezaron a soñar más personas: adolescentes, ancianos. En poco tiempo se convirtió en una señal más de la llegada del fin. Yo jamás lo había soñado.

Nunca recuerdo mis sueños.

Abracé a Wok, que se acurrucó en mis brazos. En poco tiempo volvió a quedarse dormido.

Nos despertó el ruido de una procesión que marchaba hacia el norte por Reforma. Me imagino que irían hacia el cerro del Tepeyac. Desde que se supo lo del meteorito, la Villa se había convertido en el destino obligado de las miles de sectas surgidas ante la desesperación del final.

Cuidando no ser vistos, nos asomamos a la ventana para verlos pasar. Eran miles, todos sufrían las consecuencias de una larga peregrinación. Sentí pena por ellos. Wok los observaba en silencio.

Al frente, cuatro sujetos llevaban cargando un trono en el que su profeta hablaba por un altavoz recogido de la basura. Lo reconocí inmediatamente, era Rodrigo D'Alba, un presentador de espectáculos de la televisión. Ahora vestía una túnica. Se había dejado crecer el cabello pero era inconfundible.

–Uno más que resuelve su vida– dijo Wok, quedito. Muchos actores y cantantes habían creado sectas así. Cuando el último de la caravana salió de nuestro ángulo de visión, Wok se levantó para decir:

–Bueno, vamos a buscar algo para desayunar.

Encontramos que en la cocina del hotel había una despensa bastante bien surtida, lo que aumentó la paranoia de Wok (“Todo está demasiado bien, demasiado bien, carajo”, repetía como un mantra). A mí sólo me dio hambre. Al final cocinó unos huevos foo–yong con camarones. Wok es medio chino, y cuando hay con qué cocina muy bien.

Comimos en silencio; él, temiendo que el olor atrajera a alguien indeseable. Estábamos hambrientos. Cuando acabamos, salimos para recuperar la moto. Lo que quedara de ella.

Afuera todo se sentía muy tranquilo; ya no se oían explosiones. Todos pensaban que la ciudad abandonada se convertiría en un campo de batalla. En realidad fue peor.

Ahora parecía que todo el mundo se cuidaba de no toparse con nadie. Con bastante éxito.

No quedaba nada de la moto. Algunos chatarreros debieron levantarla por la noche. Había sido bonito mientras duró.

Wok volteó hacia el cielo. En lo alto, el meteorito se veía como un puntito brillante, apenas del tamaño de

un pixel. Nadie se imaginaría que iba a acabar con nuestro planeta.

—¿Crees que el Chingadazo tarde mucho todavía?

—No sé. Supuestamente deberíamos estar muertos.

—¿Cómo sabes?

Abrí una de las bolsas de mi mochila para mostrarle mi reloj de cuarzo. Lo tenía desde antes de que todo se derrumbara. Gracias al reloj no había perdido la noción de los días, como casi todos los demás. Con un poco de suerte la pila duraría hasta el impacto. Quizá un poco más.

—Ya tendría que haber sucedido— le informé—; algo falló. Hace dos semanas que estamos viviendo tiempo extra.

Wok no contestó. Abandonamos el lugar.

Sobre Reforma encontramos un hombre mayor vestido de traje en la parada del camión. Parecía ir desarmado, aunque nunca se sabía. Wok sacó su navaja de resorte; yo, mis chacos. Nos acercamos.

—Buenas— saludó Wok.

—Buenas tardes— contestó el hombre. Era un anciano.

Su ropa era vieja; aunque parecía bastante usada, iba impecable, con la camisa planchada y la corbata perfectamente anudada.

–¿Espera a alguien?– pregunté, por romper el silencio.

–No, señorita, sucede que no pasa mi camión.

Wok se rió. A mí, por primera vez en mucho tiempo, la situación no me pareció chistosa.

–¿Está loco? No ha pasado un solo camión hace meses. No va a pasar.

El hombre encaró a mi novio con total seriedad.

–Jovencito, eso no es pretexto.

–¡...!

–Pretexto... ¿para qué?– pregunté.

–Para no ir a trabajar, por supuesto.

Nos quedamos mudos. El hombre nos observaba como si los que estuvieran locos fuéramos nosotros.

–Señor, el mundo se está acabando...

–Mire, joven, éste es un país de instituciones. Si el camión no pasa en cinco minutos, yo me voy caminando, como todos los días. Punto. No vamos a permitir que nos rebasen estas cosas. Los mexicanos somos más grandes que cualquier desgracia. Ya lo vivimos en el temblor del 85.

No sabía qué decir. La sonrisa había desaparecido de la cara de Wok.

Sólo atinamos a esperar junto con el hombre. Cinco minutos esperando un camión que nunca iba a llegar.

–Bien, esto no tiene para cuándo. Me voy caminando. Con permiso.

Lo vimos alejarse, confundidos, hasta que se perdió entre los escombros, camino al Centro.

Sin cruzar palabra, nosotros echamos a andar hacia el norte.

En el cielo, el meteorito había crecido. Se veía más grande que el sol.

Decidimos patinar. Evitamos hacerlo muy seguido para no gastar las llantas, pero no había moto y seguramente no encontraríamos nada parecido. La ocasión lo ameritaba.

El silencio era casi estruendoso. Recorrimos un largo trecho sin cruzar palabra. El único sonido ambiental parecía ser el de nuestras patinetas. A medida que avanzábamos, el paisaje –formado por edificios

en ruinas y chatarra— parecía repetirse cíclicamente, como la escenografía de una vieja caricatura de Scooby-Doo.

Después de mucho rato llegamos a la zona boscosa. Los troncos resecos que quedaban de ella.

Pasamos por una estatua que no había sido derribada. Estaba llena de graffitti.

—Espera— dijo Wok. Nos detuvimos.

—Un héroe nacional— dije.

—No, éste era candidato a presidente, pero lo mataron.

—¿Y no es mérito suficiente?

—Supongo que sí. No hay mejor presidente que uno muerto. Ha sido el mejor de este país.

Nos reímos. Wok sacó de su mochila la última lata de spray que le quedaba. La agitó y pintó sobre la placa: ME VALE MADRE.

—Qué chistoso— dije cuando terminó.

—¿Qué?

—El futuro siempre parece mejor cuando no sucede. Como este tipo, que tiene una estatua por algo que no llegó a ser.

—Cualquier futuro es mejor que el nuestro. Y sí va a suceder.



Se refería al meteorito.

–Claro que no. ¿Te hubiera gustado crecer, quedarte pelón, convertirte en un ruco, decirle a los chavos que la música de tu tiempo era mejor?

–¡Yo no hubiera hecho eso!

–Claro que sí. Todos lo hacen. Mis papás eran punks. Ve cómo acabaron: uniéndose desesperados a la peregrinación de Vicente Vargas en busca de la Tierra Prometida de Aztlán. Vargas ni siquiera cantaba rock, sino ranchero.

Wok no dijo nada.

–No vivirás tu propia decadencia, disfrútalo– me di la vuelta para seguir patinando. Wok se quedó pensando un momento, luego se me emparejó.

–Perra. Siempre tienes la razón.

La vida no es tan cruel como dice Wok. No puede serlo. Tampoco es como lo que venden los gurús de la superación personal. No es cebolla cruda ni pastel de cerezas.

Es agridulce como el amor. Dulce como el querer, agria como el dolor.

Pero a veces da sorpresas. Ahí, literalmente a la vuelta de la esquina, esperándote para brincar hacia ti

diciendo: “Hola, por una vez lo que hay para ti es una sorpresa agradable.”

Así fue el encontrar el coche. Un modelo eléctrico, de esos supercompactos de lujo, esperándonos al pie de la fuente de los petroleros, como si lo hubiéramos rentado por teléfono. Un Matsui del año, plateado. Desde luego, Wok pensó que era una trampa. Al principio no se quiso acercar. Ahí nos quedamos largo rato, observando el auto, esperando a que sucediera algo, alguna desgracia amarga.

No pasó nada.

Cansada de esperar, me deslicé hacia el aparato.

—¡Aída!— gritó Wok, muerto de miedo.

Ya no sé lo que es el miedo. Lo que he visto acabó diluyendo esa palabra. Cuando el mundo se derrumba, no hay lugar para temores.

En el coche había restos de sangre seca. Hubo una lucha, perdida por el que manejaba el Matsui. Acaso era alguien rico que se refugiaba en el bunker de alguna mansión de las Lomas. Se le acabaría el agua, o la comida. Quizá intentó huir de la Ciudad protegido por la noche. Mala idea. Una tribu caníbal le saldría al

paso, de esos a los que no les interesan las máquinas. Lo siento por el dueño del auto, pero seguramente alimentó a varios niños nómadas.

Wok se acercó al ver que no era una trampa. Comprobó que el auto funcionaba.

–Dejaron las luces prendidas. Debe tener la batería muy baja.

–Es mejor que patinar– dije, dándole un beso en la mejilla.

Arrancamos. Nunca me había subido a un auto de lujo.

Nos divertimos unos minutos esquivando obstáculos sobre el Periférico, pero la pila murió a los pocos minutos, apenas un poco adelante del Toreo. Wok logró volver a arrancar sin detenernos, pero cuando llegamos a las torres de Satélite el sistema se apagó definitivamente.

Dejamos el auto donde la inercia lo detuvo. Bajamos riéndonos como niños y tomados de la mano nos alejamos de ahí.

Los chatarreros nos lo iban a agradecer. Pasamos el resto de la tarde como habíamos pasado el resto de las tardes desde que todo se vino abajo: buscando algo que no íbamos a encontrar porque no sabíamos qué era.

Nos dedicamos a patinar entre los restos de Plaza Satélite. El piso era liso y ya no había nómadas acampando en Liverpool. Decidimos pasar la noche en el departamento de muebles, aunque yo hubiera preferido el hotel de la noche anterior.

–No podemos desandar el camino. Para nosotros no existe ayer ni atrás– dijo Wok.

Sentí una tristeza inexplicable. No encontré motivos para reír más. Mi alegría comenzaba a secarse mientras los lagrimales se me humedecían, pero decidí ahogar mi pesar con las últimas risas que tenía guardadas. Con mi última reserva de alegría.

Seguíamos patinando cuando comenzó a oscurecer. Sin preludeo, sentí algo frío deslizándose por mi espalda. Me detuve en seco. Wok se espantó.

–¿Qué sucede?

–Lo puedo sentir– dije. Él percibió la angustia en mi voz.

–¿Qué es? ¿Qué sientes?

Ahí estaba, era claro, no quedaba duda: una sensación helada que subía lentamente hasta mi cuello.

–¡Aída! ¿Qué sientes? ¡Me estás asustando!

Volteé hacia él. Una lágrima escapó de mis ojos bajando por la mejilla. Pensaba que había olvidado cómo llorar.

–Siento... el dolor de millones de personas a punto de morir.

El primer temblor llegó con la noche. Salimos corriendo al estacionamiento. Apenas tuvimos tiempo de tomar nuestras cosas, el centro comercial se derrumbó en medio de un rugido de metal torcido y concreto colapsándose.

Nunca ví morir a un elefante, pero me imagino que debió ser algo parecido.

Soplaba un viento fuerte que en pocos minutos se llevó el polvo.

Nos quedamos agitados en el estacionamiento vacío. No parecía haber nadie en kilómetros. Sólo se escuchaba el aullido del aire tratando de ahogar el silencio. Sin decir nada, nos acostamos en el suelo.

–¿Ya se conocían tus papás en 1985?–preguntó Wok.

–Claro que no– contesté molesta –. Lo sabes bien.

–Ah.

–Mi mamá tenía siete años en 1985. Mi papá, trece– agregué en la oscuridad.

Wok contestó con un gruñido.  
Un nuevo temblor sacudió el suelo.

–Tengo miedo– me dijo al oído.  
Parecía como si el terreno se estuviera deslizando lentamente.  
–Conque esto es el fin del mundo– dije suspirando.

Un pedruzco luminoso cruzó el cielo. Era una bola de fuego del tamaño de una naranja que cayó a varios kilómetros de nosotros.

–It’s better to burn out than to fade away– susurró él.  
–Esa frase es de una película vieja.  
–Pensé que era una canción. La murmuraba mi papá todos los domingos, con su cerveza frente al televisor.  
–También la decían mis papás. ¿Dónde estarán ahora?

Una nueva bola de fuego pasó por el cielo. Y luego otra.

–Seguro que rezando– dijo Wok.

Reímos.

–Te tengo una sorpresa– anuncié. Busqué en mi mochila a tientas. Era difícil sin una lámpara, pero finalmente los encontré y se los di.

–¿Uno lentes oscuros?

–Son Ray–Ban– dije mientras me ponía los míos–; siempre quisiste unos. Los encontré en el primer Sanborn's en que dormimos.

–¿Los andas cargando desde entonces?

Más restos de meteorito rasgaron el cielo iluminándolo, furiosos.

–Sabía que los íbamos a necesitar. Acuérdate que pensaba estudiar astronomía. Ya me habían aceptado en la facultad de ciencias.

Empezó un nuevo temblor.

–Nunca acabé la prepa– su tono era repentinamente triste.

–No creo que sea importante. Sólo tienes 19 años.

–Ni uno más– repuso mientras el cielo se iluminaba de nuevo. Sonreía. Lucía guapísimo con sus lentes. Se acercó a besarme.

–Te amo...– alcancé a murmurar.

Luego, el estruendo del terremoto lo llenó todo.





# Dicen mis conocidos

Arturo Morán

Dicen mis conocidos que soy un fuera de serie, alguien con dones extraordinarios que no ha sabido explotarlos y que sin tardanza debería montar un espectáculo en la plaza central de la ciudad –frente a la catedral– para que las terribles e informes muchedumbres que pasan por allí a todas horas puedan admirar mis capacidades, enrojecerse de placer ante el prodigio de mis talentos, aullar impresionados con las maravillas de mis sorprendentes disposiciones y vitorear mi nombre, una y otra y otra vez, hasta desfallecer de agotamiento.

Pero yo prefiero siempre dudar de estas muestras de exaltación mal encaminadas por parte de los que me procuran, pues son ellos mismos quienes sin querer y con regularidad, me rebajan de hombre a desamparado mico de acto circense (en el mejor de los casos).

En torno a esta vieja mesa de la cantina *Juntos y Revueltos*, en medio de una buena charla, la media docena de hombres que son mis amigos barullan y se ponen de acuerdo para conducirme a la fama rotunda y a la fortuna posible, sin siquiera detenerse a pensar un momento si esto es lo que yo quiero.

Miguel Anumino, el carpintero, dice entre trago y trago a su cerveza: *Un tablado, tal vez de cuarenta o cincuenta centímetros de altura, para que la gente se pueda acercar, pero no amontonar, así tendríamos más público por función; sí, un tablado de madera gruesa de pino o de roble; ustedes consíganme un poco de aserrín y lo convertiremos en tablado, y en roble.*

Alejandro lo apoya con entusiasmo al tiempo que se seca las manos en el delantal blanco que utiliza todo el día en su establecimiento; él antes ha sido saltimbanqui de carpa y sabe de las artes del espectáculo: *Sí, sí, y yo me podría vestir de payaso, me multiplicaría en muchos “yo” con peluca naranja y nariz roja y yo y mi ejército de repeticiones lo anunciaríamos como el fenómeno del siglo.*

*Sí, sí,* dicen el resto de los borrachines levantando sus vasos —bebiendo con alegría y sin escatimar en emociones—, aprobando cada ocurrencia de los demás. *Y podríamos comprar unos cien o doscientos metros de tela para hacer la cosa más seria, más mística y cobrar*

*un poco más el boleto —exclama Cirilo—, al fin que ya he hecho carpas pequeñas para vendedores ambulantes de frutas y de artículos para el hogar; hacer una carpa de circo en miniatura no debe ser la gran cosa —reflexiona un momento y después prosigue— una tela roja estaría bien, muy bien; denme una tela roja de la fibra más corriente y la transformaré en una seda magnífica.*

*Si me cooperan, yo soldo los tubos con mi mirada de fuego y hago el esqueleto de la carpa, porque la pura tela no sirve si no hay esqueleto que la soporte. A todo esto, Pánfilo se nos ha anexado y está dispuesto a poner también su grano de arena, junto con Maclovio, su ayudante y aprendiz de miradas incandescentes.*

*Esperen señores, esperen un momento. Les interrumpo, pues veo que la cosa va demasiado en serio; la concurrencia voltea a mirarme con sus ojos rojos y abotagados, mientras les explico: Yo, la verdad, no creo que esto vaya a funcionar, y luego sus esposas van a venir conmigo a reclamarme que les quito tiempo en horas de trabajo y, además, lo que yo hago no es la gran cosa, si cualquiera con un poco de...*

*Hay que conseguir licencias —me interrumpe don Julio, quien fue empleado de ventanilla en el turno de la madrugada del municipio— para que no nos extorsionen por poner un negocio en la vía pública. Son tres o cuatro permisos; voy a ir con unos ex colegas para que nos las tramiten*

*así de rápido.* Y el viejo burócrata se truenan los dedos un par de veces, al tiempo que los rota, los cambia de lugar y los comprime como si fueran de esponja.

*Y yo puedo imprimir unas cuantas corridas de boletos,* menciona Heberto, que hasta entonces había estado muy callado; él es así: duda siempre hasta que ve a la mayoría embarcada en la locura de fin de mes y entonces sí, como que se anima y a largas exclamaciones dice que sí, que siempre sí le entra; es entonces cuando se derrite *literalmente* de la emoción y tenemos que esperar hasta por treinta y cinco o cuarenta minutos para que recupere su forma natural.

Dos horas más tarde, en la soledad de nuestro mundo (en la cantina vacía), ya estamos brindando con la última cerveza de la noche porque pronto nos haremos ricos, porque ya no tiene sentido seguir trabajando si ya tenemos resuelto el porvenir con esta fórmula extraordinaria, por la suerte de ser un equipo multidisciplinario capaz de cualquier alcance o hazaña.

*¡Qué nos dura, qué nos dura!*, exclama alguien, antes de abrazarnos y felicitarnos entre nosotros, para después marcharnos felices a nuestras casas.

Voy tambaleándome por Donceles, esperando no tropezar con algún gendarme porque en las condiciones en las que vengo seguro me meten al bote; debí esperarme otro rato más en la cantina para que se me

bajara este odioso mareo, pero ya Mirna debe estar preocupadísima.

Voy tan borracho que a cada dos pasos me detengo, recargándome contra las paredes de estos viejos edificios: la cabeza me da vueltas y los ojos se me cierran.

¡Caray!, ¿cómo es posible que esos absurdos borrachines me llenen la cabeza de tantas piedritas? Sí hasta les dije que sí, que deberíamos intentarlo, después de todo. ¿Cómo vamos a intentar un disparate así?, ya me veo, ya me veo a mitad de la plaza... Señoras y señores, acérquense, acérquense por favor, que voy a empezar a hacer alarde de mis capacidades y ninguno de ustedes debe perderse este evento, acérquense, acérquense más, por favor, para que puedan ver con objetividad y buen juicio lo que hoy con alegría vengo a mostrarles...

¿Qué horas serán? ¡Qué barbaridad! ¡Cómo se me fue a pasar tanto el tiempo! Seguro que cuando llegue a casa Mirna me va a regañar y me va a mandar a dormir a la cocina; sí, sí ya la estoy escuchando: “¡Mira cómo vienes, desgraciado!, ¡No!, ¡si ni tus hijos te importan! ¿Verdad? Infeliz, mal hombre.”  
¿Y si le comento de nuestra idea?, tal vez a ella también le parezca buena y me perdone esta parranda vil a mitad de la semana...

*Mira cómo vienes, desgraciado ¡No!, ¡si ni tus hijos te importan!, ¿verdad?, infeliz, mal hombre...* Me reprocha Mirna con el rostro descompuesto por el enojo, mientras me cierra la puerta de nuestra recámara en las narices.

Idiota, idiota de mí, esto me pasa por juntarme con esta recua de desgraciados; mañana mismo les digo a esa bola de borrachos que yo no, que ya no le entro, que siempre que me junto con ellos me pasan estas cosas; no, yo prefiero continuar con mi vida normalita, no meterme en tonteras de ningún tipo y cortar por lo sano, pues si ya le hubiera hecho caso a alguno de esos sujetos disparatados, ya me habrían remitido a la quinta demarcación con todo y chivas; seguro la condenada de Mirna para darme una lección ante mis hijos iría a sacarme furibunda de prisión con un niño en cada mano (llorando los pequeños a toda garganta) mientras ella me estaría diciendo su sermón de cuando se nos vienen encima los problemas: “Así, así te quería yo ver, detrás de las rejas, acabado, como un vulgar ladrón, si bien me lo decía mi madre: que eras un bueno para nada, un inútil, un pelado cualquiera; pero yo estaba cegada por la tontería del amor. ¿No que nos ibas a sacar de pobres?, ¿no que me ibas a comprar esto y aquello y aquello otro?, puro jarabe de pico; ¡si no eres más que un vividor, un patán; nunca te has esforzado ni en defensa propia; debí casarme con alguien que tuviera ambiciones, con alguien que

no pensara con los pies; a lo mejor con el tendero de la esquina o mejor aún: con el maestro de educación física, que me tenía entre ceja y ceja; pero no, me fui a decidir por ti, que no aspiras a nada, que ni en defensa propia...” Y entonces se soltaría llorando y haciendo berrinche; mientras, los niños se le quedarían mirando nada más por mirar, por hacer algo a mitad de la confusión a la que los hemos traído.

¡Ay, pobres de mis niños que les tocó un padre tan inútil, tan bueno para nada, tan equis!  
Pobres niños, ¡Cómo fueron a llegar a este mundo desamparados y con un padre tan tonto! Sólo que estén pagando por algo horrible que hicieron en otra vida y que ahora están purgando, pero con intereses.

Mañana mismo reformo mi vida por mis niños y le digo a este grupo de borrachos que no, que ya se acabó la fiesta, que no los quiero como mis amigos ni como nada y que mejor vayan a burlarse de sus abuelas y que les propongan a ellas el asunto, a ver si quieren exhibir esas reliquias de su casa para que la gente se ría de ellas y les dé limosnas de vergüenza.

Sí, eso, eso es lo que me iban a hacer, me iban a hacer mendigar limosnas de pena y de burla; ¡caray, qué bueno que me di cuenta a tiempo!

A partir de ya, voy a cambiar, me voy a portar más serio, más ambicioso y menos tonto.

Si soy ordinario pues ni modo, con todo y mi ordinariez mañana mismo le doy las gracias a mi jefe, me despido de mi trabajo de ratón de biblioteca y me pongo a buscar un mejor trabajo, donde me paguen lo suficiente, donde me sienta bien y donde me valoren como la persona que soy.

Pero bueno, por lo pronto esta noche habrá que descansar, pero dónde, dónde, si en este departamento tan pequeño no hay dónde.

Y con el cansancio que traigo auestas ¿dónde, dónde me tumbo? Pero si ya debería estar en cama, calentito entre las sábanas y los brazos de Mirna. ¿Y si le toco otra vez?, no, mejor no, con el carácter que tiene...

¡Ah!, ya sé, me voy a desarmar y voy a meter mis piernas y brazos en aquella caja vacía de zapatos del número tres y la cabeza la dejo sobre la mesita del florero; no, allí me va a dar frío y voy a amanecer morado. Mejor me guardo en la botella de la leche, al fin que en el vidrio no entran chiflones; no, el lechero llega muy temprano y me va a despertar.

¡Ah, ya sé!, me voy a transformar en ceniza y me duermo en el cenicero que utiliza el papá de Mirna cada vez que viene a platicarnos sus penas, al fin que está sobre la mesa de la cocina y allí no pega la luz...



# El Flautista

Rodolfo JM

Le llamaban el flautista, aunque no tocaba la flauta ni ningún otro instrumento. Era un predicador que desde hacía varios meses había aparecido en las calles de la ciudad. Vestía una túnica color rojo brillante. Llevaba la canosa cabellera larga y suelta, y una barba cerrada que le engrosaba el rostro y cuyas puntas rozaban su pecho. Ahora nadie recuerda cuál era su nombre antes de que comenzaran a llamarle flautista, pero la mayoría coincide en que se llamaba Pablo. Sobre quién lo bautizó hay más controversia, se dice que fueron los medios de comunicación, otros dicen que fue la gente; también se dice que él mismo acuñó el sobrenombre, pero esto último es poco probable. En lo que todos estamos de acuerdo es en la razón del apodo, quizá porque resulta demasiado obvio y nadie se atreve a interpretarlo de diferente manera.

Se sabe que le gustaban los parques y las banquetas amplias del centro de la ciudad –donde además dormía–, porque en esos lugares podía reunirse mucha

gente a escucharlo, también porque había el espacio suficiente para desplegar los cinco carteles que le ayudaban a ilustrar sus sermones. Es un hecho que el flautista pintó aquellos carteles, usando plumones de colores y basándose en los dibujos de las revistas para adultos que solía encontrar en los baños públicos y los parques. Dibujó en cada cartel cuatro rectángulos, dentro de los cuales se mostraba a los personajes de su historia, cada uno de ellos con globos de diálogo sobre sus cabezas. Una vez montado su escenario, el flautista, haciendo bocina con las manos, y a gritos, invitaba a escuchar su sermón a todos los transeúntes. A los vecinos no les importaba mucho la presencia ni los gritos del flautista, lo veían como un personaje inofensivo que incrementaba el encanto turístico de la ciudad. A veces algún despistado se detenía para ver de qué trataba el sermón, incluso hubo quien le tomó alguna foto, pero nadie se quedaba a escucharlo.

Salvo los niños. Pero no los que iban de la mano de sus padres, no los que paseaban en grupos, uniformados y con mochilas en la espalda, sino los otros. Niños sucios, de ropas sucias y rotas, la mayoría descalzos; niños casi salvajes, llenos de piojos; niños solos; niños perfumados con orines y humedad. Al principio fueron sólo unos cuantos, que seguramente sintieron curiosidad por la túnica roja, los dibujos en los carteles, la melena y la barba. Y algo encontraron

en las historias del flautista, en lo que irradiaba, en su voz, porque decidieron quedarse a vivir junto a él. Le acompañaban a todas partes, eran su público; y por las noches, a la hora de dormir, se acostaban a su alrededor como protegiéndole. Cuando fueron más de diez los seguidores del flautista, los vecinos se encargaron de echarlos de calles y parques del centro. Era molesto encontrarse con aquella visión al salir del trabajo y después de hacer las compras.

El flautista y su sequito abandonaron el centro de la ciudad y comenzaron así su peregrinaje por las colonias de la periferia. No era ningún idiota el flautista, estaba consciente de que su corte llamaba demasiado la atención, pero no hizo por evitarlo, al contrario: cada vez eran más. Las gentes hablaron sobre una pandilla de ladrones, sobre un vendedor de droga especializado en niños, sobre un pervertido que promovía la prostitución infantil entre turistas inescrupulosos. Los policías detuvieron algunas veces al flautista, pero no encontraron motivos para encerrar a un viejo vestido de rojo que contaba historias en la calle. El flautista no usaba drogas ni alcohol, no pedía dinero, y aunque su voz era grave y muy alta, era un hombre pacífico, de carácter amable. Los policías le hacían las preguntas de costumbre, lo registraban, pero debió resultar intimidante hacerlo mientras más


de cincuenta niños les observaban en silencio. En cada ocasión los policías, temerosos y avergonzados, terminaron retirándose, amenazando con volver de nuevo, preguntándose qué era lo que habían sentido ante aquel hombre y sus fieles, por qué les tenía que haber sucedido a ellos, por qué no simplemente lo habían subido a la patrulla y llevado a la delegación, donde hubieran podido encerrarlo un par de noches por vagancia.

Se dice que eran cien los niños que seguían al flautista cuando se instalaron en el parque chino. Nadie lo sabe con exactitud; al igual que todo lo que hoy sabemos del flautista, nos basamos en los relatos de la gente, en las historias que cuentan los vecinos, ninguna demasiado precisa; así que cien o cincuenta niños, de lo que sí estamos seguros es de que a partir de entonces no hubo más sermones. Suponemos que todo estaba previsto: el parque, el silencio, los niños, lo que sucedería después; pero quién podía imaginarlo.

El parque chino fue el lugar ideal para ellos, oscuro, abandonado; era además un parque hundido, como si se encontrara al fondo de un embudo, es decir que para llegar a sus veredas y zonas verdes había que bajar las escaleras que le bordeaban. Visto desde el cielo, el parque chino debió parecer un hoyo rectangular, lleno de hierba, basura y ratas. Y en el centro


de aquel hoyo, alrededor de la fuente seca, se hubiera podido observar al flautista y sus niños, como una mariposa rodeada de polillas.

Para entonces la fama del flautista ya había rebasado las calles. El primero en mostrar interés fue un reportero de periódico, joven, armado con grabadora y cámara digital, que se atrevió a internarse en el parque chino, platicar con el flautista y tomar algunas fotografías; a los dos días llegaron tres equipos de distintas televisoras. Fue la noticia de moda durante una semana. Y era curioso que ni el reportero ni las televisoras estuviesen interesados en la historia de ese hombre que les causara tanta gracia, el de largos cabellos y túnica roja, al que seguían los niños como a un “moderno santaclós” —dijese un conductor de telediario. Uno de los entrevistadores tuvo la osadía de preguntar al flautista qué era lo que prometía a los niños que lo seguían tanto. El flautista dijo que ya no tenía caso hablar de ello, que las señales se habían cumplido y ahora sólo era cosa de esperar unos días. El entrevistador se puso un dedo en la sien e hizo el gesto universal de la locura, compartiendo la complicidad con su público, y enseguida preguntó quién había diseñado esa túnica roja. A los niños no les preguntaron nada. Gastaron decenas de rollos fotográficos en ellos, y sorprendentemente dejaron constancia de que allí, en el parque chino,




no había ninguna pandilla de asaltantes drogadictos, lo que había era una gran familia, muy extraña, pero cordial y unida.

Algunas personas que acostumbraban correr por las mañanas alrededor del parque dicen haber visto a los niños tomados de las manos, formando un amplio círculo alrededor de la fuente. El flautista se encontraba en el centro del círculo, su voz formaba extrañas melodías. Ese día en el cielo, como si la mano de un dios tenebroso estuviese por caer, las nubes formaron un remolino negro y se abrieron. Fue la tormenta más fuerte que viera la ciudad en toda su historia.



Llovió hasta que se hizo de noche. Las calles quedaron desiertas, oscuros ríos recorrieron el asfalto y se estancaron para reflejar un cielo estrellado, sin nubes ya. Una noche perfecta para hablar de fantasmas y decir, como por casualidad, que el tiempo pareciera haberse detenido.




Al día siguiente, o al siguiente, nadie está seguro, alguien notó que el flautista y los niños ya no estaban en el parque. Esa gente es así, diría ese alguien, van y vienen. Con las semanas fue evidente que habían desaparecido. Muertos por la lluvia, dijeron muchos. ¿Y los cuerpos?, preguntaron otros. Como es natural, pronto a nadie le importó y no volvió a tocarse el tema.

Hasta hace unos meses.


A media tarde, en todos los televisores de la ciudad, se interrumpió la programación acostumbrada y tras unos instantes de estática pudo verse en pantalla al flautista. Les tengo un mensaje, dijo, y durante dos minutos su boca escupió cosas sin sentido, palabras que parecían no tener relación entre sí. Se le veía contento, los ojos llenos de luz. Tras él, y a su alrededor, un rincón de playa. La ciudad no fue el único lugar donde sucedió esto, todas las televisoras del mundo recibieron la señal con el mensaje del flautista, y no pudieron hacer nada para evitar su transmisión. Tampoco para detenerla.

Desde ese día las telecomunicaciones de todo el mundo quedaron arruinadas. Si alguien enciende una radio, o si levanta el auricular de un teléfono, escuchará el sonido del viento y el mar, en ocasiones una risa lejana. En los televisores se observa lo que parece ser el fragmento de un paisaje, el mismo en el que apareció el flautista por unos minutos. Es como si alguien hubiese dejado olvidada una cámara encendida y la lente registrara un poco de arena y rocas de mar, otro poco de cielo por el que a veces cruza una nube. Sabemos por los periódicos que nadie ha podido explicar de dónde viene la transmisión ni el por qué es imposible bloquearla. Ningún experto ha podido ofrecernos una mentira y regresarnos la tranquilidad.



Los pocos que conocemos la verdad seguimos esforzándonos por reconstruir la historia del flautista: comparamos versiones, realizamos cronogramas, retratos, estudiamos recortes de periódico y fotografías, nos reunimos en el parque chino y meditamos en silencio. Hay quienes dejan ofrendas en la fuente, hay quienes lloran un rato. Incluso, y aunque es seguro que hayan sido destruidos por la lluvia y la intemperie, todavía tenemos la esperanza de encontrar alguno de los carteles que el flautista dibujó, cualquier cosa que nos permita entender su mensaje.

También contamos con gente que pasa todo el tiempo frente al televisor, observando, atentos a cualquier detalle. Estamos seguros de que volverá.





# Amores de ciudad

Gonzalo Soltero

## a) Dulce

Pertenecía a la primera generación que el más natural de los fenómenos había creado. Descendió por un tiempo y después se estrelló con la parte superior de algo. Encontró su cálido cuerpo frotándose contra una superficie dura y plana. Trató de oponerse al principio, pero un momento después se dejó llevar por la fuerza que la atraía hacia abajo. Muchos como ella iban también resbalando en la misma dirección, dejando frágiles rastros tras de sí mientras que otros seguían cayendo. De pronto, lo percibió deslizándose directamente hacia ella. Trató de huir, pero él se acercaba cada vez más. Cuando el contacto fue inminente, intentó resistirse a la primera caricia; después hubo un beso: la fusión. Luego, un escurridizo momento de absoluta paz, en seguida del cual, los dos, como uno solo, fueron desterrados del parabrisas por la frenética danza de los limpiadores.

## b) Amargo


Se sabe afortunado. No cualquiera puede tener un harem hoy en día, piensa, mientras asciende por los largos corredores de barandales metálicos. Llega a una puerta sólida. Saca un anillo repleto de llaves doradas que refulgen a pesar de la penumbra. Entra y sigue adelante, caminando por amplios salones.

La frecuencia de sus visitas no disminuye su lujuria. No es para menos, su harem cuenta con más de cien amantes entre hombres y mujeres que van de la pubertad a la vejez. Todos lo esperan listos, desnudos en sus camas, apenas cubiertos por una sábana.

Se detiene frente a otra puerta; es la elegida de hoy. Pasa. Ella lo aguardaba. Se acerca y lentamente retira la sábana. Es hermosa, pálida como la luna que los ilumina. Humedece su boca con un beso. Aspira su perfume. Le coloca una mano en el pecho y siente su corazón. La retira temblando, excitado.

Reinicia el contacto, alternando las manos y la lengua. Halla su camino por cuanto orificio y abertura encuentra.

Exhausto queda dormido junto a ella, abrazándola con ternura. Se despierta unas horas más tarde. El



alba amenaza. Se viste y la besa sin despertarla. No se olvida de tajarla y sale.

Recorre los mismos pasillos y salones. Se sabe afortunado. Saca un cigarro de su bata, y sonríe mientras lo enciende para quitarse el sabor a formol de la boca.

# ¿Y quién morirá del todo, buitres?

Gerardo de la Cruz

El capitán Cantú examinó su polvoriento calzado; estaba casi nuevo y ya empezaba a cascarse. Las puntas miraban de soslayo y trasojadas, lánguidamente, hacia el cielo, maltratadas por el trajín de la jornada.

“Una buena pasada, eso necesitan”, pensó más por mera distracción que por una preocupación formal o higiénica. “Una buena lustrada en manos de Remedios, urgentemente.”

–Te veré en el infierno –dijo Santana, esbozando una sonrisa sarcástica, casi grosera, al tiempo que Rincón le colocaba la guindaleta cebada alrededor del cuello.

–Veremos –farfulló Cantú, impertérrito. Se llevó en señal de triunfo la mano al cinto y acarició la culata nacarada de su revólver, como afirmando su victoria–. Rincón, la capucha.

El sargento se dispuso a obedecer; pero Santana rechazó, como un gesto final de valentía, esa humillación. Si habría de morir colgado de un árbol, que todos vieran el rostro de Santana, el plateado más temible que azotara La Pocita, y a quien solamente la justicia pudo capturar en una vil emboscada urdida por la traición, aunque el mérito se lo adjudicase el capitán Cantú, que en otras circunstancias no le hubiera servido a Santana siquiera para un baile de balas.

El plateado deseaba que cuanto habitante y viajero que transitara el camino de su muerte, el sitio donde bailarían su cuerpo a capricho del viento, reconociera en su rostro el del diablo. Pensaba que así, de algún modo, continuaría vivo, aunque fuera como una pesadilla; que incluso lo recordaran al cabo de un tiempo, cuando su cabeza terminara desprendiéndose del cuello y el cuerpo se convirtiese en carroña para buitres, zopilotes y gusanos.

Mientras forjaba un tabaco, Cantú preguntó cuál sería su última voluntad. Era una burla, pero Santana agitó la cabeza, maliciándose desde ya la mala sangre del capitán, y con la vista fija en ese hombre de piernas zancudas y largos brazos, que era el capitán Cantú, mostró su dorada dentadura al tiempo que hacía su petición:

–Quiero verte en mis zapatos, perro.

Cantú era un hombre de palabra, honorable y sagaz; Rincón y los otros conocían de sobra el carácter del capitán, jamás faltaría a su promesa, y se volvieron hacia él, expectantes. Cantú prendió tranquilo su cigarro y miró con desapego sus deslustrados botines.

–Ya oyeron, quítenle las botas –ordenó

Los subalternos del capitán obedecieron al instante, en medio de risas e injurias, y descalzaron a Santana. También Cantú se despojó de sus elegantes borceguíes, los arrojó a un lado del camino y, con denodado esfuerzo, sus piernas lograron penetrar las ajustadas botas del bandolero.

–Pero nos veremos en el infierno, bastardo –blasfemó Santana.

Cantú volvió a su cigarro, exhaló el humo morosamente y observó por vez última el rostro que le ofrecía ese hombre mal encarado que estaba ya de boca al otro mundo. Examinó su faz enjuta, sus ojillos negros y escrutadores, la nariz aquilina y la boca de labios delgados. Con un tono que delataba el fastidio que le provocaba la ceremonia de ejecución, dijo en tono indiferente, más bien fingido:

–Cuélguenlo ya –y a una señal de Rincón, los improvisados verdugos comenzaron a jalar lentamente la cuerda, que se deslizaba por la rama más alta y gruesa de un ocote, sobre cuyas raíces se elevaban lentamente las puntas de los pies de Santana, resistiéndose aún a separarse del suelo.

Los soldados no cesaron de tirar de la cuerda sino hasta que Santana, el plateado de los dientes de oro, comenzó a zangolotearse en el aire como un títere y a emitir algunos sonidos guturales, súplicas que hubiera querido contener.

“A la muerte nadie se le rebela, desgraciado”, pensó Cantú antes de montar su caballo y desviar la vista.

El nudo terminó por cortar la garganta de Santana; mientras, el capitán imaginaba cómo los ojos del condenado adquirirían dimensiones inusitadas; la lengua hinchada como por un golpe de sangre parecía una culebra expulsada de las entrañas del ladrón, larga, llegaba casi al gaznate. Las convulsiones, el pataleo desesperado, se tornaron poco a poco menos espasmódicos, hasta que cesaron por completo. El plateado Santana, rígido, hinchado como globo, cual si hubiese querido guardarse para sí el último aliento, había muerto.

Mientras los soldados anudaban la soga al tronco del árbol, Rincón colocaba en el cádaver del plateado un cartoncillo con la condenatoria leyenda: “La justicia es justa, así morimos los asesinos”, escrita por Santana y dictada por el capitán.

Cantú volvió en sí, dio indicaciones al sargento respecto a los afanes últimos de la tarde y los días siguientes; enfrentó por vez última el seño abotagado de Santana, hecho un fardo; espoleó a Mazarino, su cuaco, y se alejó al trote hacia su finca, tranquilo y satisfecho. Al menos por el momento.

Apenas llegó a casa dio órdenes estrictas de que no lo molestaran. Estaba inquieto, resultaba difícil desprenderse de una gusana sensación de pesar y fatalidad. La última visión del condenado “en caliente” lo siguió sin tregua hasta su casa. Que Remedios luego limpiara sus lodosos botines.

Aún con las botas del asesino puestas, Cantú echó llave al estudio y comenzó a redactar el informe de la ejecución de Santana; debía mandarlo a Veracruz en breve. También hizo algunos apuntes en su diario, caprichos e impresiones de carácter personal que se reservaba para la fiel escritura de sus memorias, narrando sus hazañas militares, sobre todo, y las amorosas.



No cesó de escribir sino hasta ya bien coronada la luna, hasta que el cansancio lo atacó. Harto resentido de los pies, intentó quitarse los despojos del bandido, pero éstos ofrecían más resistencia que su antiguo poseedor durante la refriega.

Llamó a Remedios para que lo auxiliara en la tarea; sin embargo, también ésta fracasó rotundamente. Las piernas de Cantú comenzaban a flaquear, la sangre palpitaba en sus pantorrillas, que penosamente corría hasta los tobillos, sin poder irrigar las plantas ni los dedos de los pies, fríos e insensibles.

“Si entraron, deben salir”, pensó, y se le ocurrió entonces una idea que consideró infalible. Tomó una afilada navaja y tasajeó la dura piel de las ceñidas botas; sin embargo, no obtuvo mayor éxito que el de hender el cuchillo en su propia carne. Poco a poco, a través de la bota herida, cocida a su piel, hirvió una burbuja de sangre, negra como la lengua de Santana en ese momento. Manaban como de un chopo gruesos hilos de sangre, reconcentrándose en el piso hasta formar un pecinal color bermejo.

Angustiado, Cantú ideó cientos de estrategias con resultados estériles para deshacerse de las botas malditas, hasta que pronto comprendió que éstas

se habían incorporado a él como unas sanguijuelas, en absoluto dispuestas a abandonar a su víctima. Procuró calmarse.

Después de un rato, cuando al fin recuperó su acostumbrada sobriedad y compostura, sacó de la faltriquera de su chaleco un puñado de tabaco y forjó un cigarrillo, se levantó de su asiento, cojeó hacia una de las lámparas que iluminaban la estancia, y encendió el tabaco. Luego regresó a su asiento y fumó, con franca tranquilidad, su cigarrillo, mientras seguía con la vista el rastro sanguinolento que había dejado en su propio recorrido de ida y vuelta. Observó pensativo el líquido rojo que fluía de su pierna izquierda, y el charco de sangraza sobre el cual descansaban sus pies doloridos.

Terminó de fumar, hizo jirones su camisa, vendó su pierna herida, limpió contra su muslo, hinchado como una tabla podrida, la filosa navaja aguada en sangre y trazó en el piso, cuidadosamente, letra por letra, con la tinta que sus venas ofrecían, su propio nombre. Imaginó el final de sus memorias, que pensaba dedicar al general Díaz; en amores de juventud y épicas elevadas hasta lo increíble. Quemó las notas referentes a Santana y esperó, lleno de rabia, a que el sueño y la fatiga lo vencieran.

Cantú vestía su desastroso uniforme militar y llevaba puestas las maltratadas botas del rufián (como Santana lo viera antes de morir colgado), cuando Rincón lo halló exangüe en el estudio. Remedios, que aún trató de impedir el paso al sargento, desfalleció en el vano de la puerta, y no bien se recuperó de la impresión, el sargento Rincón echó a la fiel ama de llaves casi a empellones. En su alcoba, la pobre mujer se deshacía en alaridos; pero el capitán Cantú ni siquiera pestañeó, tal vez lo consolara el hecho de que no sería alimento para buitres.

¿Quién le dará la noticia –se preguntó el sargento– al nuevo jefe militar de la zona? ¿Cómo podría explicar que el cadáver del plateado se esfumó, a pesar de la guardia y de la sogá? ¿Quién evitaría que entre la tropa y el pueblo se propalara, como letanía diabólica, rumores de maleficios que las aves de rapiña, siempre de mal agüero, denuncian como una verdad amputada de entre las mentiras?



# La última risotada de Javier Solís

Rogelio Flores

Intentaba salir de la cama, no consumir el tiempo recordándola. No quería pensar en su cabello dorado o su mirada ámbar; ni en la forma en que arqueaba las cejas al sorprenderse; ni en su boca de ciruela partida en dos, o en su aliento dulce. Tampoco en sus jadeos cuando hacíamos el amor, ni en sus pezones hinchándose con delicadeza entre mis labios, mi lengua y mis dientes. Pero era imposible no hacerlo, los recuerdos se me venían encima: su perfume, el toque de sus manos, sus pies fríos bajo las sábanas, la sensación de ser feliz y amar a alguien. Consideré faltar de nuevo al banco y murmuré su nombre por enésima vez: Sofía.

Dos meses ya. Ocho semanas buscándola inútilmente, a sabiendas que se escondía en su antigua casa, con sus padres. Necesitaba verla, saber si estaba

viéndose con otro, como me habían dicho; conocer la causa de su partida. Saber por ella misma qué demonios había pasado.

Pero eso no sucedería; aunque la tuviera aquí en este momento, sentada en la orilla de la cama acariciándome el pelo, ella sólo tendría silencio para mí.

Siempre fue así, ella no encaraba nada. Sólo evadía los problemas y se encerraba a escribir en su diario, para luego llorar durante horas. Solía hacerlo antes de irse y yo solía preguntarle si pasaba algo. Invariablemente respondía “nada” y sonreía, haciendo un esfuerzo sobrehumano. Y si sus labios mentían callando, sus ojos –como rehenes de ella misma– me gritaban que sí pasaba algo y yo les creía; y les decía que tuvieran paciencia, que ya arreglaríamos todo. Pero sus ojos no comprendían el idioma de los míos.

Esa tarde regresé temprano del trabajo, quería que habláramos para resolverlo todo, no era justo que lo nuestro se deteriorara sin causas de fondo, por una tristeza cuyo origen me era incierto.

Pero crucé la puerta y lo supe, se había marchado. Algo me lo dijo y no tardé en corroborarlo. Se había ido, llevándose sus fotos, su ropa y sus discos, sin dejarme una nota siquiera. Aún olía a ella, al perfume

que le gusta, al shampoo de su cabello, a sus axilas, a su coño. Y yo sabía que ese aroma se iría en poco tiempo, quizá para siempre y que en adelante mi casa olería a vacío.

De inmediato marqué el número de sus padres. Ahí estaba y me la negaban, y yo comprendí que no me darían oportunidad alguna de buscarla ni de volverle a llamar. Sin embargo, seguí intentándolo, día tras día. Terminaron por comprar una contestadora.

Una noche sonó el teléfono en la madrugada. Al tomar la bocina, quien llamó ya había colgado, y acompañando los tonos de la línea telefónica, escuché durante minutos mi corazón latiendo con vergüenza. Tenía la boca seca. La adrenalina no terminaban de irse y yo no sabía si debía sentir eso, si la llamada era un número equivocado, si había llamado algún amigo, un borracho o ella.

De la llamada habían pasado dos semanas.

Decidí ir trabajar, mi situación no estaba para más complicaciones. Me rasuré, me vestí y salí del departamento, con la firme idea de no pensar en ella. Tenía otros motivos para preocuparme, mi cabeza peligraba por un recorte de personal y debía dinero, demasiado, de hecho.

Aún podía llegar temprano, si me apuraba. Ya inventaría algo para justificar mi falta del día anterior, –podía fingirme enfermo – y con eso, justificar también mi retardo. Bajé las escaleras lo más pronto que pude. Llovía suavemente cuando salí a la calle.

La gente se apuraba para guarecerse, algunos ni siquiera se fijaban en los autos que pasaban. Yo decidí caminar hasta conseguir un taxi, y se me fue haciendo más tarde. Pasó un autobús y lo abordé. Encontré unos cuantos pasajeros y caminé a los asientos de la parte de atrás, pues quería estar solo. La lluvia arreció y no permitía ver nada hacia fuera. Comenzó a oler a sudor y las risas de algunos adolescentes subían de volumen hasta ser intolerables. Algunas aceras más adelante nos encontramos con un congestionamiento.

Tomé el celular y marqué a la sucursal para avisar de mi retardo. Pero al escuchar la voz del gerente sentí algo parecido a la rabia. Colgué. Sentí que no debía dar explicaciones ni mentir al respecto. No quería ir a trabajar, no quería darle los buenos días a nadie, ni sonreírle a los clientes.

Dos filas delante de mí alguien había abandonado una mochila a su suerte. Había también un helado derritiéndose y una mosca empecinada en romper una ventana.



Toqué el timbre y me bajé del autobús, para caminar sin rumbo, concentrándome solamente en la sensación del agua escurriendo en mi cabello.

Un auto pasó, en él iba una pareja, creo.

A Sofía le enseñé a manejar en Chapultepec, en mi viejo Ford, aquel cuyo estéreo se había descompuesto con un caset de Javier Solís dentro. Siempre que salíamos teníamos que escuchar forzosamente a Javier Solís, y Sofía se reía como loca cuando yo imitaba la risotada amarga de “Payaso”.

Mis pasos me habían acercado al edificio de los pinches viejos alcahuetes. Tan solo unas calles me separaban de la respuesta que yo necesitaba. Debía buscarla, hablar con ella de una vez. Apuré el paso y mi corazón latía como un perro enloquecido.

Llegué y crucé la puerta de entrada del edificio, pensando con pena en la mosca del camión, atrapada irremediablemente y en seguida subí las escaleras mientras recordaba cuando éramos novios e iba a verla. Entonces sus padres me apreciaban. De verdad, no se porqué dejaron de hacerlo. Nunca nos casamos, pero desde que decidimos vivir juntos me hice cargo de ella y sus gastos. Aun después que renunció a su trabajo dispuse que no le faltara nada. La apoyé inclu-

so en todos sus experimentos y caprichos: aprender gastronomía, clases de fotografía, de danza contemporánea, talleres literarios, yoga.

Aunque tocaba con fuerza no recibía respuesta alguna, así que marqué el teléfono. De nuevo, sólo me atendió la contestadora. Pensé en cuan humillante era todo, ser abandonado sin explicación, no ser atendido ni por el teléfono, no haber sido siquiera mandado al diablo. Yo era la mochila del camión, el helado que se derretía, la puta mosca.

Con dos o tres patadas –no lo recuerdo– abrí la puerta. No puede evitar imaginar mis discretos toquidos la primera vez que fui a verla ahí mismo, con una rosa en la mano. Tampoco puede evitar sonreír por la ternura que me invadió el recordarme –enamorado, nervioso y feliz– cuando escuchaba cómo se abría la perilla. Qué distinto era todo. Crucé la puerta.

Lleno de rencor y nostalgia, comparé ese feo departamento con el nuestro, que tiene mucha luz natural, lámparas de pie y piso de duela; que pintamos juntos y adornamos con las cosas que aprendió a hacer cuando estudió decoración de interiores. Según Sofía, mi mal gusto parecía venir de clases de demolición de interiores. Yo solía reírme con ese y con otros chistes, repetidos constantemente por ella, que si bien nunca me hicieron gracia, me hacían sonreír, pues amaba verla contenta.

El departamento de sus padres era el de unos viejos, amontonado y oscurecido por cortinas de terciopelo rojo, con fotos retocadas a mano y un sinfín de figuras de porcelana. Era lamentable saberla ahí.

En la mesa di con una caja de chocolates y una pequeña nota: “Para la mujer más hermosa del mundo, con mucho amor infinito, Sandro”. En la superficie de celofán sobresalían los rastros de pegamento de una etiqueta, así como los surcos casi invisibles de una cifra anotada con pluma. Por supuesto los chocolates habían costado unos cuantos pesos.

En efecto existía el otro cabrón. Me molestó ver que ella podría considerar algo con un pobre diablo que le regalaba chocolates corrientes acompañados de una nota cursi, simplona y mal escrita. En ese momento me encontré conmigo mismo reflejado en la luna del comedor. Ahí estaba yo, un pobre diablo que le había malvendido su alma al Satanás de un banco para complacer a una mujer que había terminado por abandonarlo.

Pensé es sus jadeos al hacer el amor. No pude evitar preguntarme si había pensado en Sandro mientras estaba conmigo, quizá fingiendo un orgasmo, quizá sintiendo rencor, o peor aún, lastima. Recordé su mirada cuando me decía “nada” y en ese momento sentí ganas de matarla con mis propias manos.

De un salto llegué al espejo para martillarlos a puñetazos, me salpiqué la cara con mi propia sangre y lloré con rabia. Aventé la mesa para abrirme paso y caminé buscando mi respuesta, tal como una rata de laboratorio en un laberinto. Mientras recorría los pasillos me fui despojando del saco y limpié mis manos en las paredes mientras tiraba figuras de porcelana de las repisas.

Su recamara parecía una sucursal de nuestro hogar, era una habitación adornada con duelas, lámparas de piso y colores fríos, incluso con algunas de las fotos que Sofía se llevó, pegadas en la pared. Yo sólo aparecía en una, ahí lucía como un buen amigo y no como un hombre que inspire amor. Mucho menos pasión. En la foto yo sonreía y brindaba con un tarro de cerveza.

Tendido en la cama, un vestido de noche esperaba a Sofía y al pie de las sábanas aguardaban los zapatos de tacón que nunca quiso ponerse para acompañarme a las fiestas de la sucursal (me recordé comprándolos en la Zona Rosa). No soy una piruja para ponerme esto, solía decirme. Ahora ahí estaban, esperando sus hermosos pies para seguramente ir a comer con Sandro a un puto bar de samborns. Y con el consentimiento de los viejos de mierda, por supuesto.

Junto a la ropa, el diario.

Lo conoció hace tres meses y se enamoró de inmediato. La conmovieron, según ella, su sonrisa y su charla

amable. Es maestro de yoga. Tiene el pelo rubio. Es menor que ella y tiene dos hijas (a las que quiere más que a nada en el mundo). Lo mejor de todo: se está divorciando, por eso vivía en un hotel, el hotel Saratoga. Ahí se revolcó con él la primera vez, dos meses antes de abandonarme. Dice quererme, pero que ya no me desea ni me ama. Le molestan mi falta de ambiciones y mi vida rutinaria. No sabía como confesármelo, pero remata escribiendo que sabe “metería mis manos al fuego” que siempre seré su mejor amigo.

–Tus manos al fuego. Puta de mierda.

Cierro el maldito libro y lo arrojo contra la pared. Lo miro. Lo recojo. Tomo también el vestido en mis manos, junto con los zapatos. Hago un bulto –casi con ternura– y lo dejo en el piso, ahí pongo a las fotos también y los chocolates; rasgo las cortinas y las sábanas.

Tal como un adolescente enamorado, arranco las hojas del diario, que van tapizando la madera del piso. Del botiquín extraigo una botella de alcohol que vierto en nuestras pobres ruinas y prendo el encendedor que me regaló en mi cumpleaños.

Un pequeño infierno arde mientras fumo un cigarro ensangrentado. Mi otro yo –su mejor amigo– se chamusca sin dejar de brindarme con su cerveza,

sonriendo como un idiota. Entonces me doy cuenta que todo el que sonrío en el mundo, es un idiota, un retrasado mental; que todo el que no ha sido engañado, vive en el engaño. Las llamas lamen la duela amorosamente, y trepan al colchón. El de la foto ya es una mancha negra, su sonrisa desaparece de su cara para aparecer en la mía.

Miro los tacones achicharrándose y me recuerdo pintándole las uñas de los pies para ir a una fiesta y la recuerdo bailando conmigo, contenta, delicada, etérea, arqueando las cejas al sorprenderse, mi Sofía.

Abandono la habitación. Camino por el pasillo. El espejo roto no me devuelve mi rostro. Salgo del departamento. Escucho la risa furiosa de las llamas consumiendo los muebles. Escucho mi imitación de la carcajada de Javier Solís. La escucho a ella riéndose dentro de mi viejo auto, justo el día que decidimos vivir juntos. Escucho la risa de Sandro besando la frente de sus hijas, y la risa de la mujer de quien jamás se divorciará, y pienso en mi Sofía, sola, esperándolo, mientras bajo las escaleras y salgo a la calle.

Ha cesado la lluvia. Tiro el cigarro ensangrentado a un charco indefenso.

La brasa se consume y un hilo de humo se eleva al cielo como el alma de un niño muerto.

# De sueños y diálogos

Gerardo Piña

–Porque los sueños... sueños son –le dije. Y le hablé de cómo la confusión de Segismundo sólo se entiende a partir de que el espectador diferencia la realidad del sueño en la obra. Cité de memoria a Hamlet: “To die, to sleep. To sleep, perchance to dream, ay, there’s the rub. For in that sleep of death, what dreams may come, when we have shuffled off this mortal coil, must give us pause,” para ilustrar la ya conocida relación que existe entre el sueño y la muerte oponiéndose ambas a la conciencia y la vida. El sueño se asemeja a la muerte en que ambos ponen en suspenso la angustia cotidiana – posponen el momento de actuar.

Invocé en mi argumentación a Thomas de Quincey, quien nunca confundió la vigilia con sus ensoñaciones opiáceas (excepto cuando lo asaltaba la preocupación de no contar con suficiente dinero para conseguir

más opio o de no recordar correctamente algún verso de Milton, pero eso le sucede a cualquiera). Dije que Ann, la prostituta de quien se enamora de Quincey en su juventud, le salva la vida al darle de comer cuando más lo necesitaba. Esta acción, austera como muchas acciones simples y lógicas que sin embargo son difíciles de encontrar tanto en la realidad como en los sueños, es realizada por alguien que vive la violenta contundencia de lo real. (Fuera de algunas notas de Baudelaire y de la vulgar iconografía del cine norteamericano no hay nada poético en la prostitución. Naná y Santa quedan excluidas de este paréntesis porque encarnan la estulticia en la figura de la prostituta del melodrama, no su carácter poético.) Una acción tan simple como el que una mujer de la calle le dé de comer a un hombre de la calle se vuelve poética o cuando menos literaria porque a través —y durante— la ensoñación del opio, de Quincey recuerda ese momento como uno de los más trascendentes en su vida. Es decir, transforma la realidad mediante un proceso similar al de los sueños para volverla literaria, pero nunca pierde el referente de lo real como origen de lo onírico y lo poético.

Me referí a *En busca del tiempo perdido*. Dije que la ensoñación de Marcel que va desde el recuerdo iniciado por el aroma de la magdalena remojada en el té a la epifanía experimentada muchos años —y cerca de dos



mil cuatrocientas páginas— después en la biblioteca del príncipe de Guermantes, cuando el personaje se da cuenta de que debe escribir una novela está enmarcada por el espacio desde donde el narrador cuenta su historia. Este espacio, anclado en la realidad de los padecimientos y la muerte próxima, es necesario para tal ensoñación.

Hablé del caos necesario del despertar de Finnegan porque su narrativa es deliberadamente onírica. Los juegos de palabras en varios idiomas de esta narración se superponen como las imágenes e identidades en los sueños.

—Y aun así uno es capaz de mantener un pie en lo real —le dije—. Porque no sólo ocurre que nos damos cuenta de estar soñando al momento de hacerlo. También sabemos identificar la imaginación de nuestras propias trampas. Sabemos diferenciar lo falso de lo cierto de nuestra vida onírica y decimos frases como: “soñé que estaba en mi casa, pero no era mi casa; ésta era mucho más grande”, “estaba mi tío aunque no con su cara verdadera. Era otra persona pero yo sabía que era mi tío”, etc..

No mencioné el sueño subterráneo de Alicia porque habría sido una salida fácil (y también porque lo etéreo del sueño debajo de la tierra se vuelve casi un

oxímoron y eso es algo que detesta) pero sí mencioné al hombre que sueña a otro hasta darle vida propia en la circularidad de las ruinas —una de las imágenes más eficaces para ilustrar el primer motor inmóvil aristotélico portando su simiente más fina: un sueño que engendra vida, pero también la posibilidad de soñar y por ende de engendrar vida con la capacidad de soñar... Todo esto no sin antes aclarar que utilizaba referentes literarios sólo porque es lo que conozco mejor, pero le dije que también podía haber hablado de la interpretación de los sueños de un modo más amplio. De la posibilidad de interpretarlos precisamente porque los sueños son proyecciones de la realidad, no viceversa.

—En breve, no hay manera de confundir el sueño con la realidad —concluí.

—Pues los sueños son reales —me dijo—. Tu problema —aquí mencionó una serie de juicios sobre mi persona y mi actitud que no voy a repetir— y además confundes la oposición real vs. irreal con la de sueño vs. realidad. No se requiere de mucha contemplación para entender la realidad de los sueños. Dando por hecho que vivimos bajo un marco de dimensiones que hemos dado en llamar realidad —en eso estoy de acuerdo contigo— nosotros formamos parte de ella. Soñamos siendo reales. El sueño es parte de nuestras actividades cotidianas (sin importar si uno recuerda o no lo que sueña).

“De la misma manera en que en este momento tienes la certeza de que tal o cual persona está viva (podría haber muerto hace un minuto pero si no lo sabes, para ti está viva) la imaginación forma una parte básica de tu realidad. Si tuvieras que corroborar todo lo que das por hecho y que a fin de cuentas no es más que la misma forma de imaginar que genera los sueños, no podrías vivir. Tendrías que corroborar a cada instante si eres real, si los demás lo son, si el tiempo existe, si es verdad que el carbono se encuentra en todo el universo, si el edificio de tu lugar de trabajo va a seguir allí cada mañana, si tu casa va a seguir allí al volver del trabajo, si el lenguaje que usas corresponde a tu pensamiento, etcétera.

“La no-coincidencia entre lo que uno supone y lo que es no refleja lo irreal sino una incompatibilidad de carácter lógico como la que ocurre en los sueños o la locura (y esto sólo si nos atenemos a una percepción positivista de lo real). No me refiero a que la realidad sea relativa en un sentido burdo. Si yo imagino que eso de ahí es un vaso, me acerco y veo que en realidad no lo es, concluyo que me equivoqué. Es decir, lo que imaginé no coincide con lo real, pero ¿los sueños existen como una confirmación de lo real? Sólo si pensamos que los sueños deben obedecer a lo que percibimos en la vigilia es entonces que podríamos calificarlos de irreales. Si recuerdo una melodía y al hacerlo experimento una emoción estoy teniendo una

experiencia real a partir de algo que sólo ocurre en mi mente. Ergo, la materialidad no es la única condición para hablar de lo real.”

—¿Qué hay del inconsciente? —le pregunté.

—La gente habla del inconsciente como algo misterioso. En todo caso se trata de actos en cuya motivación no hemos reparado porque no nos hemos tomado el tiempo para analizarlos. Suponiendo que el inconsciente existiera, entonces estaría reflejado no sólo en los sueños sino en todo lo que hacemos. Al igual que en los sueños proyectamos deseos, frustraciones y demás cosas provenientes de la vigilia, en ésta también buscamos experimentar cosas similares a los sueños a través de la imaginación y no como una forma de escape. ¿De qué otra forma viven los niños?, ¿qué otro sentido tendría el arte sino estimular la imaginación dentro de la realidad?

—En suma, los sueños son inmateriales pero son parte de la realidad; lo mismo que la creatividad o la inteligencia. ¿Vas a decir que éstas también son irreales? —me preguntó y se fue como quien desaparece.

# Columpios

Raquel Castro

El chirrido de los columpios. Constante, rítmico, casi musical. Los juegos infantiles de la unidad en la que vivimos están casi enfrente de nuestra ventana, así que nos enteramos de cada risa y cada pleito y cada descalabrada. Sólo por el sonido: desde la ventana apenas vemos los árboles que están junto a la resbaladilla, a unos pasos del subibaja y de los mentados columpios. Pero con eso tenemos para enterarnos, como ya dije, de todo.

A eso de las cuatro de la tarde, los columpios se convierten en sinfonía, todos chirriando a la vez, con una extraña armonía en su desincronización. Y a veces, a eso de las doce de la noche, una o dos de la mañana, es uno solo un columpio moroso, tardado, como si la persona a bordo tuviera sueño o pesara muy poco.

Yo me indignaba: ¿qué padre permite que su hijo esté tan noche en los columpios? Hay vecinos malacopa,

perros sin dueño, incluso algún dealer (todo mundo lo sabe, aunque todos finjan que no). Y el columpio, solitario, imita a las cigarras, como tentando a esos y a otros agentes del mal.

Una tarde, hará cosa de un par de meses, al llegar a casa me encontré con la vecina de junto. Casi nunca coincidimos, así que, aprovechando que ninguna de las dos tenía prisa, nos pusimos a platicar. A criticar a otros vecinos, la verdad. Y llegamos a la parte de la educación de los niños y todo eso.

Aproveché y le solté mi manido discurso sobre dejar a los niños en el parque a altas horas de la noche. Ella, en vez de apoyarme de forma entusiasta, palideció. Yo insistí, describí el ruido, me porté empática (“usted que los tiene justo enfrentito de la ventana los debe oír más fuerte”), pero ella sólo se mostraba cada vez más nerviosa.

Al final, se me acercó y me dijo al oído:

—Una vez me asomé, para ver quién era. Yo estaba segura que era la hija de Claudia, la muchacha de abajo, ya ves que es una madre horrible. Y me asomé, te digo. Los columpios están justo enfrente de mi ventana.

Se quedó callada un momento, pero luego continuó:  
—Había luna y, además, acababan de poner los faroles nuevos. Se veía iluminadísimo, como cuando es de noche en las películas.

Lo último lo dijo tan quedito que no estoy segura de habérselo escuchado o de haberle leído los labios (o quizá, simplemente, lo imaginé):

—Un sólo columpio, el de en medio, se movía. Me quedé mirándolo, pensé que alguien se acababa de bajar de un salto, y que pronto se detendría, pero pasó como un minuto y el columpio no perdía fuerza, ni se desviaba por el viento. Entonces mi marido me dijo que dejara de fisgonear, reaccioné y desde entonces no abro las cortinas aunque el columpio me despierte en la madrugada.

Nos metimos a nuestros departamentos sin despedirnos. No sabía si creerle o no a mi vecina, pero de todos modos sentía el estómago oprimido. Esa noche, cuando a las dos de la mañana me despertó el chirrido persistente del columpio, me acordé de que el marido de mi vecina murió hace cerca de diez años.  
No me asomé.





# Memorias de una sombra sin cuerpo

José Luis Enciso

Siempre me ha intrigado la suerte que correrán mis libros cuando muera. No me refiero a los de mi autoría, pues éstos no existen. Hablo de los que he leído, de las obras de otros, en especial de mis novelas favoritas. Imaginar su futuro me ocupa a veces durante horas y, a menudo, me aterra, pues he llegado a pensar que algunas de ellas, sobre todo los volúmenes gruesos, fungirán de apoyos para mesas o sillones rengos; casi puedo verlas infestadas de moho o despedazadas y esparcidas a lo largo de alguna calle, como hojas mostrencas de árboles que se sacuden el otoño. Tal vez terminen siendo parte de cualquier librería de viejo o de alguna biblioteca estatal y luzcan infames rayones en sus guardas, o sean consumidas por un infierno similar al que Bradbury imaginó.

Es probable que a ese amor –a esa obsesión, dicen algunos– deba algunos episodios trascendentes en mi vida, además de las manías que profeso. Cuando conozco a alguien no me importa tanto su historia personal como las novelas que ha leído o las que está leyendo –suelo, en secreto, cambiarles los nombres según mis aprecio: Honoré o Miguel o Gustave–; en fin, es inevitable, siempre me sucede. Por eso causan profundos efectos en mi ánimo quienes también han disfrutado la lectura de mis novelas favoritas, me hermana con ellos un pacto tácito únicamente pensable entre quienes comparten los secretos de alcoba de la misma amante, pero me convierto en un territorio disputado por el amor y el odio ante aquellos que me superan en la afición.

Servando, mi hermano mayor, estaba entre ellos. (Quizá de él adquirí la manía, nunca antes confesada, de contar mi vida no en número de años sino de páginas leídas.) Tenía una colección de volúmenes de Don Quijote de la Mancha seleccionada con gran erudición y se jactaba de poseer un acervo sólo superado en América por el del germano Franz Mayer.

Ambos compartimos biblioteca en el hogar paterno hasta que se casó con Ofelia y cargó con sus libros a una casa nueva, en La Condesa. Los huecos dejados por esos tesoros en la estantería familiar, completamente mía desde entonces, se convirtieron en

verdaderos páramos capaces de entristecerme más, lo reconozco no sin vergüenza, que la ausencia de mi hermano. Me sentí abatido sin sus libros, acaso porque eso evidenció algo horrendo: mi cultura libresca, en comparación con la de Servando, era en verdad escasa y así lo demostraba mi exigua reserva de novelas, mi vana cava intelectual.

Dos concursos literarios ganados y una espléndida disertación sobre Emma Bovary, que le valió un premio juvenil de oratoria, pusieron a mi hermano en el camino de un verdadero intelectual ante los ojos de nuestros padres, cuando éramos estudiantes. Desde entonces le granjearon todos los apoyos que necesitó para ser un lector dedicado. Incluso mi padre se mostró complacido con el anuncio de Servando respecto a que estudiaría Letras, aun cuando el viejo deseaba que su primogénito le siguiera los pasos como militar. A pesar de ser inexperto en asuntos literarios —la afición a la lectura nos venía del lado materno—, papá se desprendió de su mayor aprecio para dárselo a mi hermano: el primer revólver que tuvo al integrarse al ejército. Fue un gesto de confianza total, aunque el obsequio resultaba inútil para un hombre empeñado en desdeñar cualquier acción ante las palabras.

Ese respaldo fue correspondido por Servando al graduarse con honores, algo que yo también hubiera querido hacer, pero tuve que conformarme con ad-

ministrar los peculios familiares, no pocos, para fortuna de mi gente. Aunque nunca se decidió a escribir profesionalmente, no lo hacía mal y su elocuencia era envidiable. Convidaba eufónico su palabra, aun en la cháchara más trivial, a la manera de quien escancia un vino succulento. Eso lo hacía destacar, brillante y avezado, por lo que su carisma jamás halló competencia ni en casa ni en otro lugar y era fácilmente confundible con buena suerte. Los libros y las mujeres lo seguían quizá por ello. Y no ejemplares cualesquiera, sino obras difíciles de conseguir —poseía el único Don Quijote que guarda bocetos originales de Ribbs— y mujeres difíciles de conquistar. Ofelia lo era. De ella siempre fueron populares su gravedad elegante y su palidez que refulgía con una belleza enigmática sólo imaginable en alguna página de Flaubert. Cualquier hombre —yo incluido— hubiera ofrendado su hacienda entera por desposarla. Servando fue el ungido y no ocultaba su orgullo por los dones que supo emplear con tal de tenerla; de ellos y de su “secreto del éxito”, del que nunca dejaba entrever indicio alguno, se ufanaba en reuniones entre varones en las que él siempre aparecía al centro y el resto, como cierto personaje de Wells, penábamos invisibles alrededor de mi hermano.

Tantas virtudes hubieran bastado para procurar la ventura a cualquier hombre de su edad, treinta y tres años bien vividos y disfrutados con la serenidad del

éxito, pero, al igual que en las novelas, a menudo la suerte responde al destino con desplantes de amante resentida y caprichosa.

Ofelia dio a luz a una niña al año de haberse casado con mi hermano. Servando se había mostrado arrogante y soberbio durante el embarazo, convencido de coronar su felicidad con el nacimiento de la bebita, sin embargo, la situación cambió meses después. A nadie sorprendió la palidez de la pequeña; por el contrario, todos la atribuimos al tenue color de la madre, mas esa debilidad de pigmento era la manifestación de un agotamiento invencible, provocado por una malformación pulmonar sin remedio que la condenó a sobrevivir entre manguerillas nutridas artificialmente con oxígeno. Esa carencia de salud, obra sólo imputable a la voluntad de un dios estúpido o perverso, hizo que Servando cayera en un letargo incesante a partir del nacimiento de su hija. El símbolo más caro de su éxito se convirtió asimismo en su dolor más sentido; la paternidad no fue una bendición sino una sentencia adversa. Se olvidó de los libros, de las palabras, y se dedicó a cuidar a la bebé queriendo aprovechar cada uno de los segundos que duraría la incierta vida de ese pequeño ser, convencido de que siempre un instante más es también un instante menos.

Servando, a su manera, siempre había sido generoso conmigo, tanto como pueden serlo quienes se

dejan seducir por el éxito. Por ello, tras conocer la enfermedad de la niña, me sentí impulsado a ser un asiduo visitante de su hogar. Iba a diario y consolaba a Ofelia, pues de Clara, mi sobrinita enferma, se ocupaba aquél en forma desmedida. Mi pobre cuñada, tan hermosa y tan infeliz, se culpaba de haber concebido a un ser enfermo. Yo le cogía las manos, cubría la palidez de sus dedos con mis palmas, admiraba el contraste de nuestras pieles: la suya, lechosa y tersa; la mía, una cobriza hosquedad. A menudo se lamentaba entre sollozos y un temor supremo la estrujaba y la hacía temblar. Entonces no le bastaba que le cogiera las manos, al menos eso sentía yo. La abrazaba y al percibir en mi pecho su espasmódica respiración imaginaba, sin remedio, que también se agitaba así en los brazos de mi hermano cuando él la besaba y le decía esas cosas aprendidas en tantos libros que a ella la hacían amarlo y entregarse sin objeciones; seguramente en el desenlace de un episodio así habían concebido a Clarita.

Apenas conseguía dormirse Ofelia, yo me escabullía a la biblioteca de Servando. Sus dimensiones, en cualquier otro sitio, hubieran parecido insuficientes ante la cantidad de libros que alojaba. La primera vez que entré, justo medio año antes del nacimiento de Clarita, me sorprendieron la capacidad y el buen gusto que tenía mi hermano para ordenar los volúmenes. Desde entonces llamó mi atención su repertorio de

ejemplares de Don Quijote, enriquecido en poco tiempo con un volumen ilustrado de la casa Garnier en folio menor, dos versiones holandesas con ilustraciones de J. Bouttats y otro ejemplar más en octavo mayor del que, debido a mi erudición bisoña, si cabe el contrasentido, no pude establecer el origen, pero que sobresalía resguardado por una vitrina icosaédrica, cerrada con llave, encaramada en una basa de noguera, sólo pensable en un museo. Parecía el huésped principal de aquel recinto, un estilista ineludible.

Aun durante la enfermedad de Clarita ese sitio se conservaba exento de las sombras que se habían adueñado del resto de la casa. Servando no frecuentaba su estantería y eso ayudaba a preservar un orden riguroso. No sentí envidia, como antes, sino una necesidad imperiosa de permanecer en ese espacio, casi de vivir en él. Era parecido a habitar un lugar reservado para mí más que para Servando.

Esa idea se me volvió una punzada, que aún a veces me duele, la funesta noche en que Ofelia se desvaneció mientras bajaba las escaleras. El estrépito y los gritos de Maruca, la mucama, sacaron por fin de su letargo a Servando y reemplazaron con sobresaltos su habitual angustia silente. Ofelia estaba tirada, sin conciencia. Lucía hermosa, más que nunca. La alarma provocada por el síncope enloqueció a mi hermano; no dudó en treparse a la ambulancia que llamé con el fin de

auxiliar a su mujer y, a gritos, desde la puerta, me pidió que cuidara de Clara y dio algunas indicaciones que no comprendí muy bien. Le preocupaba que estuviera al pendiente de la niña. Era la primera vez que interrumpía su guardia inamovible después de echar a todas las enfermeras que él mismo contrató por considerar que ninguna pergeñaba los cuidados necesarios para su hija.

Apenas partió la ambulancia, subí a la recámara de Clarita. Me pareció hallarla igual de hermosa que su madre, tendida minutos antes con su cabellera negra y revuelta en forma de una vorágine elegante sobre el piso. Me estremeció su fragilidad. De pronto la sentí mía, sentí que era mi hija; de haber sido así tal vez hubiera gozado de más salud. Quizá su destino no se hubiera reducido a ser el sinónimo de una burla. Me acerqué a su cabecera, junto al regulador de oxigenación. Al verla frente a mí, y saber que rechazaba la vida con un desdén cándido e invariable, pensé como nunca antes en la muerte, en la belleza pura de su oscuridad –imperceptible a la mirada humana– y en la bondad de su oficio de escribiente al poner el punto final a las derrotas irremediables y bien aprendidas de memoria.

Tras varios instantes me separé; el frío del contenedor de oxígeno permaneció algunos minutos en la palma de mi mano derecha, en tanto que la imagen



de Clarita lo hacía en mi mente aun cuando cerraba los ojos con el propósito de no mirar más el suplicio de la pequeña.

Una necesidad repentina de refugio me llevó hasta la biblioteca de Servando para proveerme de algún libro. La atmósfera de ese recinto hacía olvidar el mundo exterior, la historia, a Dios mismo. Cogí un ejemplar viejísimo del Buscón. La tapa era de una parquedad absoluta, mas la portada lucía un hermoso ex libris del doctor Paul Fuchs en el que una ninfa con alas de mariposa era atravesada por una aguja en plena labor entomológica; lo observé embebido por unos instantes hasta que un destello percibido de rabillo me abstraigo de la contemplación. Provenía de uno de los triángulos que formaban la vitrina icosaédrica del extraño Don Quijote. Me acerqué a ella y la presencia de esa anatomía caprichosa me hizo experimentar una sensación escalofriante: fue como cuando se mira el fulgor de un trueno lejano entre el cielo borrascoso y al hacerlo se espera ya un estrépito que ha de llegar unos segundos después. El estruendo sobrevino en forma de un alarido de la mucama.

Subí las escaleras, corrí hacia el sitio del que provino el aullido y, antes de entrar al cuarto de Clarita, volví a experimentar la sensación del trueno: “La niña está muerta, señor”, dijo Maruca.

Me acerqué al contenedor de oxígeno y miré que el regulador carecía de actividad. No supe cómo interpretar las miradas de la mujer y la saqué a empellones de la alcoba. Me encerré con el cuerpecito sin esencia aún tibio. Me pareció hallar una belleza agradecida en los pequeños despojos. Traté de llorar, pero no pude; por el contrario, me sentí tranquilo como sólo se halla uno tras presenciar un acto de justicia. Puse una mano en la frentecita de mi sobrina, toqué su pequeña boca tal vez queriendo tajarla para que no me reclamara nada; pretendía eximirme así de cualquier error que pudiese haber cometido.

Unos minutos después sonó el teléfono. Servando llamó para avisarme que el desvanecimiento sufrido por Ofelia se debía a una anemia considerable y que el golpe en las escaleras no había tenido consecuencias mayores a simples hematomas, “gracias a Dios”, dijo. Fue la única vez que le escuché mencionar a Dios, pues siempre lo había considerado, posiblemente con cierta razón, una forma de totalitarismo. Me pidió que lo supliera en el hospital porque su esposa pasaría ahí la noche; requería inyección de suero y cierta vigilancia. “¿Cómo está Clarita?”, preguntó. No quise demorar en responder y ni siquiera tuve ánimo para asestarle el golpe más fuerte que podría recibir con la delicadeza hipócrita de una caricia. “Ha muerto”, respondí de inmediato, acaso temiendo que alguien pudiera adelantarse en el anuncio de la mala noticia. Colgué

el auricular antes de escuchar su llanto, aunque ya lo intuía. Mi tranquilidad cedió ante un malestar pocas veces experimentado. Sentí rabia por lo ocurrido. Culpaba de algún modo a Servando, como si él fuera el artífice de esa desdicha que nos lastimaba a todos. Quizá lo era también de la mía y de la de Ofelia, tan frágil, tan inocente, tan hermosa.

La última palabra que le oí a Servando fue el nombre de su hija. Después, la voz quebrada que emitía de modo infrecuente provenía de alguien que ya no era mi hermano sino un ente desprovisto de toda gloria. Hacía recordar al Jamshid despojado de los favores de Ahura Mazda. Nada quedó del triunfador hombre de mundo que tantas envidias despertaba. Comenzó a padecer daños cardiacos y afecciones mentales; se le fueron complicando al grado que no pudo hacerse más cargo de su casa. Pasaba días enteros en el dormitorio que había ocupado Clarita y no hacía nada más. Al ver su incapacidad me mudé a vivir definitivamente con él y con su esposa. Además, me hice cargo de sus gastos.

Entonces vino una época extraña para todos, especialmente para mí: a pesar de la cercanía con mi cuñada y del ensimismamiento crónico de Servando, me topé con una melancolía peculiar que sólo podría ser comprendida por una sombra que ha sido desprovista del cuerpo que la proyectaba y es dueña de una libertad inútil.

Una noche, luego de que todos nos habíamos retirado a dormir, paseaba insomne por mi recámara y escuché que, en el pasillo, afuera del cuarto de Clarita, Servando caminaba. Por la puerta entornada vi que mi hermano, quebrantando sus hábitos, se dirigía a la biblioteca. Lo seguí con discreción.

Al fondo de ese lugar, de perfil, Servando manipulaba un objeto angular al que no tardé en hallarle forma de pistola. Luego de algunos segundos pude darme cuenta de que se trataba del revólver que le obsequió mi padre. Lo miraba tal vez buscando encontrar el consuelo del hogar paterno al que pocos se hartan de añorar cuando sufren. No quise trasponer la puerta de cristal, sino que, detrás de ella, amparado por las cortinas que la resguardaban, observé cada uno de sus movimientos. Vi cómo puso dos balas en el cilindro del arma y cómo apuntó hacia el sitio desde el cual yo lo espiaba. Sentí que un frío entupía mis piernas. No estaba seguro de que mi hermano me hubiera visto, pues la penumbra de la estancia me resguardaba de la tenue luz de la biblioteca, y la apertura de las cortinas era mínima, así que me mantuve en el lugar hasta que lo vi bajar el arma y luego apuntarse en la sien. El regalo de mi padre ya no me pareció tan inútil para un hombre de letras indefenso ante su desdicha. Se mantuvo así durante algunos segundos y volvió a bajar el revólver. Avanzó

unos pasos y lo dejó sobre una mesita de tres patas situada al lado de la vitrina que resguardaba el Don Quijote enigmático.

De un bolsillo de su bata sacó una llave, abrió la capucha de cristal, cogió el libro y de entre las páginas sacó varias hojas sueltas. Seleccionó una y le prendió fuego. (En el momento no lo pensé, pero ahora intuyo que ese acto tuvo relación con el “secreto del éxito” del que presumía Servando. O tal vez esto carezca de verdad, como casi todo recuerdo.) Puedo jurar que sonreía mientras contemplaba la llama, las volutas y las pavesas ennegrecidas que se liberaban por todo el estudio. Supe entonces que mi hermano había muerto ya sin dispararse y su cuerpo se había convertido en un dolor insepulto.

Luego, acomodó de nuevo las hojas entre las páginas de la novela y a ésta la introdujo en la vitrina; cerró ceremoniosamente la capucha y se acercó a la mesita donde había colocado la pistola. Me di media vuelta con la sensación de haber visto de nuevo un relámpago. El trueno llegó casi un minuto después, acompañado de un estrépito de cristales. El ruido despertó a Ofelia.

Desde esa noche, yo resguardo la estantería de mi hermano y también a su mujer. Nunca supe nada

acerca de aquel Don Quijote ni de las notas que albergaba, no quise hacerlo. Las exequias de Servando fueron también las suyas. El fuego los ha sintetizado en cenizas que reposan dentro de la misma urna. Ahora cuando miro a Ofelia dormida imagino que es mi esposa, que siempre lo fue. Ha mantenido su especial languidez y su enigmática fortaleza envuelta de fragilidad, aunque se ve más triste y más hermosa. Cada noche, después de darle un poco de consuelo, bajo a leer a esta biblioteca. De algún modo, mis libros y los de Servando han vuelto a estar juntos, como siempre debieron permanecer. Por eso me preocupa su futuro. ¿Qué será de todos ellos cuando yo muera?

# Absceso

Humberto Macedo

Al fin decides abandonar esa cama; comenzaba a creer que pasarías el resto de tu vida tumbado, llorando por la muerte de tu madre como si fueras el protagonista de un melodrama barato. No comprendo por qué te sientes tan desgraciado, si esa señora sólo te arruinaba la existencia; ni en su lecho de muerte dejó de escupirte quejas e insultos. Me estremece pensar lo que te haría si descubriera que convertiste su chal favorito en pañuelo desechable... En eso te doy la razón: carezco de madre como para imaginar lo que duele perderla. En todo caso, se ha demostrado, a lo largo de siglos y siglos, que los lloriqueos no poseen la virtud de revivir a la gente, así que ¿me harías el favor de callarte?... Conste que te lo pedí de la mejor manera, pero esa actitud tuya, tan negativa, no deja pie más que para la violencia... ¿Verdad que te dolió? Ahora sí, como solía decir tu madre, ya puedes llorar con provecho.

Es bueno descubrir que tienes despuntes de sensatez. ¿Te das cuenta lo agradable que es el silencio?... ¡De nuevo la misma cantinela! Espero que lo entiendas de una vez por todas: no voy a desaparecer por más que supliques: no depende de mí, y aunque así fuera, no se me daría la maldita gana; a final de cuentas, mi presencia se debe a tu falta de higiene y tus deplorables hábitos alimenticios, ¿o vas a argumentar que aparecí por generación espontánea? Y no, no soy tu conciencia, tampoco una voz de tu imaginación, menos podría explicar por qué demonios me escuchas... Tampoco creas que yo me siento en el paraíso. No sabes cómo añoro el tiempo en que yo no era más que un incipiente punto negro al fondo de tu muela, que apenas daba señales de vida al sentir el líquido frío. Creías que atiborrar el cepillo con crema dentífrica y restregarlo contra tu dentadura bastaría para deshacerte de mí. En tu lugar, yo no volvería a confiar en la publicidad. Te mereces esta situación por desidioso e ingenuo... Sí, sí, ya sé que has soportado, casi estoicamente, incesantes punzadas en la muela, espasmos repentinos en el interior de las mejillas y alguno que otro intempestivo calambre a lo largo de la encía durante las últimas dos semanas, no por indolencia sino porque debiste acompañar a tu madre a lo largo de su agonía; eso no me importa. Además, la culpa es de ella por haberse puesto tan mal justo cuando a ti se te pudre una muela... Y yo digo lo que se me antoja; si no te agrada, es problema tuyo.



Qué rápido olvidaste que tu madre odiaba tu gusto por la bebida... No es reprimenda, sino una observación. Para que tomes conciencia de que hasta las tragedias tienen un lado benéfico: ahora que ella se ha ido, ya no podrá regañarte ni prohibirte nada; y mucho menos tendrás que esconderte para degustar una buena copa, así como lo haces ahora... Tranquilo, que la botella no se va a escapar... Ya comprendo: pretendes evadirme emborrachándote hasta la inconsciencia. Si a astuto nadie te gana. Veamos cómo resulta tu plan...

¡Qué manera de beber la tuya! Apuesto a que si pudieras, lamerías el interior de la botella. Te lo advierto: si continúas así, te enfermarás de cirrosis, y si con un leve dolor en la muela ya andas penando como mártir, no quiero imaginar una situación de mayor gravedad... Está bien, te daré un receso; yo también merezco algo de reposo. Durmamos un rato... Sí, es en serio, ¿cuándo he sido deshonesto contigo? Vamos, deja caer tu cabeza sobre el costado del sillón, sube las piernas, cierra tus ojos. A dormir se ha dicho...

¡Hora de despertar!... ¡Qué salto tan increíble! ¿Te dolió el golpe?... No te quejes; cumplí con mi palabra... ¿Cómo que no? Cinco minutos es un rato, y no es mi culpa que mi sueño sea ligero... Lo acepto: quizá soy un tanto cruel, pero tú no te quedas atrás... Ahora te desentiendes pretextando amnesia, ¿vas a

negar que deseabas asesinarme?... No te preocupes, yo sí lo recuerdo: Esta mañana conducías a toda velocidad rumbo al consultorio del dentista. A pesar de tu cansancio y tus múltiples sufrimientos, te animaba la convicción de que el doctor terminaría con tu tormento, o sea, conmigo. Y entonces tu vida se tornaría menos tortuosa; por lo menos podrías comer y beber a tu gusto, y mejor aún, dormir por mucho, mucho tiempo: entre lo de tu madre y mi presencia ya era poco más de una semana de insomnio. Te sentías tan ilusionado que hasta el luto se te olvidó; y eso que apenas había pasado un día desde el entierro. Al parecer no eres tan buen hijo como presumes. Jamás imaginaste que me defendería, y por eso resultó tan efectivo manifestarme con todas mis fuerzas justo cuando tomabas el cruce. Tu pericia como conductor es notable: lograste que la catástrofe se redujera a una colisión de cinco coches. Suficiente para evitar que llegaras al consultorio del verdugo ese. Debiste esperar a los agentes de seguros, dialogar con los patrulleros para que no te llevaran al ministerio y repartir tu quincena entre los afectados, incluyendo al taxista que te trajo de regreso a casa. Lo único malo es que desde entonces nos escuchamos mutuamente... Ahora que lo medito, si hubiera sabido que esto resultaría de mi acción defensiva, jamás la habría llevado a cabo... ¿Crees que es muy grato oír a toda hora tus insultos y reclamos? Y no te basta con eso,

sino que además me obligas a soportar los lamentos por la pérdida de tu madre. ¿Y aún te preguntas por qué te hago sufrir tanto?

Es inútil que busques: sólo encontrarás cajas vacías. Te zampaste los últimos analgésicos en la madrugada, y no compraste más porque estabas convencido de que el odontólogo –¿te has puesto a pensar en lo tétrico de la palabra?– solucionaría tu vida... Lástima, eso te pasa por no haberte casado; de lo contrario, una linda y abnegada mujercita se encargaría de que nunca faltara lo indispensable en casa. Pero preferiste estar con tu madre, y mira, se murió sin pensar qué sería de ti. Insisto, la única culpable de todo es ella.

¿Que qué vamos a hacer? A mí no me preguntes. Y, por favor, límpiate los mocos que das asco... Ahí viene otro berrinche, ¿no te aburres? Lo mejor sería que esos esfuerzos los enfocaras a ganar mi aprecio. ¿Lo ves? Soy todo un inquisidor cuando me lo propongo.

Ya no te arranques los cabellos: te dará alopecia. Y créeme, ni remotamente mejoraría tu aspecto siendo calvo. Con razón adorabas a tu madre: ninguna otra mujer se hubiera atrevido a besarte... No te indignes: sólo bromeaba. Anda, no te reprimas y sigue bebiendo: con un poco de suerte y ahora sí me adormeces.

Deja de mirar con tanta insistencia el reloj: no desapareceré con la llegada del amanecer; ni que fuera vampiro... Ah, sí, claro, apenas puedas hacerlo, irás con el doctor. Yo no creo que encuentres uno tan caritativo como para no cobrarte; recuerda que te has quedado sin un centavo. Aunque, por otro lado, ya no me parece tan mala idea. Así ya no tendría que soportarte. Sí, regresar a la quietud y la paz de la inconsciencia... Desgraciadamente, aún falta mucho tiempo para que eso suceda, y mientras tanto en algo me debo ocupar.

La programación ha llegado a su fin. Ahora sólo transmitirán comerciales de media hora. ¿Por qué apagas el televisor? Iban a pasar el anuncio de esa crema milagrosa que te blanquea la dentadura en menos de una semana... Perdón, pensé que podría interesarte... No te quejes: estuviste tranquilo un par de horas y hasta te dejé acabar en paz la segunda botella. Quizá te consuele saber que el alcohol me amodorró un poco, además de que ya le encontré el gusto; por desgracia, el efecto va desapareciendo y me regresa la hiperactividad. Podemos hacer un trato: tú sigues bebiendo y yo me mantengo apaciguado, ¿qué te parece?... ¡Cómo que ya no hay! Supongo que las cosas se van a poner feas; especialmente para ti.

¿Y si le pides a tus vecinos? Digo, si regalan tacitas de azúcar, no veo por qué no te regalarían un vaso de tequila, o de whisky, o cualquier sustancia que surta

efectos similares... Cierto, cierto, ya es de madrugada. Y no hay inquilino en este edificio que no te odie. Bueno, dejo bien claro que yo intenté ayudar.

¿Tan desesperado te sientes? Acepto mi parte de responsabilidad, pero esa mezcla de naranjada y alcohol puro posee un aspecto muy poco confiable... Bueno, haz lo que quieras: ya cumplí con advertirte.

¡Qué bruto! Te lo acabaste de un trago. No sé cómo lo has soportado: el sabor era de lo más repugnante, y la manera en que tosiste me permite deducir que no fue una experiencia agradable para tu garganta. Sin embargo, creo que funciona. Me siento aletargado, como si desapareciera, no tengo ganas ni de punzar tantito...

¡Qué horrible despertar! Si concibiera la posibilidad diría que tengo resaca. ¿Estás muerto? No, un muerto no vomita con tal enjundia. ¿De dónde sacas tanto si casi no has comido? ¿Qué forma de retorcerte. Mejor tranquilízate. Vamos, recuéstate. ¡Pero no encima de tu porquería! ¡Eres un marrano! Y otra vez con lo de tu madre. Pobre mujer, con tanto reclamo, no creo que pueda descansar en paz.

Por favor, decide si lloras o ríes, pero no hagas las dos cosas al mismo tiempo, que me pones nervioso; sabes bien que eso no te conviene... Y me voy a callar cuando a mí me dé la gana.

Apenas puedo creer que hayas sido tan imbécil. Creo que de ésta no sales. Si sigues así, terminarás vomitando los intestinos. A quién se le ocurre hacer lo que hiciste. ¡Ay, de nuevo te estás revolcando en tu suciedad! Si te viera tu madre, seguramente se volvería a morir... ¡Tú también ya me tienes harto!

¿Unas pinzas? Sí, claro... No creo que te atrevas: te faltan agallas... Cualquiera es capaz de atenazarse la muela, pero entre eso y jalarla hay un abismo. ¿Estás seguro de que ésa es donde vivo?... Toma en cuenta que ves doble... De acuerdo, si insistes en llevar a cabo esta idiotez, te apoyaré; con un poco de suerte funciona, y entonces ya no tendré que saber de ti. Eso, así, ya la tienes, ahora sólo es cuestión de valor. A la cuenta de tres: una, dos, tres...

Qué feo se escuchó ese tronido. Y ni hablar del dolor y la sangre. No lo intentes de nuevo, sería inútil: ya no hay de dónde agarrar. De verdad que tu madre tenía razón al tildarte de estúpido. Y te tengo una mala noticia: tu imbecilidad no sólo me ha enfurecido, sino que me siento con más fuerza que nunca: te lo demostraré... Eso sí es gritar, ¿no crees? Y apenas comienzo; ya no tendré concesiones contigo. Creo que pasaremos unas horas de lo más divertido. Te enseñaré que hay dolores de verdad insoportables, dolores que ni siquiera imaginas... A mí no me preguntes, ¿cómo voy a saber yo en qué cajón guardó tu madre la pistola?

# Thalía

Alejandro Sánchez Miguel "Alejón"

Viernes, diez de la noche y quincena. Manejas tu auto velozmente. Tus sentidos se encuentran alterados a causa de la libido excitada por los mariscos que recién has consumido: un coctel de camarones, una tostada de ceviche, una de jaiba y una docena de ostiones en su concha con harto limón y sal. Recuerdas esa sensación en tu lengua al succionarlos y te excitas aún más, ayudado también por los infinitos anuncios espectaculares de mujeres con poses y expresiones de cógeme. Ésa es la razón por la que manejas con rapidez por una de las principales avenidas de la ciudad con el objetivo de ser el primero de la noche. Piensas en que nunca te has atrevido a pagar por sexo por juzgarlo vergonzoso; pero este día los mariscos te dan valor, o, quizás sólo es el pretexto.

Por fin llegas y, para tu desgracia, ya hay varios autos haciendo fila. "Me lleva la chingada", se escucha entre tus dientes. Pero sabes que no tardarás mucho en llegar hasta las exquisitas hembras; la mayoría de los

presentes son simples merodeadores que vienen a excitarse mirando esos dotados pechos y traseros para después retirarse a sus casas y masturbarse. Lo sabes perfectamente y te sonríes avergonzado al recordar las tantas ocasiones que lo has hecho; te sudan las manos pues sabes que ahora será real.

Recuerdas también la llamada que hace unos minutos hiciste a tu amigo, el experto en estos terrenos, sólo para asegurar de haber ido al lugar correcto y no encontrar la sorpresa de que te montaste a un travesti; sabes que abundan sobre esta avenida. Es tu turno; el escote y el pantalón a punto de reventar de aquella mujer, acaparan sobre otras tu atención. Acercas el auto hasta ella; recarga sus brazos sobre la ventanilla de tu auto y deja asomar casi por completo sus pechos.

—Hola, papito, ¿cómo estás? ¿Te quieres divertir?  
—pregunta.

—Sí —respondes babeante, al tiempo que piensas cómo es posible que una mujer tan hermosa venda su cuerpo. Por tu cabeza fluye la idea de arrancarla de tal oficio y mantenerla; ríes por la estúpida idea y regresas a los negocios.

—¿Y, cómo te llamas?

—Thalía —responde.

—¿Y cuánto cobras, mi amor? —frase típica con la que tratas de mostrarte seguro y no revelar tu inexperiencia en estas transacciones.



–Son \$450 pesos, precioso; pero puedes hacerme lo que quieras, las posiciones que gustes; también sexo oral, anal, y te puedes venir dos veces por tratarse de ti, papacito. Puedes hacerme de todo.

¡Todo! Esa palabra encuentra eco en el interior de tus sesos. La erección que te causa es la señal de aprobación. El trato está cerrado.

–Muy bien, mi amor, ¿qué hacemos ahora?  
–Sígueme –dice guiñando su ojo.

Te da la espalda y no pierdes detalle de su suculento trasero hasta que sube al auto de su protector. Te sientes ansioso de tocar esas experimentadas carnes. Inician el recorrido que concluye cuatro cuadras más adelante. Entran al estacionamiento de un hotel que parece desmoronarse, pero ya estás ahí y no piensas arrepentirte. En la recepción te pide el dinero y al encargado, con quien se ve muy familiarizada, una llave. Al ir caminando por el pasillo del horripilante hotel, los nervios se hacen presentes; tratas de desviarlos, pues no quieres quedar mal con tu amada. Ya en la habitación, ella entra al baño, tú te sientas sobre la cama y escuchas tu corazón latir con fuerza. Te acercas al buró donde está resguardado el control remoto en una base a prueba de robos. Enciendes el televisor queriendo alejar de nuevo la angustia, cambias de

canal hasta llegar a uno porno; aún no hay escenas incitantes. Cuando oyes que Thalía sale del baño, lo apagas. Miras con atención la tanga dorada que luce y que combina con su sostén en color y tamaño. Desabrochas tu cinturón para no quedarte atrás; en el momento en que bajas tu cierre, te percatas de tus boxers con estampado de Santa Claus que te regaló tu mamá en navidad, nada acorde a la estación actual. Te sientes ridículo, vuelves a abrocharte y objetas que necesitas pasar primero al baño. Cuando sales vistes únicamente calcetines. Ella yace sobre la cama y te invita a tomar lugar a su lado; obedeces. Ella acaricia tu pecho y lo besa; decides sincerarte y le dices que es la primera vez que estás con una mujer como ella; “así de bella”, añades para evitar darle un disgusto. “Eso dicen todos”, responde y ríe. Sus labios se deslizan hacia abajo a cada beso, se despoja de la poca ropa que le queda. Con tus ojos recorres su cuerpo; entonces piensas que su desnudez no es aquello que se suele ver en las películas porno: una tez suave, fina, dulce, apetitosa, reluciente. Tus manos lo comprueban al sentir áspera su piel, opaca, ordinaria, nimia. Inclusive hallas rastros de celulitis y de lo que habría sido una cesárea; tu rostro dibuja repulsión. ¡Pero qué esperabas idiota, es una mujer, sólo eso! Ella introduce su boca en tu sexo flácido para ver si así respondes, coloca antes un preservativo. Intentas relajarte y disfrutar de su lengua y sus jugueteos. “Qué rico, qué rico, estás bien

bueno”, consideras la peor actuación que has oído en tu vida. Lejos de excitarte, te sientes ofendido, así que te esfuerzas por conseguir una erección pensando en Katsumi, Naomi Russell y Anna Nova, tus actrices porno favoritas. Aprovechas el momento, la penetras, pero sólo te dura el gusto unos cuantos segundos. Te disculpas con ella y como respuesta obtienes un: “no te preocupes, estuviste genial”. Te sientes nuevamente ofendido, pero en el fondo también aprecias sus piadosas palabras; tampoco dices nada pues no deseas superar su mala actuación. Se levanta de la cama y se viste. Ni siquiera piensas en reclamar su promesa de venta de poder hacerlo dos veces. Tú continúas en la cama; ella observa tu expresión y te invita consoladoramente a que te quedes a solas para que descanses y te repongas. Antes de salir de la habitación, ella te recomienda no tardar mucho en salir, pues vendrán a correrte, agrega. Te manda un beso al salir; ahora desahogas tu frustración y enojo y regañas a tu miembro gritándole que es un culero. Prendes de nuevo el televisor en el canal Venus. Las acciones que ves te ponen rígido. Ahora imaginas a Thalía gozando del mismo modo que aquella actriz, una verdadera actriz. Al advertir que la última escena de la película está por culminar, te apresuras y lo haces al mismo tiempo que el actor. Comprobada tu hombría, te aseas y sales de la habitación. En la recepción entregas la llave. Entrás a tu auto y lo enciendes. Sales del esta-

cionamiento y crees que tu día acabará de esa forma. Tus pensamientos se interrumpen cuando escuchas el sonar de una sirena; de un altavoz se oye:

–¡Deténgase, carro rojo!

Confundido, te detienes, buscas alrededor otro auto de ese color esperando que fuera a alguien más y no a ti al que le han dado la indicación. Tus esperanzas se esfuman cuando uno de ellos baja de la patrulla y se dirige hacia ti.

–Mi estimado, está usted detenido, baje del carro.

Obedeces y preguntas las razones por las que te inculpa. La *pareja* de éste se le une y te dice agresivamente:

–¡Usted está detenido por fomentar la prostitución!  
–¿Qué? ¿De qué me habla? Yo me vine a hospedar solo al hotel y como no me gustó, ya me voy.

–No lo niegue, lo vimos cuando entró en compañía de una prostituta. Eso es muy grave.

–¡Eso no es cierto y además, ¿qué no tienen otra actividad que estar de pervertidos vigilando quién entra a los hoteles o qué?!

–¡Mira, pendejo, déjate de mamadas! Nos vas a seguir a la delegación para que ahí sepas lo que es coger.

El otro policía trata de suavizar la situación y argumenta que el artículo 138, indica el delito en que has incurrido. Te dice que eres merecedor a varios días de cárcel y una multa de muchos salarios mínimos, los cuales te angustian. Continúas alegando con clásicos argumentos acerca de cómo es posible que existiendo tantos robos, violaciones y asesinatos, vayan a encerrar a un inocente lujurioso y que por eso este país no progresa, que por eso se está como está y cosas por el estilo.

—Bueno, pues nos vas a tener que acompañar a la delegación.

—No, espérate, pareja; no hay que ser tan gandallas. Se ve que el señor va a cooperar. No creo que quiera que su familia se entere de que lo encerramos por haber estado con una prostituta. ¿O sí? A lo mejor es casado —gira su mirada hacia ti. Tú quedas callado y agachas la cabeza recordando tu anillo de bodas guardado dentro del cenicero de tu auto antes de que todo esto iniciara.

—La verdad, te queremos ayudar. Tú dinos cómo nos arreglamos.

Ya sin interesarte si lo de la multa, la cárcel y todo lo demás que supuestamente dice el librito es cierto, accedes. Ahora eres guiado a un cajero automático, a unas cuadras de ahí. Al bajarte, uno de ellos te dice:

–Todo lo que te pueda dar el cajero; y no te hagas güey o me bajo contigo. Después de pocos minutos, sales con el dinero que te pondrá en libertad. Ya satisfechos, con los tres mil pesos que les das, se retiraran gritándote:  
–¡Adiós, putito!

Impotente y resignado, te diriges hacia tu casa; entonces, te das cuenta de que necesariamente debes pasar por el lugar en donde conociste a Thalía. Lo haces lentamente; y ahí está ella, envolviendo con bondadosas caricias y palabras a otro cliente potencial. Al verte sonrío y te envía un beso invitándote a otra cita.

# Uno de mis pájaros

Paulette Jonguitud Acosta.

## I

Cuando el hombre pasó una pierna sobre la baranda supe que algo no estaba bien, pero cuando le vi pasar las dos ya no hubo duda: iba a matarse, iba a saltar desde el puente para hundirse allá abajo, lejos, en esas heladas aguas, declara Faustino y se revuelve en su silla con una excitación propia del viejo obsesivo que es, porque es un viejo y está solo, cansado.

Era una mañana gris y yo salí a caminar por el puente, me gustan los días fríos porque las personas hablan menos; cuenta Faustino que se detuvo entonces a mirar hacia abajo, a la bahía nublada, a los cerros verdes, a los guardias que miran a todos con cara de sospecha, porque en este puente la gente viene más a tirarse que a caminar, dice Faustino y tiene razón.

Vengo cada domingo, he hablado varias veces con los vigilantes y según ellos las mañanas frías son las peores; la gente está triste, no sale el sol, y plum,

plum, plum, caen los suicidas desde el puente como piedras lanzadas por un niño, así me dijo un oficial, como piedras lanzadas por un niño; y a Faustino se le nublan los ojos porque este puente y sus suicidas los trae bien marcados en el pecho, en la memoria, y esta mañana, mientras él caminaba por el puente vio al hombre pasar una pierna sobre la baranda y luego le vio pasar la otra y por un momento el niño que fue pensó: va a echarse a volar.

Cuenta Faustino que si su madre hubiese sabido de las hordas de cuerpos que saltaban desde el puente ella hubiera sido la primera en lanzarse; pero no, mi madre mejor se metió en la tina: ¡zaz!, dos tajos en cada muñeca y listo: agua roja, calientita, no como la del río, esa sí debe ser helada, no quiero imaginar cómo se siente entrar en ella, y menos así, de golpe, desde tan alto.

Bueno, primero pensé: va a intentar volar, pero luego me volvió la cordura, entonces corrí unos cuantos pasos con estas piernas tiesas y sin pensarlo estiré la mano y cogí al hombre por el pelo, lo tenía larguísimo, casi hasta la cintura, cano, cogido en una coleta, de ahí lo agarré; Faustino extiende las manos y las junta como si todavía sujetara el cabello de aquel hombre, dice haber jalado con todas sus fuerzas de viejo, no sabe cómo consiguió alejar al hombre de la orilla.



No dijo nada, cuenta Faustino y al fin se le escapan unas lágrimas; usted va a disculparme, yo salí esta mañana para caminar y me dio gusto que hiciera frío, porque cuando no hay sol la gente habla menos, desde el puente la vista sólo puede admirarse en silencio, pero de pronto vi al hombre, unos años menor que yo, todo vestido de negro, pantalones y chamarra de cuero, lo vi saltar la baranda, estiré la mano y lo jalé; dice Faustino que el hombre no dijo nada, se limitó a mirarle a los ojos como si viese al mismísimo Señor. Ahí nos quedamos los dos, él viéndome y yo con su cabello agarrado en un puño; dice Faustino que el hombre le hizo un ademán para que le soltara pero el viejo negó con la cabeza; así sujeto, el hombre volvió a la seguridad del puente: hasta entonces el viejo consintió en liberarlo.

Ya del otro lado, cuenta Faustino y se le escapa una leve sonrisa, como de ternura, el hombre me tomó por los brazos y me examinó los ojos, la nariz, la boca; va a golpearme, dice Faustino que pensó, mas el hombre se limitó a decir en voz muy baja: disculpe, ¿es usted uno de mis pájaros?

Uno de mis pájaros, jura Faustino que eso le dijo, él intentaba alejar al tipo de la baranda; no fuera a lanzarme a mí por encima del barandal nomás por haberlo interrumpido, me ha dicho uno de los guardias

que las personas, cuando de verdad quieren tirarse se tiran, aunque deban tratar ocho veces, ya sea de noche o a mediodía cuando hay tantos turistas que es difícil mantener un control sobre los viandantes.

El hombre cría pájaros en la azotea de su casa; tiene así de pájaros, dice Faustino y junta todos los dedos para mostrarlos frente a sí; y luego en la patrulla de camino para acá el hombre me dijo que esa mañana se había despedido de sus pájaros; cuenta Faustino que el hombre dijo haber hablado con cada ave y haberles dicho que él también se había cansado de estar en una jaula; el hombre estaba convencido de que yo era uno de sus pájaros que quería impedirle volar.

## II

Cómo va a ser una niña, declara Germán y se talla los ojos con las manos, tiene el cabello revuelto, el abrigo sucio de excremento de pájaro, no alcanza a comprender la gravedad del problema en que se ha metido; qué niña ni qué niña; si yo la recogí cuando se cayó del nido, así, chiquitita, con el ala rota y sin haber aprendido a volar; dice Germán que tras recoger a la alondra la llevó hasta su casa, donde tiene más de veinte jaulas con pájaros de todo tipo; pero no los encierro, no, les dejo abiertas las jaulas para que vayan y vengan cuando y como quieran; unos están un ratito,

comen, descansan, se van; otros se quedan conmigo, vuelven cada noche haciendo alboroto, para contarme lo visto, lo que pasa allá por la calle; y es que Germán sale poco de su casa, prefiere pasar su tiempo en la azotea, desde donde se ve el parque, desde donde ve volver a sus pájaros cada tarde.

Así fue como la vi, a la malagradecida, bueno, en realidad primero la escuché correr de un lado a otro y luego vi sus plumitas café y el alita rota, así, pegadita al cuerpo, entonces la reconocí; declara Germán que una mañana la alondra herida no estaba en la jaula; y yo no supe qué había pasado, si no sabía ni volar, y que la oigo y que me asomo al parque y ahí estaba la ingrata, corriendo entre los árboles, con el alita lastimada, gritando: mamá, mira, ya puedo subirme a este tronco.

No me interesa lo que diga el tipo ese, no sólo secuestró a mi hija sino intentó matarla y me tiene completamente sin cuidado su salud mental, esto no puede quedarse así, dice la Señora Carmela a cualquiera que pase cerca, manotea mientras habla, las lágrimas de toda la noche están aún sobre sus mejillas como surcos de sal y máscara de pestañas, repite la historia una y otra vez quizá para intentar comprender lo ocurrido, para convencerse de que no es un mal sueño, de que su hija Clarice, de ocho años, está en una cama de hospital, agotada y con el cuerpo cubierto de moretones.

Ya le dije, la última semana fuimos a ese parque casi a diario; dice la señora Carmela que su Clarice se fracturó el brazo hace cerca de un mes y por las tardes se ve obligada a llevársela a la tienda, en casa no hay quien la cuide; pero se aburre, se cansa de jugar con los botones, con los hilos, por eso se me ocurrió llevarla un rato al parque, por las tardes, pero de haber sabido lo que iba a pasarnos, Dios bendito, cómo iba yo a saber que me la iban a robar así.

Cómo se le ocurre que iba a robármela, yo le prometí enseñarle a volar y nada más; cuenta Germán que cuando tuvo valor bajó hasta el parque y esperó a la pequeña tras un árbol; finalmente, al escucharla acercarse salió de su escondite y la tomó por el cuello; ¿por qué te fuiste así, sin avisar?, no te asustes, si soy yo, chiquita, si apenas hace una semana te recogí del piso toda maltrecha, pero mira, ya vi que conseguiste quién te arreglara el ala; declara Germán que la alondra hacía mucho ruido y por eso le envolvió la cabeza con una bufanda, para no llamar la atención, ya ve cómo es la gente de entrometida.

Y así me la llevé hasta el puente; nos fuimos despacito porque ya era casi de noche y para los pájaros es mejor aprender en la mañana; íbamos a tener que esperar.

En este puente la gente viene más a tirarse que a caminar, dice el oficial Rappaport; pasamos más tiempo vigilando a los posibles suicidas que cuidando a los turistas que vienen a tomarse la foto con la bahía de fondo, con los cerros, todo eso; cuenta que no es muy difícil identificar a los propensos a saltar, caminan solos, lento, con los ojos en los zapatos o en el cielo, luego asoman la cabeza para ver el agua; andarán midiendo el golpe, dice el oficial Rappaport y se avergüenza un poco de su falta de tacto; pero eso sí le voy a decir, nunca jamás de los jamases vi un intento de suicidio doble, ¿o será de asesinato?

Nomás ver que era una niñita lo que el hombre llevaba bajo el abrigo casi me voy de boca; relata el oficial Rappaport haber tenido el ojo sobre Germán por su andar sospechoso, iba a prisa y le sudaba la frente, y cuando vio que pasó una pierna sobre la baranda y luego pasó la otra ya no le quedó duda; el procedimiento es como sigue: uno dispara una bengala de color amarillo para que vengan refuerzos desde la garita e inmediatamente intenta detener al sujeto, mientras llegan los compañeros; así el oficial Rappaport corrió hacia donde estaba Germán; y fue entonces cuando vi que traía a una niña en los brazos y la paraba en la orilla del puente, así, agarrada de la cintura; dice Rappaport que la niña debía estar aterrada pues no gritó ni lloró ni nada, sólo miró hacia abajo y dijo: no señor, por favor, no me tire.

Pero no voy a tirarte; si para eso tienes las alitas, mensa, para volar; confiesa Germán haber dudado un momento, ¿y si no vuela?; pero cómo no iba a volar, si todos los pájaros aprenden así, de un día para otro, sólo hay que darles la confianza, y por eso la llevé al puente, para que viera a las gaviotas y se animara; dice que la alondra temblaba entre sus manos, emocionada, pero al final la vio sonreír antes de saltar.

### III

La abuela Clarice ya había saltado, ya le habían intentado enseñar, pero parece que no aprendió, declara Faustino y se revuelve en la silla, balanceando las piernas a unos centímetros del piso; de mamá pues no sé nada, después de lo de mi hermana entré al baño y me la encontré ahí, con el agua roja y todavía calientita; dice Faustino que su madre lloró como por cuatro días; tiene los ojos muy abiertos, quizá porque intenta que le quepa, en su cerebro de niño de siete años, porque es un niño y está asustado, toda la información; y bueno, parece que mi hermana no voló.

favor!; si yo ya lo hice una vez, cuando era niña, cuando un señor me recogió en el parque para enseñarme a volar; dice Clarice que cuando el viejo la sujetaba en la orilla del puente, sentía el vestido pegado al cuer-

po por la fuerza del viento; y hacía frío, mucho frío; dice Clarice que las manos del señor eran calientes, y fuertes y ella se sentía segura, viendo a las gaviotas planear de un lado a otro; entonces cuando el guardia sujetó al señor y lo jaló hacia atrás yo me eché para adelante y abrí las manos, casi me pareció que había podido, volaba; dice Clarice que se le taparon los oídos y el agua no parecía estar más cerca; pero de pronto todo se aceleró, ya estaba en el agua, primero los pies, luego la cintura, un frío espantoso, luego un barco con cobijas térmicas; después el hospital; dice Clarice nunca haberse recuperado; siempre me sentí culpable de no haberlo conseguido.

Uy, pues desde que me acuerdo la abuela salía con esas cosas de que si mi hermana se portaba bien le iba a enseñar a volar; dice Faustino que su hermana, dos años mayor, presumía todo el tiempo ser la elegida de la abuela Clarice; ¿tú qué sabes hacer?, ¿para qué eres bueno?, para nada, no eres especial, la abuela no te lleva todos los domingos al puente para que le pierdas miedo, sientas el aire en la cara, se te pegue la ropa al cuerpo y veas para abajo, tan abajo que el agua ni parece moverse; dice Faustino que su madre no hacía caso de esas cosas, porque siempre tiene sueño, se la pasa todo el día dormida y nosotros podemos hacer lo que queremos al regresar de la escuela; mi hermana se va al puente y yo me quedo a pegarle a la pared con un balón.

Mi hija era así, un poco rara y un poco triste; dice Clarice que a su hija no le importaba mucho que ella y la niña fueran los domingos al puente; la verdad nada le importaba mucho, ni sus niños ni yo ni nada; dice Clarice que su hija fue siempre débil, enfermiza y por ello debió esperar a tener una nieta para enseñarle: las hembras aprenden más rápido.

Y el domingo en la mañana ni adiós dijeron; cuenta Faustino que su hermana llevaba un vestido nuevo, negro con blanco; también tenía una chalina negra, de mi abuela, la movía así, como alas de muerciélago; el niño mueve los brazos arriba y abajo; al fin se le sale una lágrima que le llega hasta la boca, la seca con la lengua; yo supe que ya era el día, iban a volar y a mí ni siquiera me invitaron a verlas; dice Faustino que su abuela volvió hasta la tarde, sola, arrastrando la chalina y repitiendo una y otra vez: estúpida, no pudo.



# Cuentahílos

Gilma Luque

Adela abría los ojos y se le llenaban de una oscuridad distinta a la de los sueños: Oscuridad de día. Ella siempre había deseado que el instante de despertar desapareciera, se volatizara, se perdiera entre los sueños y se convirtiera en ellos. Se sentía protegida del mundo bajo las cobijas, quería creer que tanta manta era un ataúd confortable que ya no se abriría jamás. Pero sus pies obedecían la inercia de los años, salían de las cobijas y pisaban lo frío del piso.

Su padre se sentaba a la mesa en la cocina cada mañana, su rostro había guardado una sonrisa que envejecía poco a poco, se iba lentamente entre el humo de un cigarro que vivía entre sus dedos y un café que intentaba llenar su boca: una boca vacía desde que Leonor murió. Adela sólo tenía ocho años cuando su padre dejó de ser feliz, cuando la miseria entró a su vida, se instaló y la volvió pequeña.

Y los años uno a uno se sumaron, tan iguales que ella no los podía distinguir, el tiempo parecía sólo pasar en la boca de su padre que olvidó las palabras una a una, que las perdía inevitablemente sobre sus labios cada vez más planos, más serios.

La cocina los miraba: el padre estaba atrás en un día triste que se negaba a serlo, aferrado a una mano invisible. Ella estaba frente a él sin nada que perder; parecía una mujer sin porvenir.

La casa que habitaban decrecía conforme los meses se volvían años: las paredes y los cuadros se amontonaban, las puertas se convertían en ventanas y éstas se esfumaban, los objetos se confundían en sus funciones, el tiempo los aplastaba con su materia. Cuando Adela era pequeña veía su casa inmensa, ahora desde sus veinte años le parecía tan sólo un rincón. También su padre perdió estatura, dejó de ser ese hombre alto al que admiraba desde abajo.

El padre no quería que la vida continuara, por eso se había detenido en un tiempo remoto: el día que Leonor murió. Desde ese día vistió la gabardina larga, el chaleco café, los zapatos bicolors: se volvió un retrato absurdo que deseaba no sentir, que buscaba desesperadamente detener la memoria, deshacer los recuerdos que enterrarían su vida con ella. Paró el reloj a las 11 de la noche y el calendario parecía una

mancha en la pared anunciando un 20 de noviembre eterno. Adela a los ojos de su padre era una niña de ocho años con un vestido azul.

Ese día era el último día. Nadie podía saberlo, ni siquiera intuirlo. El padre al despertar encontró el cuerpo de Leonor inerte entre sus brazos. Lo miró absorto, en un éxtasis desquiciante durante algunos minutos. Lo besó queriendo que fuera mentira, la parte cruel de un sueño; le habló bajo, en susurros que no podían ser gritos, que deseaban serlo, le rogó que despertara y al verla ahí tendida, inmutable, blanca: decidió que no era cierto. Así que dejó el cadáver sobre la cama después de besarlo en la frente y decirle: Vuelvo en la noche, mi amor.

Adela lo contempló todo desde el quicio de la puerta y se reclamó por salir de las cobijas. Deseaba correr y obligar a su padre a despertar a su madre, quería gritar, pero Leonor se había llevado los sonidos con ella. Temió abrazarla y sentir frío, no sentir los brazos de su madre alrededor. No quería quedarse en casa con el miedo, el dolor y ese sentimiento que no tiene nombre y es más grande que la tristeza, así que siguió a su padre, que caminaba lento con la cabeza gacha y los ojos desechos, sin percatarse de su hija que lo imitaba sin poder nombrar el mundo.

Las calles los miraban: el padre al frente deshabitado, la hija tras de él como una sombra de otra sombra.

Por la noche, al volver a casa, el padre entró al cuarto a saludar a Leonor, que despedía un hedor insoportable.

Un olor que invadió la nariz de Adela por varios días. Su nariz, ojos, manos, pies, sábanas, sus sueños. Todo olía a su madre muerta.

Ese olor ya no se fue nunca, ni aún cuando se llevaron a Leonor. El padre se resistió con demencia y de manera inútil. Esa fue la única vez que ella lo vio llorar hasta inundar la casa. Así parecía, Adela hubiera podido llenar cubetas, cargarlas pesadas, desbordantes, hacer brillar las calles, los pasos que la gente dejaba al caminar.

Ese fue el último día que Adela tuvo esperanzas. El día que su padre despidió la inundación de sus ojos.

El padre obligaba a la memoria a romper la imagen de Leonor inerte. Borraba las noches que durmió con el cuerpo frío de su esposa, bajo la mirada de su hija, que se tapaba la nariz para no vomitar, que lloraba en silencio.

La vida se volvió un mismo día: por las mañanas ella caminaba detrás de su padre, que llegaba a la


imprenta, prendía las máquinas, acomodaba los tipos y dejaba que se fueran los tonos, las estaciones. Ella aprendió el oficio observando, repitiéndolo todo, también la tristeza, la desolación, lo imposible de unos labios arqueados, el silencio, la soledad.

Llegó el día en que su padre envejeció y sus ojos sin agua perdieron la luz. Adela creyó que ella también envejecía. Así llegó Segundo a la imprenta, por un anuncio que vio pegado en la ventana: Se solicita alguien con buenos ojos.

Segundo entró aquel lugar lleno de curiosidad y sin poder prepararse su mirada se detuvo en Adela, en ese momento él aprendió el oficio de tipógrafo. Supo que no se podía ir de ahí, que no importaba ya nada, sólo lo que sus ojos veían: Adela.

Fue ese el instante en que ella tuvo un cuerpo, comenzó a sentirlo como si apareciera por primera vez: su cara, manos, piernas y pechos hervían. Parecía como si él llevara en la mirada el cuerpo de Adela, su cabello, su olor, su tacto.



El padre simplemente dijo: hazte cargo, muchacho. Y salió de aquel lugar. Ella se paró con sus piernas nuevas y siguió a su padre con ganas de quedarse ahí y ser contemplada.



El padre entró a la casa y se recostó en la cama. Ella corrió a mirarse al espejo después de muchos años de no hacerlo. No se conocía, por eso se miró sin tregua, se desnudó, se tocó. Podía sentir la vida caminar por su cuerpo adulto, fuerte. A lo lejos oyó la voz de su padre sin darle importancia: Deja la luz apagada, Leonor.

Ese día murió su padre. Adela se recostó a su lado sin llorar, sus ojos ya no sabían hacerlo.

La ventana que hace mucho se sentía olvidada por Adela, la observo con tristeza: Adela había aprendido la infelicidad.




# La tristeza de Assassine


Iliana Vargas

La cara del enjaulado tiene manchas amarillas. No le han dado agua en tres días, y sólo ha comido raíces de jengibre. El enjaulado se ríe y habla solo. Nadie se interesa en escuchar su canto, su risa; dicen que no es natural, que es inhumano. No hay quien se siente a su lado para descubrir que entre sus balbuceos y lacónicos aullidos hay palabras y frases a veces larguísimas con las que trata de explicar que lo que hizo no fue por perversión ni por puro gusto, mucho menos por exotismo. Barbarie... sí, él mismo admite que todo fue provocado por la barbarie.


¿Y si a mi madre nunca se le hubiera ocurrido empezar y luego enseñarme a cazar, a elegir con cuidado, a cocinar de acuerdo a las características físicas de la presa y de las condiciones en que la hallábamos? Yo tenía 17 años la primera vez. Todavía recuerdo la mirada de Iris –mi madre– cuando espiaba entre los matorrales, impaciente porque Arnaldo tardaba



mucho en regresar de la laguna con su porción de renacuajos. Al escuchar por fin los chapoteos de sus pies entrando y saliendo con dificultad del lodo, Iris me tomó del brazo en señal de que debía prepararme. La miré con total indecisión y ella me levantó con fuerza, casi gritando: ¡todo ser vivo sirve para alimentarse, incluyendo los que andan en dos patas, aunque te dé asco!. Entonces me aventé contra Arnaldo y lo tiré al suelo, deteniendo con mi cuerpo, casi igual de enclenque que el suyo, los manotazos que daba mientras Iris atinaba a encajarle el cuchillo y degollarlo. La sangre era viscosa y tibia, y salía en chorros que me lastimaban los ojos y me hacían llorar. Pero no era sólo por eso que lloraba.



Esa vez, Iris no me obligó a ayudarla a limpiarlo ni a despedazarlo ni a ponerlo sobre la fogata para quemarle los pelos; ni a juntar hojas y brotes de los sauces y lirios para guisarlo. Esa vez lloré toda la tarde hasta quedarme dormido mientras ella cocinaba sola. Desperté con el ruido de los trastos al ser acomodados en la mesa y el olor que se había impregnado en toda la casa. Un olor delicioso. Iris me llamó a comer como antes de que todo empezara; como antes de que ellos llegaran; como antes de tener que comer ranas, culebras, salamandras, escarabajos y gaviotas; como antes de que eso también se fuera acabando; como antes.





El enjaulado, a quien no le han preguntado su nombre pero todos llaman Assassine, se revuelca de un lado a otro hasta quedar completamente encostrado de tierra húmeda. Después de un rato de imitar a las piedras que rodean su prisión, empieza a murmurar diosdiosdiosdiosdiosdios tantas veces hasta quedarse sin aliento.

Al escuchar sus murmullos, el custodio que verifica que nadie le dirija la palabra, ni le dé agua o comida o un impermeable para cubrirse de la lluvia, se le queda mirando y, creyendo que no lo escucha, que está perdido en sus delirios, pregunta, casi para sí mismo: ¿Qué va a saber de Dios una criatura como tú?

Assassine se levanta de un brinco haciendo caer los gajos de tierra que lo cubrían. Parece un molde de escultura de barro a media cocción. ¡De dios por fortuna no sé nada! ¡Nada, pero estoy seguro de que no es humano ni tiene nada que ver con lo humano! ¿O sí? ¿Tú crees que tenían que tratarnos así porque iban en su nombre?

El custodio, que no esperaba respuesta y teme que las autoridades lo reprendan por alterar al enjaulado y poner en peligro a la población, le hace tragar una dosis de raíces de jengibre para adormecerlo. Atado de manos, Assassine no puede defenderse, pero el

efecto tarda en quitarle la euforia que se desata en su lengua y habla sin preocuparse mucho por ordenar sus pensamientos.

¿Qué podíamos hacer al vivir en una ciénaga donde lo más comestible eran alimañas, raíces y plantas acuáticas; donde de un día para otro había que intercambiar muestras de sangre, piel, cabello y dejarse examinar hasta el exceso de la humillación para obtener un poco de arroz y carne de soya? ¿Qué debíamos hacer al encontrarnos dominados por un grupo de científicos religiosos convencidos de que formábamos parte de la Esencia Primera de la Creación? Según ellos, éramos un precioso objeto de estudio y de prueba del poder de Dios sólo por el hecho de haber nacido inexplicablemente ahí, en medio de un pantano totalmente aislado de todo continente. Pero, en todo caso, de lo único que éramos culpables era de no haber escrito una historia de nuestro pueblo que incluyera evidencias de asentamientos prehistóricos, migraciones, guerras, intervenciones. Simplemente habíamos estado ahí desde siempre, nosotros y quienes estuvieron antes de nosotros. Habíamos hecho caminos de piedra; puentes de madera y lianas que nos llevaban al exterior. Intercambiábamos lodo –¡sí, lodo para que la gente de La Orilla del Continente construyera sus casas!– por comida, ropa, utensilios. Aunque algunos se iban de la ciénaga y no regresa-

ban, la mayoría se encontraba bien ahí: al no conocer otro tipo de vida no sentían la necesidad de huir o ser adoptados por algún país.

Ahora es claro por qué estaba tan nebulosa la mañana que llegaron esos hombres: la neblina encubría la barbarie de aquellos científicos avalados por el gobierno y por Dios para desentrañar un misterio de la generación espontánea y el amor divino. Eso decían, esa era su justificación, éramos resultado de la generación espontánea porque nadie tenía idea de cómo habíamos llegado ahí, pero si existíamos no era por mera casualidad, sino porque Dios así lo había decidido. ¿Qué nos hacía tan especiales para ser los elegidos del Creador? ¡Ah! ¡He ahí el gran misterio, la tarea que la ciencia y la iglesia neo-absolutista había encomendado a estos honorables miembros de la Comisión para el Resguardo de Evidencia de la Esencia Primera de la Creación. Nunca entendimos lo que esas palabras significaban, y nunca entendimos en qué éramos tan diferentes. Acaso nuestros pies, que con el tiempo se volvieron distintos a los de la gente de La Orilla del Continente, pero no porque Dios quisiera o lo mandara, sino porque debieron acostumbrarse a la humedad y el lodo, y por eso tienen estas ámpulas cubiertas de gruesos pelos. Pero eso no era suficiente, no era una prueba, no los obligaba a amurallar todos nuestros caminos hacia

el exterior, a encerrarnos en sus cápsulas de vidrio y hurgar en nosotros por dentro y por fuera centímetro a centímetro.


¡Ah! ¡Pero no se atrevieron a recorrer las cuevas, no sabían que se puede atravesar el Océano de la Ciénaga por debajo del lodo, a través de las cuevas. Las cuevas húmedas y bochornosas, llenas de musgo, murciélagos y ciempiés. Las cuevas que Iris y yo recorrimos perdiéndonos una y otra vez, huyendo de esos salvajes que querían destrozarnos vivos con sus pinzas metálicas y sus ardientes líquidos intravenosos. Sólo nosotros, nosotros y cinco más quedábamos en toda la ciénaga. Porque ya nos habíamos comido a veinte, porque muchos se habían muerto de hambre y porque muchos habían quedado como sonámbulos, atrapados en esas cápsulas de vidrio llenas de un humo violáceo que salía de los tubos incrustados en todo su cuerpo.

Iris sabía del laberinto de las cuevas, pero no sabía que era tan infinito. ¿Cómo imaginar un pasillo tras otro tras otro tras otro que se junta a otro y a otro y a otro, infinitamente oscuro? Iris me prohibió que la volviera a llamar madre cuando descubrió la grieta por donde entraba la luz que le lastimó para siempre los ojos. Nos costó mucho llegar a ella porque las piedras eran cada vez más lisas y el agua subía y subía de nivel. Iris me enseñó a retener el aire para flotar, a agarrarme de la orilla de las piedras más filosas o con más relieve. Iris

hizo todo eso antes de darse cuenta que faltaba mucho para salir y que ya no teníamos comida. Fue cuando encontró una de las piedras filosas que sobresalían de la pared por donde escalábamos y, antes de aventarse contra ella para atravesarse el cuello, me dijo: mantén los ojos así, entrecerrados, y no los abras hasta después de mucho tiempo cuando estés allá afuera; por lo demás, ya sabes qué hacer.

El enjaulado va bajando la voz hasta adormecerse con sus palabras—murmullos. Hace rato que el custodio se ha ido sin terminar de escucharle. Tenía ganas de quedarse hasta el final, pero ha llegado su relevo y no se ha atrevido a pedirle que le cambie el turno o que le deje acompañarlo hasta que amanezca. No. Las leyes de este pueblo son inquebrantables. Assassine ha cometido un crimen monstruoso y merece una dureza ejemplar. Fue encontrado a la orilla de una cañada, abrazado al cadáver de una mujer visiblemente destrozada. Al principio se creyó que habían sido víctimas de un terrible accidente, pero los pedazos de carne y pellejo que la criatura rumiaba cuando un grupo de cazadores se acercó a prestarles ayuda, evidenciaron la horrible verdad.



No saben todavía lo que harán con él; todos los habitantes del pueblo deben dejar su opinión por escrito y la descripción detallada del castigo que ha de recibir. Está prohibido verle o hablarle, y quienes lo custo-



dian están completamente cubiertos con una manta roja: no permitirán que se reconozca en ellos, en los otros, en ningún hombre.

No se ha vuelto a oír su voz; ni un gemido, ni un alido siquiera. Es de suponer que a causa del hambre de estos días, ya se ha comido su lengua.

Sigue sin decidirse el castigo que tendrá: la mayoría opina que hay que dejarlo ahí hasta que termine por devorarse a sí mismo; otros dicen que lo mejor será dejárselo a las serpientes, a las hormigas o a las garrapatas. Sólo un anónimo propone: Cocinémoslo y juzguemos, si la esencia del pecado sigue en su carne, qué tan culpable es.



# Ema en Alberta

Daniela Bojórquez

*Para Ernesto*

Por fin había conseguido trabajo como reportero y una grabadora nueva con la que fijaba los errores en el habla de mis entrevistados. Fue cuando la conocí: ella llevaba una cámara para captar los letreros con faltas de ortografía. Me sentía optimista porque no siempre se consigue un trabajo y una chica al mismo tiempo, aunque el dinero sólo me alcanzaba para invitarle café sin cena. Conversábamos horas (Ema lo interrumpe, corrige lo que él dice mal, pero eso deja de molestarle cuando), supe de su afición por las palabras mal escritas, casi tan intensa como su cercanía con los objetos.

Ella había salido con la cámara ese día, aunque podría haber sido una libreta para escribir sus impresiones o un papalote para volarlo en plena plaza. Nos habíamos encontrado afuera de la sala de prensa, me dio curiosidad su cabello teñido color muppet y que le tomara fotos al monumento de Hidalgo. Le pregunté

para qué periódico trabajaba, ella me llamó “señor reportero” y me hizo notar que el 1968 dorado a los pies de la estatua era una falta de, digamos, ortografía histórica. Fue su capacidad para ver lo que nadie percibe o su cabello anaranjado lo que me hizo invitarla al café ese martes. Nos sentamos en un gabinete, afuera llovió la primera tormenta del año y yo había terminado las tres notas que el diario me pedía (aquí corrige Ema la repetición de la palabra) diario.

Esa vez hablé poco. En cambio, ella me contó que había sobrevolado en una avioneta turística el desierto del norte, aunque su lugar soñado estaba en Canadá; que se dedicaba a hacer lo que la mañana le inspirara y había escrito un cómic que ella misma ilustró y coloreó; que tenía dinero ahorrado de sus trabajos en un conjunto de cines y de mesera en el Vips (Ema se levanta con aire de suficiencia si tarda el refill de americano, regresa con una jarra y sirve café mientras las meseras la miran estupefactas).

Una tarde me invitó a su casa. Fuimos en su vocho azul. Había mucho tráfico debido a la lluvia. Ema gritaba groserías antiguas a los otros automovilistas y se carcajeaba antes que yo terminara el chiste que ya había adivinado. No me sorprendió su casa llena de alebrijes y monigotes de cera a medio construir, con las paredes tapizadas de fotografías, con cientos



de ramas de árbol secas distribuidas por los rincones. También había en la sala una pantalla para proyectar diapositivas. Para ese momento, Ema ya era la parte más importante de mis días: la llamaba diario para que fuéramos a tomar dosis insalubres de caféina rebajada.

Después de una rápida muestra de sus diapositivas donde aparecían letreros mal escritos, quioscos, llaves, cucharas y zapatos (Ema registra los que no le pertenecen), que terminó en un acercamiento carnal también algo apresurado, me contó que quería reproducir a escala una sección del bosque canadiense. Para eso las ramas. Las hojas de los árboles las imitaría con fotografías de objetos verdes, dobladas.

Empecé a ir todas las tardes a su casa, a veces sin haber entregado mi cuota diaria de notas para el periódico. Cambiamos los cafés por hierba, yo grababa la risa de Ema, le llevaba piedras, revistas viejas, pequeños objetos que me encontraba tirados. Ella planeaba lo que construiría con ellos, me daba otro beso y nos acariciábamos hasta que las luces de la ciudad se prendían. Luego yo iba a la redacción y trataba de resolver con noticias de agencia mi falta de notas locales. De la oficina iba directo a casa, salvo si Ema me llamaba. Empezamos a amanecer juntos la semana entera.

Pasaron dos meses. Perdí el trabajo y bajé de peso: me sentía muy bien. Aprendí a tomar fotos y a hacer animales con papel de estraza, cera y clips. Amé a Ema. Mi ropa se mezcló con la suya, en su casa mis discos y mis calcetines se perdían entre sus ramas secas y sus muñecos. Hizo un personaje de hulespuma que era yo (Ema le habla: es la representación de él y por lo tanto, es casi él). La cara de cera se parecía mucho a mí, los lentes eran iguales a los míos, también sus zapatos. No cabía duda: ella me amaba.

## 2.

Ema salió con el paraguas de rayas que me causaba mareos. Le pregunté por qué no iba en su coche, estaba lloviendo. Me explicó que lo había vendido a una amiga para irse a Canadá.

—¿Cuándo te vas?


— A las 9 de la noche.

Había pensado que su obsesión acabaría en viaje, no que el viaje sucediera mientras yo prácticamente vivía en su casa. La llevé en taxi al aeropuerto tratando de aparentar que no había problema, que yo entendía (sabe que no cuando ella en vez de hablarle sobre la situación de ambos, le da las llaves de su casa y le

encarga “sus obritas de arte”), que cuidaría sus cosas mientras regresaba. Prometió llamar y lo hizo cuatro días después.

(Ema sale a dar un paseo por los alrededores del albergue. Llega a un bosque espeso donde esta revelación la paraliza: lo que quiere reproducir en maqueta no es el bosque, sino la belleza de ese bosque, y para hacerlo, se necesita habitar en un orden parecido al de las coníferas, y para eso habría que limpiar completamente la casa. Completamente. Por eso ha trabajado tanto: para venir aquí y entender el sentido de lo que construye. Después de varias horas de reflexión y fotografías de un bosque en Alberta, Canadá, Ema llama desde el teléfono de la recepción del hostel.)

Dijo que regresaba en dos días y quería que para entonces me hubiera ido. Yo sabía que esto se iba a acabar, pero no pensé que fuera a ocurrir mientras ella se encontraba en otro país. No entendí bien sus motivos. Cuando observé con calma las figuras y las ramas por la casa, sentí como si ella siguiera ahí, atrapada en sus objetos. Entonces me consolé pensando que el problema no soy yo, o que exactamente ése es el problema, que yo soy yo y no algo construido por ella. Quizá por eso es complicado que Ema me ame. Recogí mis cosas. Me llevé el muñeco y lo escondí en un cajón. Busqué trabajo en otro periódico. Sigue



lloviendo. Ayer mientras (Ema recortaba de una fotografía los números uno nueve seis y ocho que quedaron tamaño natural) caminaba hacia el café, encontré pegado a un poste este anuncio: Producto efectibo para la persona nerbiosa. Me quedé observándolo. ¿Qué haría Ema con él? Lo despegué y doblé como barquito y lo puse sobre la corriente que se forma entre el asfalto y la banqueta. Lo vi alejarse flotando calle abajo. Me pareció que avanzaba más rápido de lo que yo esperaba.

# El hombre elástico

Mauricio Salvador

Mientras enciende y fuma su único cigarrillo del día (comenzó como un hobby pero ahora lo hace casi siempre mientras mira por la ventana), mamá nos cuenta de la escuela vespertina, de las amigas y de los vecinos, de la clase de manejo y de todas, o casi todas, las experiencias que ese nuevo día ha traído consigo y que para ella son sólo cosas que pasan y deben pasar, afortunadamente o no. Sentada a la mesa establece un perímetro de confianza a su alrededor y si te encuentras dentro de dicho perímetro entonces es posible que escuches una historia de dominio privado, una historia espectacular. Más tarde apagará las luces, revisará que las llaves de gas estén cerradas y –presa de un minuto final de angustia o felicidad– dará un último vistazo al cerrojo de la puerta.

Ahora, por supuesto, puedo lograr cierta perspectiva al observarla y al observar el lugar donde vivimos. Pero hubo un tiempo en que las cosas eran distintas

y en que la imagen que me hacía de ella se reducía a la sola visión de una mujer sentada en un sofá rojo, vestida muy juvenilmente, falda tableada y blusa oscura, y mirando una vieja película por televisión. Vivíamos con el abuelo en el tercer piso de un edificio muy viejo en el centro de la ciudad. Las paredes tenían un tapiz plastificado que lo hacía parecer una enorme cocina; los suelos eran de mosaicos muy sucios y el aire que se respiraba era caliente desde la mañana hasta el anochecer, y repleto de olores de cocina el resto de la noche. Como los demás, aquel departamento era muy pequeño, incluso para una familia como la nuestra, sin contar que el abuelo había colocado repisas en las paredes y en estas docenas y docenas de figurillas esmaltadas de gesto trágico como las figuras de payasos vagabundos con el hatillo atado a un palo, o de mujeres y hombres de rostro desvencijado y gris que se repartían moneditas brillantes unos a otros. El abuelo quería mucho estas figuras. “Veinte años” me decía, para advertirme de su valor, “Hace veinte años que las colecciono”. Y parecía decirlo con convencimiento, como si la visión de aquel esfuerzo lo remontara a los años en que, según mamá, era un hombre fuerte y atractivo. Pero entonces sólo le quedaban el gesto trágico y una mala disposición que lo llevaba a llenar de olores fétidos el departamento. Cuando mamá y Katia se habían ido al trabajo y a la escuela, el abuelo hacía su aparición en la cocina para prepararse café. Solía llevar la taza temblorosa

hacia la sala y prender el televisor ladeándose cada tanto para soltar un gas. Yo lo observaba y me hacía preguntas, y si debo creer a mi madre entonces es posible que aquel gesto de puchero que ponía frente al televisor no fuera otra cosa que una clara señal de mi reflexión intensa, infantil pero intensa. Miraba al abuelo, las manos venosas, las piernas delgadas, el gesto trágico; sobre todo me gustaba mirar su cara y los pelos gruesos que le crecían aquí y allá y debajo de la nariz. De algún modo había un parecido de susto entre él y sus figurillas.

El día del cumpleaños de Katia lo encontré buscando a gatas bajo un mueble. Sacó un paquete, se sacudió los pantalones y soltó un gas. “¿Qué es?”, pregunté. “Un regalo”. Sacudió el polvo del paquete y lo dejó sobre la mesa. “¿Sabes qué día es hoy?” “No”. “Es el cumpleaños de Katia”, dijo. Desenvolvió el paquete y sacó un suéter azul marino que extendió en el aire, tomándolo de las hombreras. “¿Le vas a dar un regalo?” “No”, dije. “No tengo dinero”. “Por lo menos podrías dejar de hacerle tantas travesuras”, dijo. “Yo quiero a Katia”. “¿Y entonces por qué la molestas tanto? Así no te hemos educado”.

Preferí escabullirme hacia la cocina parar husmear en el refrigerador. El abuelo entró detrás de mí, silbando, sacó un frasco de medicina y mientras tomaba el agua para pasar la pastilla un gas escapó sosegadamente

de su cuerpo. Me tapé la nariz con dos dedos y di una carrerita hacia la ventana, que estaba cerrada, cubriéndome la cara con las manos para no respirar. Y creo que de verdad lo hacía en serio porque el abuelo tosió, sufriendo una ligera asfixia, y sólo hasta que se sintió bien corrió hacia mí y me hizo las manos a un lado con un rápido manotazo.

“¿Qué haces?”, gritó. “¡No quiero respirar! ¡No quiero respirar!”.

Entonces el abuelo me tomó de una muñeca, me dio una nalgada y me ató a la manija del refrigerador. “No lo vuelvas a hacer”, dijo. Salió de la cocina y del departamento y yo me quedé ahí mirando por la ventana el paso de una bandada de seis o siete pájaros, y cayendo lentamente en la conciencia de que estaba solo y atado al refrigerador. Me habría gustado en ese momento ir a la ventana y mirar el cielo. ¿Pero qué podía hacer, llorar, pedir perdón? No. Sólo estar ahí con el convencimiento de que nadie vendría en mi ayuda. Como siempre.

Una hora después Katia llegó de la escuela y entró a la cocina sin sorprenderse de verme amarrado. “Eres un problema”, dijo. Abrió el refrigerador. “No vas a cambiar nunca. Y eso que apenas tienes cinco años”. “Feliz cumpleaños”, dije. Pero Katia salió de la cocina y fue a su cuarto.



Otros quince minutos y mamá se apareció para hacer la comida. “¿Otra vez?”, exclamó. Me desató moviendo la cabeza, como si no pudiera explicarse mi comportamiento. “¿Y ahora qué? ¿Estabas molestando a Katia?” “Yo quiero a Katia”, dije, sinceramente, aunque la verdad es que la quería a mi manera. ¿Cómo decirlo? De una manera en que sólo un chico de cinco años puede querer a alguien o algo. Lo que sucede es que quizá mi manera de querer no era la que todos habrían deseado. La asustaba por las noches moviendo muñecos de peluche junto a su cama. Le jalaba los pies cuando comenzaba a cabecear y escondía sus cosas durante toda una semana aguantando estoicamente las preguntas de mamá. Al final las devolvía pero Katia no dejaba de odiarme. Un niño cuyas relaciones sociales dejaban mucho que desear, supongo. El año anterior recuerdo que Katia había pedido un año de sesión de psicoanálisis en el entendido de que eso la ayudaría a desarrollarse como jovencita y a interactuar mejor con su familia. Mamá aceptó y cada semana, durante una hora, Katia fue de consulta con un vecino del edificio que era doctor. Después de las primeras semanas entró a casa diciendo que deseaba hablar con todos. El abuelo y mamá la siguieron hasta la cocina y después de unos minutos salieron, bastante divertidos al parecer, y dejándome el camino libre. Katia me llamó con un dedo, inquisitiva: “Mira”, comenzó, “Durante todo este tiempo tú y yo nunca hemos podido comportar-

nos como lo harían un hermano y una hermana. De hecho, a veces me pregunto por qué tienes que ser tú y no otro chico más agradable. Pero quiero que sepas que voy a hacer todo lo posible para que te sientas bien conmigo, ¿te parece?”

Otra tarde me dijo: “Pasarán los años y tú y yo seguiremos igual, ¿verdad?”

Así es. Y aquel año parecía que las cosas no habían cambiado mucho. Katia no me interesaba. En realidad había un tema que me rondaba la cabeza y que me ponía a pensar todos los días cuando en el televisor seguía los avances de las caricaturas, esas caricaturas trágicas, sin padres ni madres, niños huérfanos. Miraba al abuelo y pensaba en él mucho tiempo. Esa tarde, después de que mamá me desatara y sirviera un plato de cereal, le pregunté si el abuelo era mi padre. Ella me miró muy fijamente. “¿Cuántos años tienes?”, preguntó. “Cinco”, dije. “Bien. Mira, tu abuelo no es tu padre porque es mi padre”. Tanta televisión pero a mí estas cosas me confundían mucho. Guardó silencio un momento y continuó: “¿Recuerdas mucho a papá? ¿Lo extrañas?”

Con un poco de indiferencia dije que no. Luego miré los ojos grandes de mi madre, grandes y acuosos como los de un venado, y me sentí culpable por preguntar semejante idiotez. Cinco años y capaz de tanta

sutileza. La dejé ir en paz y el resto de la mañana me dediqué a ver televisión y mirar por la ventana.

Por la tarde Katia se me acercó y me dijo a quemarropa: “¿Por qué tienes que ser tan raro? Pareces un niño enfermo”.

Pero no lo era. Simplemente una especie de melancolía, como la que rezumaban las figurillas del abuelo, había hecho presa de mí. Katia fue a su cuarto y se echó en la cama de un salto. Cuando volví a asomarme la encontré durmiendo a pierna suelta con sólo un zapato puesto. El televisor sonaba en la sala y el abuelo, que había vuelto con un nuevo paquete, hablaba por teléfono en voz muy alta. De mi bolsillo derecho tomé una caja de cerillos, encendí uno y lo acerqué al cordón colgante del zapato. Al instante ardió y un olor a plástico se esparció por la habitación. Tomé un segundo cerillo y lo acerqué nuevamente al zapato, esta vez a la suela de goma, que tardó un poco más en arder. Como los cerillos no duraban los vacié todos sobre el piso y los renové uno a uno sin dejar de aplicar fuego a la suela de goma. Entretanto, canturreé una cancioncilla y poco a poco la consistencia de la goma pasó de blanda a muy blanda y el olor me escoció la nariz. En ese instante el abuelo entró siguiendo su olfato. “¿Qué estás haciendo?”, gritó. Katia despertó y comenzó a gritar y a sacudir los pies en el aire. “¡Maldito muchacho!”. Tomándome de una

oreja el abuelo me arrastró hasta la cocina, donde volvió a atarme al refrigerador. “¿Pensabas quemar toda la casa?”.

Sin saber por qué, sin siquiera poder explicarme cómo mi convencimiento me traicionaba, sentí que el pecho me lo llenaban de aire y agua y que la única manera que tenía para librarme de ello era romper en llanto y gritar arrepentido. El abuelo me seguía levantando por la oreja hasta que mamá entró apresurada a la cocina. “¿Por qué lo tratas así?”, dijo. “Es un niño”. “No es un niño”, dijo Katia, que había entrado detrás de ella, adormilada. “Mira”, alzó su zapato. “¿Ves lo que hizo? Es un demente”.

Me confortaba saber que mamá estaba ahí pero eso no evitó que después de un suspiro gigante soltara en llanto y asegurara que Katia mentía. Para mi desgracia estaba la contundente prueba del zapato. “Es increíble –dijo el abuelo, dirigiéndose a mamá. “Imagina que enciende toda la casa. Pudimos morir”. “Bueno, pues”, dijo mamá, “pero mira cómo llora”. “Se lo merece”, exclamó él. “Oy, papá. Es un niño. No tienes que amarrarlo cada vez que hace algo malo”. Mi madre deseaba defenderme y yo deseaba que alguien lo hiciera. Poco a poco me sentí reconfortado, al grado que el llanto pasó a ser un suspiro entrecortado, como si cada tanto recibiera una pequeña descarga eléctrica.

“Está bien”, dijo el abuelo. “Prometo no hacerlo, siempre y cuando este niño prometa no volver a tocar mis cosas”. “¿Cuáles cosas?”, dijo mamá y yo comencé a temblar sintiendo que el temblor me subía desde la punta de los pies hasta la cabeza. El abuelo abrió la alacena más alta y tomó una bolsa de plástico. “De esto”, dijo. Y vació un montón de figurillas hechas pedazos.

“Chiquito”, suspiró mamá. “¿Hiciste esto?”. Y yo comencé a llorar con más fuerza. Me desató, me miró durante una eternidad directamente a los ojos y con un movimiento de la barbilla me mandó a la sala. Ellos permanecieron ahí, discutiendo.

Con esfuerzos recuperé la calma. Podía escuchar las voces rebotar en las paredes de la cocina y me parecía que cada frase la dirigían contra mí. Me miré las uñas de las manos. Luego di un vistazo por si se encontraba cerca el control del televisor. De la calle subían los ruidos de los autos y la cortina se hinchaba por el viento. Sonó el teléfono y mamá pasó por delante para contestar. Observé su rostro suave y redondo y su blusa bordada mientras hablaba por teléfono y me dirigía miraditas. Para entonces, sin embargo, los sentimientos que me traicionaron frente al abuelo se habían esfumado. Volvía a ser yo mismo. Busqué algo para matar el tiempo y resbalé por el sofá y fui al baño. Ahí se estaba mejor; el aire corría saludable-

mente desde la ventana hasta mis narices y la calma volvía a mí en lentas ondas perfumadas por el olor de tocador. Sentí cómo las lágrimas desaparecían de mi cara. Sentado en el retrete reflexioné en lo que había sido de mí hasta entonces, aunque no podría decir en qué consistía semejante reflexión. Lo que sí me ha enseñado el tiempo es que las reflexiones infantiles son iguales o incluso más intensas que las de un adulto. La cuestión es que ahí estaba yo, sentado, con la mirada fija en los mosaicos y el pensamiento volando en el breve espacio de nuestro baño, pensando en las palabras que me había dirigido mi madre y en las cosas que Katia y el abuelo opinaban de mí. Cinco años y mi capacidad de sutileza se agudizaba en los momentos siguientes a un episodio tenso. En ocasiones era tan clara esa autoconciencia, o lo que fuera, que me imaginaba que las personas a mi alrededor no eran sino actores tramando una especie de conjura. Claro que por esos años ignoraba la existencia de palabras como “conjura” o “autoconciencia” y es por eso que mis reflexiones en el baño adquirirían la forma de un solo sentimiento confuso que me adormecía o me enfadaba. A veces era un golpe en la puerta y el grito de Katia recorriendo la casa lo que me sacaba de mi aturdimiento:

“¿Estás durmiendo, verdad?”, gritaba, muy molesta y sin dejar de aporrear la puerta. Entonces, abandonando mi refugio, tiraba de la manija y abría la puerta

donde la cara pálida de mi hermana me recibía con un gesto de incredulidad. “¿Cómo es posible que te quedes dormido?”, me preguntaba. Después, ya que al fin y al cabo yo sólo era un chiquillo y ella mi hermana mayor, me acariciaba la cabeza y sonreía. “Me sorprende que puedas mantener el equilibrio”.

Entonces me iba a la sala, tomaba una estatuilla y la arrojaba por la ventana con todas las fuerzas posibles. Me halagaba la opinión de mamá acerca de mis largos brazos. Una tarde me hicieron medirlos con los de otro niño y los míos eran más grandes. Por la misma razón se me podía ver por la casa con los brazos extendidos como si fuera un hidroavión a ras de agua. Tenía la ingenua pretensión de hacerlos más grandes todavía para que cuando me volvieran a enfrentar con otro niño vieran qué grandes y poderosos podían llegar a ser. Cinco años y las sutiles sombras del ego ejercían su poder sobre mí. Pero no debería alejarme del asunto. La cuestión es que ahí estaba yo, mirando los mosaicos, contándolos y entreviendo sus menudencias cuando alguien aporreó la puerta y gritó que me quería afuera en un minuto. Tiré la manija, me lavé las manos y salí de ahí.

Había visitas. Un hombre un poco calvo sentado junto a mamá en nuestro sofá rojo. Las visitas me agradaban. En cuanto un rostro nuevo hacía su aparición me ponía a hablar y a hablar, opinando casi de cualquier cosa.

Katia, en cambio, funcionaba mejor en el ambiente seguro del hogar porque afuera no lo hacía muy bien. Pero esta vez forzó una sonrisa, aunque no por eso dejó de mirar al visitante con ojos bajos. Se veía muy bonita con aquel vestido que olía a nuevo. Las manos del hombre eran velludas casi hasta donde nacían las uñas; me pareció simpático. Lo miré a los ojos y sonrió. Todos guardaron silencio. Todos, excepto yo que enseguida le pregunté quién era: “Un amigo”, dijo. “¿Amigo de quién?”. “De tu mamá”. “¿Y de dónde vienes?” “De muy lejos”, respondió. “¿Dónde es lejos?”, pregunté.

Mamá, un tanto incómoda, me mandó sentar junto a Katia, que me recibió con los brazos abiertos y comenzó a jugar con mi cabello. Yo miré por si el control del televisor se encontraba al alcance. El extraño esbozó una sonrisa muy pálida, como si un pensamiento importante se le hubiera detenido en algún punto del cerebro y le hubiera impedido continuar. Recuperó la postura y se dirigió a mamá: “Bueno, ¿y qué piensas de todo el asunto?”.

Mis agujetas estaban desatadas. Las vi flotando como antes viera las de Katia y me arrepentí de lo que le había hecho. A ver, ¿qué tal si alguien me quemaba los zapatos a mí? pensé. Mamá negó suavemente con la cabeza y dijo que no le gustaba la manera como se habían dado las cosas.



“¿Por qué no van directo al grano?”, terció el abuelo. El extraño movió el trasero sobre el sofá y de entre sus piernas sacó el control remoto de la televisión. Ahí estaba. Lo pasó a mamá y ella, como si supiera que yo era el indicado, lo dejó sobre mis piernas. Luego se giró hacia el abuelo. “Papá, ¿tú qué opinas?”, dijo. El abuelo desvió la mirada. “No cuenten conmigo”.

“¿Por qué no?”, exclamó mamá. “Se supone que tú sabes sobre estas cosas”.

“No compares”, dijo él. “Okey”, dijo el visitante, de pronto muy animado, “hagamos lo siguiente. Déjenme manejar el asunto”. “No, no es tan fácil”, dijo mamá. “Ya no”.

Apreté el botón del televisor y el ruido los turbó a todos. Dejaron que las imágenes de la pantalla recorrieran la sala y durante un minuto escuchamos las voces de las caricaturas. Katia seguía jugando con mi cabello. Cuando entraron los comerciales entoné muy alegre la cancioncilla y el amigo de mamá me preguntó si me gustaba mucho. “Claro”, dije. “Muy bien”, contestó, con esa media sonrisa suya. “Es del hombre elástico”, agregué. “¿Del hombre elástico?”

Sí, el hombre elástico y su fiel compañero el perro salchicha. ¿Cómo es que no lo conocía? “¿Y qué es?”, preguntó. “¿Es un juguete?” “Es un juguete”, dije.

Decepcionado –de verdad decepcionado porque el tipo me había agradado en un principio–, me resbalé por el sofá y me fui a sentar al retrete. Respiré hondo y comencé de nuevo a contar los mosaicos hasta que al llegar al cuarenta y tres mamá aporreó a la puerta y me mandó poner un suéter. De vuelta a la sala vi al visitante de pie con las manos en los bolsillos de la chaqueta y balanceándose tal y como a mí me gustaba hacer.

“Vamos a dar una vuelta”, dijo mamá. “¿Quieres venir?” “¿Va a ir Katia?”, pregunté. Mamá asintió con la cabeza. “Es su cumpleaños”, dijo. “Vamos a comprarle un regalo”. Dije sí y mamá me abrigó muy bien y salimos juntos, como una familia.

Las calles estaban muy animadas porque era temporada navideña. Caminamos juntos un buen tramo y en el parque me puse a corretear a las palomas hasta que mamá pidió a Katia que me volviera a tomar de la mano. Las avenidas se habían llenado de autos. Las luces de los faros y las luces públicas brillaban y me entretuve un rato mirándolas sin hacer caso de mamá ni de su amigo. La gente salía del centro comercial con bolsas llenas de compras y cajas de regalos. A la entrada se erigía un gran árbol de navidad que tenía grandes lamparones en vez de esferas, coronado por una estrella dorada cuya cola de tela volaba por la acción de un enorme ventilador. Por supuesto que a los

cinco años todo eso es una fantasía. Mamá, en tanto, platicaba con el hombre muy animada. Frente a los aparadores se dejaba abrazar y sonreía de más, a mi parecer. Eso ya no me gustaba tanto. Nos metimos entre la gente mirando las vitrinas y las tiendas.

“Bueno, Katia, ya estamos aquí. ¿Qué quieres de regalo?”, dijo mamá. Katia dudó un poco (solía poner el índice sobre el labio y mirar al cielo de manera muy boba), y luego dijo en voz muy baja, pero convencida: “Unos zapatos”. Nos dirigimos a una de las tiendas y Katia comenzó a ver los modelos detenidamente. Mamá me miró con una sonrisa suya y me alborotó el cabello. El hombre sonreía. La dependiente se ofreció a ayudar a Katia y le llevó los modelos que ella pidió. Mamá y su amigo tomaron asiento y admiraron a Katia, que se había probado unos tenis y caminaba por la alfombra como una modelo de televisión. Hizo un gesto y dijo que no. Luego pidió otro par.

Si soy sincero, creo que me sentía muy mal por haber quemado el zapato de Katia. Bien que estábamos ahí, reparando el daño. Aguardé un momento junto a mamá, contemplando la actividad de mi hermana. Luego di una vuelta y salí de la tienda para apreciar el ajetreo. Un grupo de niños cruzó frente a mí y se enfiló hacia las escaleras mecánicas. Todos iban muy emocionados; daban saltitos; gritaban. Uno de ellos, un niño gordo y rojo, silbó la tonada del hombre elástico.

Aquello parecía un llamado. Katia pidió un nuevo par y, aprovechando la distracción general, corrí tras los chicos. Mientras subía por las escaleras me invadió el nerviosismo de encontrarme en un lugar tan festivo, entre tanta gente, y lejos de mamá. Antes de llegar al último piso me había quedado sin aliento sólo de observar a tanta gente yendo y viniendo; los chicos se perdieron de vista. El techo del lugar simulaba funcionar gracias a enormes engranes. Daba la impresión de estar en una fábrica muy antigua. Caminé lentamente, admirado de que se pudieran reunir tantas cosas en un solo lugar, hasta que de pronto la visión del hombre elástico, el original, ofuscó cualquier otra cosa que no fuera su imponente y verdosa figura. Sí, el hombre elástico a unos pasos de mí y destilando sus dones a manos llenas. Otros chicos contemplaban también la vitrina del hombre elástico y gritaban y reían. Uno de ellos tenía al perro salchicha en una caja y lo mostraba a sus amigos. Luego guardaron silencio y el chico gordo envolvió su juguete con una bolsa negra muy grande. Alguien detrás de mí se rió con risa estúpida. Los chicos se alejaron lentamente mientras yo me giraba para observar. Un viejo vestido de andrajos y con las manos y el rostro llenos de grasa contemplaba al hombre elástico con una sonrisa burlona. Vio la huida de los chicos y asintió, como si de antemano supiera que saldrían volando. Luego su atención volvió al aparador. “Esto es bueno”, dijo. Y

agregó, volteando hacia mí: “¿Te molesta si hablo?” No me molestaba. Continuó haciendo muecas. Dejó sobre el piso el bulto que llevaba y se frotó las manos. Sin saber qué es lo que pasaba, miré a mi alrededor y noté que la gente nos observaba al hombre y a mí alternativamente y luego se alejaban. Sacó un pañuelo rojo de su bolsillo y se sonó la nariz con fuerza. “Jesús”, dijo, “esta gripa me va a matar. La tengo desde hace un mes, ¿puedes creerlo?”. Hizo una pausa y me estiró una mano. “Antes debemos saludarnos”. Me dio un fuerte apretón y no soltó mi mano hasta que se la arrebaté. Al instante siguiente su atención volvió al aparador y la sonrisa estúpida afloró de nuevo entre los pliegues de su cara.

“A lo mejor no lo sabes porque eres muy pequeño, pero en mis tiempos a mí me llamaban el hombre elástico. No había nadie mejor. Trabajaba en un circo”. Mientras hablaba vi que sus dientes eran negros como maíz quemado. “Y mira a lo que llaman hombre elástico ahora”, continuó, cruzando los brazos. “A este monigote idiota. De seguro te gusta porque eres un niño. Pero no has visto nada”, dijo, despreciativamente. “Créeme que no has visto nada”.

Dio un leve golpe al aparador y la vibración del cristal se reprodujo en mi cuerpo. Sentí nervios. El viejo se giró mientras se subía las mangas de la camisa.

“Dime, ¿quieres ver algo? ¿Eh? ¿Quieres verlo?”  
Aguardó durante un momento mi respuesta y luego se frotó las manos. “De todas maneras te lo voy a mostrar”, dijo. “Pon atención”.

Entrelazó los dedos para estirar los músculos de los brazos y luego alzó las rodillas una tras otra como si hiciera un calentamiento. Escupió sobre sus palmas y las frotó una vez más. Enseguida, muy cuidadosamente, se agachó para apoyar las manos sobre el piso. Bajó la cadera, dejó el peso en los brazos y extendiendo las piernas en círculo las posó finalmente sobre los hombros en un movimiento largo y atlético que para nada iba con su facha de vagabundo. Parecía una araña. Los mechones de cabello le cubrían toda la cara excepto la boca. Uno de sus zapatos se zafó y cayó al piso; las uñas del pie negrearon bajo la luz. Con el mismo movimiento se desplazó en círculo hasta colocarse delante de mí. Luego echó el cuerpo hacia delante y los pies cayeron al suelo y su espalda y su cadera se levantaron hacia mí.

“¿Lo ves?”, exclamó, congestionado por el esfuerzo.  
“¿Lo ves? ¡El hombre elástico!” Pero lo que yo veía era una enorme araña que se acercaba cada vez más. El dependiente de la tienda salió con un palo de escoba y lo amenazó pero el hombre elástico volvió a su anterior posición —la de bicho—, y avanzó hacia él con

saltitos y sin abandonar su sonrisa ni un segundo.

El viejo hombre elástico le mostró los dientes y el dependiente entró al local y tomó el teléfono. Entonces escuché la voz de Katia. El amigo de mi madre iba por delante de ellas, casi corriendo, y cuando estuvo lo suficientemente cerca golpeó al viejo con una patada en las costillas. Lo tomó de las solapas, o lo que fueran, y lo golpeó en el rostro una y otra vez hasta que la mugre del viejo se confundió con la sangre. Luego pateó uno de sus zapatos y lo lanzó hacia la escalera mecánica mientras el viejo gritaba palabras incoherentes y se protegía con las manos. Mamá me abrazó, preguntándome si estaba bien. Le respondí que sí. Los guardias de seguridad detuvieron la pelea y el amigo de mamá comenzó a gritar que cómo era posible que gente así pudiera entrar a un centro comercial donde había niños indefensos.

“¿Dónde está mi zapato?”, gritó el hombre elástico. “¡Hijo de la chingada! ¿Dónde dejaste mi zapato?”. Los guardias lo aferraron bien de los sobacos y lo arrastraron hasta el elevador. El amigo de mamá me preguntó qué había pasado. “Nada”, dije. “¿Estás seguro que nada?”, insistió. Pero no me pareció que ese extraño fuera la persona indicada para ofrecerle explicaciones. De hecho, por qué tendría que hacerlo. Mostré mi gesto más displicente y tomé a mamá de la mano y la jalé hacia las escaleras. Al salir del centro

comercial el viento me golpeó y sentí un terrible dolor de cabeza. En el camino a casa Katia dijo, medio en broma, que tenía la facha de haber sufrido un shock. El abuelo estaba en la sala y abrió los ojos como platos cuando nos vio entrar. Corrí al baño y me encerré. “¿Chiquito?” susurró mamá. “Sal de ahí, chiquito. Ven aquí”. “Quiero ir al baño” dije. Mamá dijo está bien y se alejó hacia su cuarto. Sentado en el retrete, ya un poco adormilado, me pregunté por esas cosas que uno no puede comprender por más que lo intente. Pensé en ello una y otra vez mientras contaba los pequeños mosaicos. De pronto el abuelo aporreó la puerta. “¿Ya acabaste? Abre que tengo ganas de cagar. Hijo de la chingada. ¡Abre de una vez!”. Accioné las llaves del grifo y de la regadera y me volví a sentar. Pensé en lo malo que había sido con el abuelo. Luego me dije que de abrir la puerta seguro recibiría un golpe en el brazo o en la cabeza. Y si no lo hacía, nada podía suceder, nada en absoluto.



# Sombras sin dueño

Sandra Becerril

Este viaje comenzó con tu despertar, amada Carmesí (apodo que tu padrote te impuso por esta noche). Te sentí a mi lado, tierna, dulce, cariñosa, como una flor que se abre por primera vez hacia el sol. Levantaste tu peluca del suelo y te fuiste arrastrando, dejaste un rastro de baba sobre el frío mosaico. Sentí algo frío junto a mi, revolví las sábanas y hallé tus piernas postizas: ¡Hey! Grité ¡Se te olvidaron!. Creo que no me escuchaste.

Me senté en el catre y miré el techo. Goteras. No sé como llegué hasta este lugar, no recuerdo nada. Tampoco me interesa saber. No tiene caso. La cuestión es que busqué mi traje y no lo hallé por ningún lado. Tan sólo una manta sucia, vieja y con olor a orines con la que cubrí mi cuerpo desnudo. Mis zapatos tampoco estaban. Salí del cuarto y me encaré con un enorme e interminable pasillo con cientos de puertas a los costados. Caminé un buen trecho hasta encontrar

una ventana enmohecida con barrotes que poseían espinas de rosas marchitas. Aún me hacían sangrar. Me gustaron las nubes violetas que divisé, indicaban un crepúsculo más cercano que tus nocturnas y flácidas carnes imaginarias surgidas de tu cuerpo real. Más allá, había un jardín con árboles tan frondosos que cerraban la vista. Es el prostíbulo dónde habitan las hadas vedadas para nosotros los pobres alcohólicos. Están reservadas para los dandis con dinero.

Continué mi andar. Llegué hasta una puerta abierta (después de contar más de 397). Una serie de intelectuales marchitos conversaban dentro, sentados en unas cómodas sillas tapizadas con pieles de las mujeres viejas que ya no les servían de nada. Me invitaron a sentarme junto a ellos mientras me asfixiaban con su olor a puro corriente. El humo se elevó hasta el alto techo, para luego dejarse caer vertiginosamente sobre mí. Se burlaba y luego salía por el hueco en la pared que representaba una ventana. Hablaron de sus publicaciones. Uno con bigote desaliñado, con aire de que en algún tiempo fue un escritor respetable, comentaba de su más reciente creación: “El embalsamador de almas” (Madrid, 2013). Otro con sombrero tipo bombín sin la tapa superior y con el traje en llamas se burló diciendo que el libro de su compañero no se vendió, que en realidad siempre estuvo guardado en las bodegas de la editorial. Al otro no le agradó, se levantó, apagó su puro en el ojo del contrincante, quién aulló un poco para

luego desplomarse sobre la tierra, le quitó el ridículo sombrero y haciendo una dramática reverencia, salió por una puerta que yo no había visto antes. Los demás continuaron su discusión acerca de sus creaciones, de las editoriales, de los libros antiguos, de los malos y exitosos escritores y de los buenos y olvidados. Me aburrí. Yo no soy escritor ni tengo nada que ver con el arte, yo soy... ¿Qué soy? ¡Dios, lo olvidé! Aunque en este castillo lo que seas carece de importancia. De repente, una música gregoriana inundó el salón mezclándose con los apestosos olores que arrojaban cada esquina y los mismos cuerpos de los “artistas”. Me dio curiosidad. Salí de aquella habitación por dónde huyó el ladrón de bombines. Me incorporé de un salto, tratando de no pisar la sangre que escurría del cadáver y con educación, toqué la puerta de madera varias veces con los nudillos. Nadie respondió, por lo que me vi obligado a empujarla. Caí de bruces sobre una sustancia pegajosa y maloliente. No había luz dentro, anduve apoyándome en las frías paredes de roca. Los muros desnudos estaban glaciales y húmedos. Las manos me sudaron a pesar del intenso aire que se colaba por algún escape del castillo.

Los nervios me carcomían por dentro, al grado de tener ganas de gritar, de vomitar, de huir, pero... huir ¿a dónde? Si yo mismo no tenía razón de mi lugar. Mis ojos estaban sumidos en las tinieblas, no podía

ver nada en absoluto. Lo único que escuché fue mi respiración, mis propios pasos y unos más adelante, huecos, sin sentido, que se fugaban y yo con ellos. Sentí por un momento, que eran mi salvación sin embargo entre más avancé y las voces de los intelectuales más lejos, me sentí más solo, desesperado y prisionero. No sé de qué o de quién, pero era un rehén condenado y lo único que podía pensar era que terminaría como aquellos pseudo—escritores con ropas desgarradas, cigarros apagados y hundidos en sus propios mundos de fantasía. Poco a poco, el aire comenzó a faltar dentro de mis pulmones. Por más que inhalé, tan sólo sentí que una atmósfera envenenada me mataba con tal lentitud, que la construcción lo disfrutó. Así es, pude sentir como caminé en sus entrañas y el edificio vivía. Me sentí un parásito. Tal vez eso era lo que en realidad era y por eso lo olvidé. Por vergüenza de ser un inservible parásito.

Vi, al fin, un poco de luz. Viré a la derecha en lo que simulaba un laberinto. Después unas sombras caminaron delante de mí. Sombras sin dueño. Tropecé con algo, me herí las rodillas y las manos, la sucia manta que cubría mi tembloroso cuerpo, cayó al lodo. Era un cadáver. El mismo que salió de la sala, el asesino fue asesinado por una mano extraña. Le quité los pantalones negros y me vestí con ellos. La camisa blanca me dio asco por estar llena de sangre azabache

y decidí dejársela puesta. Ya un poco más cubierto, tomé de nuevo mi cobija, la anudé como capa sobre mis hombros y salí a la luz.

Los innumerables destellos que las miles de luciérnagas posaron sobre mis ojos, provocaron que cayera una vez más. La diferencia es que no caí en el lodo, sino en pasto húmedo, fresco y con fragancia a gardenias. En un instante, las luciérnagas se desvanecieron dando paso al rostro más hermoso que halla visto jamás. Era una elfa. Rubia, blanca, con ojos marinos, cuerpo delgado y graciosa. No sonrió, mas me miraba con curiosidad. No me fijé hasta después, que detrás de ella había decenas de su especie. Levantaron mi cuerpo como en un sueño y me transportaron a la ventana que vi antes. Desde afuera, todo se veía diferente. Viendo a través de los ojos de ella, observé la majestuosidad que el castillo tuvo en otros tiempos. Vi sirvientes por los pasillos decorados con tapices. Observé príncipes, reyes, cortesanos, fiestas, banquetes, música y felicidad de un reino olvidado. Cuando me soltaron y caí estrepitosamente, la visión se esfumó dando paso al terror absoluto que rompía la armonía de tal fortaleza. Se rieron de mi, mucho, tanto que me molesté. La voz sepulcral de un hombre hizo que se alejaran de prisa escondiéndose en los árboles. ¿Cómo llegaste hasta acá? –no supe contestar– Este no es tu lugar ¿tienes dinero? –Era obvia la respues-

ta-. Si no tienes dinero –azotó el látigo que traía en la garra derecha– no puedes acostarte con ellas, ¿comprendes? Claro que si me das una de tus piernas o de tus brazos –relinchó como búfalo– te podría dar por una noche una duende –Vi sus piernas de cabra–. No es lo mismo que con las elfas pero tienen muchos dones, ¿comprendes?

Me desmayé.

Hoy temprano, desperté a tu lado, Carmesí, pero no logro levantarme. No te burles de mí. Ahora que mis piernas faltan, no tengo nada más que ofrecer ¿o sí?

# Ixnaual

Juan Maya

Noteuh achalchihumama / Mi dios, cargador de preciosas  
piedras acuáticas  
Yayauhqui tlazolli, iztac tlazolli, Xoxouhqui tlazolli  
Onihualla nitlamacazqui  
Ni nahualtecutli / Negruzco amor inmundo, blanco amor  
inmundo, celeste amor inmundo;  
He llegado, yo, el sacerdote; yo, el señor nahual.

Tlatelolco, 1473.— Ayer fue una mañana brumosa. Hoy el día está ensangrentado. Me parece escuchar aún, ocultas entre la neblina, a las mujeres que entraron al Tecpan, prestas para la guerra. El gran Moquihuix nos ordenó a sus soldados impedir el paso a esa turba. Temió que en el aposento más íntimo del palacio, sus hijos escucharan el tumulto y se pusieran nerviosos. Cuando las mujeres abandonaron el Tecpan, Moquihuix quiso reunirse con su progenie; antes entró en el oratorio de Ixnaual y buscó al animal sagrado que solía esconderse detrás de los altares: allí

estaba, con los ojos abiertos, tranquilo, moviendo lentamente la cola. El emperador le acarició la testa una y otra vez, mientras repetía los conjuros propicios.

Los niños jugaban en el patio. La sombra del sol se deslizó por la tapia de calicanto. Habitualmente, ésas eran las horas en que su maestro los aleccionaba. Una presencia interrumpió sus diversiones: al mirar al animal sagrado se detuvieron.

—Príncipes de Xaltitlco, este es el cuerpo del Ixnahual —dijo Moquihuix y levantó ante ellos al animal sagrado—; tienen que custodiarlo mientras yo salgo a la batalla. Los enemigos están por desembarcar en nuestra isla; son cínicos, bárbaros; antes se decían hermanos de nosotros, sus padres jamás olvidaron que fuimos peregrinos del mismo camino. Hoy la obsidiana se quiebra; flechas descienden del cielo. Aprovechan la madrugada para atacarnos; los pueblos de la ribera se les han aliado. Pero no somos cobardes: Ixnahual me protege.

Moquihuix supo del desconcierto entre sus hijos. Ellos, en ese momento, hubieran querido estar lejos del Tecpan, bañándose en los manantiales o corriendo por los bosques a la orilla del lago. El ruido de los tambores alertó a Moquihuix. Era que en el hori-



zonte los vigías distinguieron las primeras piraguas. Quedaba poco tiempo.

—Conozcan bien al Ixnahual. Es nombre del Espejo que Humea. Tiene la máscara de la muerte con su hocico dentado. El sol se ha hecho carne en él. Nos acogió como vasallos hace tiempo: cuando nuestro pueblo arribó de tierras norteñas y su apremio era encontrar un sitio donde construir su campamento. Tres sacerdotes buscaron entre los tulares algún signo que señalara el lugar propicio. Por los rumbos de Zoquipa descubrieron un agujero en medio del lago; era un hoyo porque el agua borbotaba espesa, como de una herida profunda, escupiendo peces, caracoles, sapos, perros de agua; de allí también salió el animal sagrado, con su pecho de turquesas y garras de cuchillo; su piel mostraba los mapas de los tiempos; la calzada láctea; las piedras donde rodaría la sangre. Deslizándose sobre las olas, alcanzó los pies de nuestros abuelos. Y ellos, que nunca antes vieron una criatura parecida, lo llevaron a la ribera para prender una lumbre frente a él. Ixnahual no se movió, cautivo por las flamas azules y doradas. Uno fue a sacarle el corazón a un conejo y lo puso ante el sagrado, quien lo tomó con su garra cuando estaba aún tibio y enseñó a nuestros sacerdotes cómo lo debían devorar. Momentos des-

pués se hizo humo. Luego hombre. Fue entonces que les dijo cómo se llamaba y pidió que en ese lugar fundaran una casa a la que nombraríamos Ixnahualtonco. Ante nuestros viejos, Ixnahual dejó de ser hombre y se convirtió en un cántaro; dentro tenía agua y en el reflejo acuático: la luna llena. Los tres sacerdotes, quizá imprudentemente, bebieron de esa agua. En los días siguientes se les peló la carne de la mandíbula...


Alguien llamó desde la antesala contigua con gritos alarmados. Aunque Moquihuix les ordenó a los niños que no se movieran, ellos se asomaron y a pesar de la distancia algo pudieron distinguir. Era uno de los sacerdotes del oscuro Ixnahual; con una piedra le habían destrozado la mandíbula. También sangraba de los hombros y en el costado presumía un navaja-zo. Moquihuix regresó al patio con un bulto; llamó al mayor de sus hijos, le pidió abrir el envoltorio. Dentro había réplicas de los trajes de los principales generales tlatelolcas; hizo que los repartiera entre sus hermanos: las pieles, las plumas, los carcajes y las flechas; los escudos, las mazas, los dardos y las cerbatanas. Luego le entregó al animal sagrado, y juntos, emperador y heredero, lo sahumaron en el altar doméstico de ese patio. Moquihuix, antes de partir, miró a su primogénito a los ojos para rogarle con palabras severas:

–Defiéndanlo. Es mi nahual: mi suerte depende de la suya. Si llegaran nuestros enemigos hasta aquí, que paguen cara su sangre.



Los soldados de la guardia entramos al patio. Moquihuix salió con nosotros. A lo lejos se escuchaban los gritos y los tambores. Borlotas de humo ensuciaban el cielo. En las nubes había sangre. Provino una lluvia de flechas. Las mujeres que irrumpieron en el Tecpan, rodaron a los pies de sus hijos. Los guerreros tlatelolcas luchamos durante el resto de la jornada. En la tarde, nuestro ejército perdió las playas que ciñen la isla.

## La muerte de Moquihuix

Unos por ahí dicen que lo vieron morir ahogándose en lágrimas, acurrucado entre unas mantas sucias; le había fallado la voluntad, aseguraron. Sin embargo, quienes cuentan esas infamias nos son tlatelolcas, vienen de la otra isla. Los guerreros de esta tierra lo vimos morir a manos de Axayacatl. En el templo mayor se toparon de frente. Los jades refulgieron; las piedras de la cima del templo estaban calientes por el sol. A mitad de la escalinata sus cuchillos se entreveraron, ambos emperadores sangraban de todo el cuerpo; se arrojaron piedras, palos, saetas,



haciéndose igual daño; pero en un segundo, de forma insólita, cuando llegaron a la cima, Moquihuix cayó de rodillas, tiró sus armas, se abrazó angustiado el cuerpo como si ya tuviera sobre sí el insoportable frío de la muerte y Axayacatl aprovechó el momento para tundirle con un garrote la cabeza. Ahí se acabó la guerra. Y allí mismo lo hizo destazar su asesino. Los brazos, las piernas, las vísceras, sus órganos de hombre, quedaron esparcidos en las escalinatas. La cabeza de nuestro emperador, antes de que llegara el crepúsculo, fue enterrada por órdenes de Axayacatl en la cima del Xitle, el volcán del ombligo, a más de veinte leguas de las dos ciudades. Le temían a Moquihuix porque aseguraban que era un brujo. Y aún después, nuestros cobardes enemigos vieron su mortaja entre las milpas o sobrevolando los barrios de su mísera Tenochtitlan.



Mientras a Moquihuix le cortaban la cabeza, sus mujeres y algunos viejos sacerdotes y guerreros que no habíamos muerto, corrimos al palacio para salvar a los príncipes. Al entrar en el patio, los ancianos echaron a llorar ante la escena que se mostraba a sus ojos; ya más tarde, lejos de Tlatelolco, habrían de perforarles las lenguas a esos niños por su gran estupidez, les obligarían a respirar chile y al mayor de ellos, al heredero, le abrieron el pecho y derramaron su sangre. Y es que los hijos del gran nahual de Tlatelolco tenían las manos manchadas de sangre: el primogé-



nito de Moquihuix, el verdadero asesino de su propio padre, empuñaba con rabia un cuchillo de obsidiana y con la otra mano, como si fuese un trofeo de guerra, la cabeza del animal sagrado. Lo había sacrificado con saña. Los hermanos pequeños abrieron al animal de las extremidades y el heredero lo decapitó sobre la piedra del altar. La sangre escurrió en un hilillo por la boca de dios muerte, pero como cualquier muerto, Ixnahual sacó la lengua y ya no revivió.

Los sacerdotes sujetaron al hijo mayor de Moquihuix y lo apartaron de sus hermanos; la madre del primogénito, para evitar que mataran al heredero Xaltitlolca, arguyó que Axayacatl era también un nahual poderoso y que bien podría haber hechizado al príncipe. Los sacerdotes no la escucharon. Tras de inmolar al asesino, se embijó cada uno de ellos con esa sangre noble y se echaron a volar en círculos sobre Tenochtitlan para maldecirla desde los cielos. Ixnahualtonco, tecpan de Nahuales, aún se erige entre las casas de neblina y seguirá hasta el final de México.



# Festival de la cultura

Eduardo Uribe

Tendrías que haberlo visto, era repugnante. Qué bueno que llegaste tarde, vienes a la hora y te toca el numerito completo. Yo desde que lo vi dije éste se trae algo. Andaba de lo peor, de seguro venía hasta su madre, de otra forma dudo que se hubiera atrevido. Toda su ropa negra, llena de parches, picos y estope-roles, iba con una cresta azul, muy anarquista, muy punk, según él, y con sus botas de plataforma como para matarte de una patada. Ay, no, tendrías que haberlo visto. Ya me habían dicho que andaba por allí un tipo medio sospechoso, que había llegado desde la mañana y que se detenía en cada una de las instalaciones, como si estuviera supervisando. Al principio me pareció raro que un punk anduviera en el festival, pero total, me dije, la cultura es para todos, igual así se cultiva tantito y se rasura las mechas. No le presté más atención, no lo volví a ver sino hasta que empezó el discurso inaugural. El sonido estaba bien, el públi-

co estaba atento. Sin embargo no me quedé tranquilo y cada tanto buscaba al punk entre la gente. Era fácil ubicarlo, con esa cresta, se había preparado para hacerse el gallito. Una farsa, un montaje. Se paseaba por la zona de libros. Yo volvía los ojos al templete, pero ya nada más estaba atento a lo que podía pasar. Miraba de uno a otro lado de la explanada. Tenía la impresión de que algo iba mal, aunque no supiera qué. Y dicho y hecho, a mitad del discurso de bienvenida, el punk, que seguía entre las mesas de libros, abrió su mochila, sacó un bonche de volantes, y los empezó a repartir. La gente se le quedaba viendo, yo observaba su reacción. Salazar, desde el templete, hacía una invitación al público para que participara en los eventos del festival. Yo creo que Salazar no se había dado cuenta de nada, porque siguió con la misma parsimonia hasta el fin, hablando del impulso que se estaba dando a la cultura. Después de los aplausos, Duque se acercó al micrófono y recordó que la actividad inaugural era la obra de teatro. Pues sí, al final, abrimos con el montaje de Claudia, ya sabes, compromisos, con todo y que desde el principio criticamos que los actores estuvieran obligados a usar micrófonos, con tal de que el estreno mundial fuera en la explanada del festival. Cuando me di cuenta el punk ya había llegado frente a mí, me dio su volante, lo miré para ver qué decía, puras mafufadas, se lo devolví, y que se me ocurre decirle que esto no era una marcha. No lo



hubiera hecho, creo que era lo que estaba esperando. Que se suelta contra el sistema, los conservadores, los esquemas y el orden. El mismo rollo de siempre. El problema es que empezó a alzar la voz y a alterarse. Entonces Duque bajó del templete. Desde las escaleras me vio, pidiéndole al punk que se calmara. Los reporteros acorralaron a Salazar. Duque los evadió, atravesó el pasillo. El punk me dio la espalda, y el cabrón que sigue repartiendo los volantes y que se echa un speech. Puta, no mames. O sea, imagínate al pendejo gritando contra el gobierno, y con Salazar junto al templete. Por fortuna, Duque se encontró con el punk y le pidió un volante. Ya sabes que es muy hábil y contuvo el escándalo. Porque para entonces la seguridad se había acercado. No me pongas las manos encima, gritó el punk al policía que se le había puesto al lado. Hasta eso, la gente más bien estaba desconcertada, aunque allí sí como que se tensó el ambiente. Duque calmó a la policía, leyó el volante y le dijo al punk que nadie estaba en contra de lo que decía, pero que ese no era el lugar para hacerlo. Estuve de acuerdo con Duque. El punk se nos estaba saliendo de control, y la policía casi se le echa encima. Salazar venía por el pasillo. Tranquilos, repitió Duque, poniéndose entre el punk y la policía, tranquilos, te vas a calmar, no quieres que te toquen, ¿verdad? Duque le dijo que cada cosa tenía su lugar y su momento, y que ésta no era la ocasión adecuada, que esto era un

festival de cultura, no un festival de política. El punk nos dio la espalda, nos dejó hablando a solas, siguió repartiendo sus pinches volantes. Los policías se nos quedaron viendo, Duque allí en medio, agitando la mano, pidiéndoles en voz baja que se quedaran en su lugar. Déjenlo, pedía la gente que estaba al lado, no está haciendo nada. Salazar llegó junto a nosotros y preguntó qué pasaba. Nada, qué podía pasar. El imbécil siguió con sus volantitos, lo bueno es que ni se le acercó a Salazar, y ella ni cuenta se dio, o hizo como si no se hubiera dado cuenta, después lo sabremos. Puta, de la que nos salvamos. Ah, es que tendrías que haber leído lo que decía, ya sabes, esas cosas que dicen los tipos sin inteligencia, y además muy irónico, aferrado con que el sistema, los presos políticos, los desaparecidos, la explotación, echando pestes contra el ejército y el gobierno. Imagínate, el idiota iba repartiendo esa porquería. Y todavía la policía nos preguntó si lo agarraban. Duque les dijo que nada más le echaran un ojo, que era inofensivo, que nada más iba a hacer su escenita y que nos dejaría en paz. Por fortuna los visitantes más bien se espantaban con el punk, recibían el volante, pero no lo tomaban en serio. Luego todo estuvo listo para que comenzara la obra de teatro. Dieron la primera llamada. Duque le pidió a Salazar que nos acompañara a la recepción y preguntó si ya estaban listos los bocadillos.

# Un gorila lo dijo

Brenda Lozano

De ser más temprano, de estar frente a un grupo de niños, el gorila los golpearía con el trapeador, pero hace mucho tiempo que los niños tienen prohibido visitar su jaula. El gorila, desparramado sobre una piedra, observa el trapeador dentro de la cubeta que olvidó el empleado del zoológico al salir de la jaula. Bajo la cubeta, observa una rama seca. Exhala. Lento, baja de la piedra. Avanza hasta la cubeta, la desliza con la precisión de un viejo que mueve una pieza de ajedrez para ganar la partida, toma la rama y regresa a la piedra. Días atrás, el gorila lanzó esa rama contra un minúsculo oriental que lo fotografiaba. El oriental trató de vengarse arrojándosela de nueva cuenta, consiguiendo solamente regresar la rama dentro de la jaula. El gorila detesta a los hombres de estatura corta. De ser un anciano, caminaría por la calle golpeando con su bastón a los diminutos. Los primeros meses dentro del zoológico disparó una piedra a un niño. Lo descalabró. De inmediato hubo

un escándalo en la prensa. El director del zoológico recibió una carta firmada por padres de familia que le exigían colocar, frente a las cámaras de televisión, una placa en la entrada del zoológico, prohibiendo a los niños acercarse a tan violento animal. Si hubiera sido un viejo, habría narrado entre risas, una y otra vez, la anécdota del niño herido. Echado en la piedra observa las jaulas frente a él, al tiempo que mastica la rama. De ser un anciano, de estar con su hijo en un auto estancado en el tránsito, recordaría en voz alta todas sus historias de juventud en las calles. Parpadea, cada vez más lento parpadea. No percibe movimiento en las otras jaulas. Oscurece, el zoológico está vacío. Comienza a quedarse dormido, salivando con la rama en la boca, como el abuelo que olvida quitarse las pantuflas al meterse bajo las cobijas.

El empleado pudo haberse quedado dentro de la jaula, despotricando contra todos. Maldiciendo a las mujeres. Dedicando insultos a su ex mujer, de ser posible le aventaría una piedra a la cara, pero esto no pasa por su mente, en realidad la extraña. Desparrramado sobre el sillón, mirando la televisión, escucha el timbre del teléfono. Desea que sea ella. Contesta. Desde luego es ella, baja el volumen a la televisión con el control remoto. La imagina en una casa lujosa, al lado del hombre por el que lo dejó. La mujer le avisa que pasará al día siguiente por la

secadora para el cabello, lo único que olvidó en el departamento. Aprovechará la visita para dejarle las llaves. Él le reclama haber olvidado la secadora. Ella interrumpe, le pide que se calle, no quiere escucharlo, cuelga. Sabe que ella no volverá a llamar. Se siente un simio, pero a diferencia del gorila destinado a la extinción, sabe que a diario nacen muchos como él. Imagina que el hombre al lado de su mujer es mejor que él. Él: un chimpancé como cualquiera. El hombre al lado de su mujer: un gorila admirado por el mundo, atendido por la prensa, protegido por las instituciones. Intuye que aquel hombre gana más dinero. Entonces, ¿por qué no le compra una secadora nueva, una menos escandalosa, con más botones de colores? A él le gustaba todo de ella, todo exceptuando su copete. Un cilindro de cabellos rígidos, estilizados con fijador. De manera que regresarle la secadora contribuye a la conservación del copete. El hombre que lo sustituye merece conocer los defectos de su ex mujer. Está dispuesto a entregarle la pistola de aire, pero se niega a recibir las llaves. Le perturba la entrega de la única evidencia del pasado compartido. Quisiera pedirle que se quede con las llaves, que por favor, al menos, que por lo menos se quede con eso. Está bien, piensa, pero quiere que se quede con el llavero que compraron juntos a un vendedor ambulante durante un largo paseo por el centro de la ciudad. De tener un disfraz de gorila, raptaría a su ex mujer, la treparía a

la cima de un rascacielos, la amenazaría con soltarla si no se queda con el llavero. Pero no tiene otra salida más que deglutir la hostilidad de su ex mujer como si fuera un plátano. Lo mejor es imitarla. No buscarla. No verla en su departamento. Postrado en el sillón, planea llegar al trabajo más temprano de lo habitual, regresar al departamento más tarde de lo normal, encontrar las llaves sobre la mesa, desea, sin llavero. No quiere verla. Sube el volumen de la televisión. En realidad quiere verla. En este momento su mente es una jaula vacía.

Dentro de la jaula está el gorila. El empleado, a distancia, nota que ha olvidado la cubeta y el trapeador allí. Corre impulsado por el temor, quiere evitar el destrozo de sus utensilios de trabajo. Al abrir la puerta de la jaula agradece la llamada de su ex mujer, agradece a la secadora para el cabello que recogerá su ex mujer, agradece haber llegado más temprano para evitar lesiones a los visitantes. Por fortuna, piensa, el zoológico aún no abre sus puertas al público. El empleado cierra los candados cuando escucha que la cubeta cae. A unos pasos del gorila, observa al animal con el trapeador en las manos. Intuye que el gorila cederá el trapeador, pero no sabe cómo hacerlo. El gorila, sentado en el piso, juega con las mechas mojadas del trapeador. El empleado imagina las leyes de la montaña, del hábitat del gorila, y le arrebató el

trapeador haciendo un rugido que, piensa, parece el de un simio. El gorila responde con el enojo de un viejo al que le han arrebatado su periódico, hace justicia apoderándose del trapeador. El gorila se levanta, impone distancia, consigue alejar al empleado unos metros. El empleado se sabe seguro, observa desde una esquina. El gorila comienza a trapear el piso, imita con precisión los movimientos circulares, copia el estilo con el que el empleado ha aseado diariamente la jaula. El empleado sonrío al reconocerse en los movimientos del gorila. Cree haber ganado su empatía. Mira los círculos de agua que dibuja el gorila con el trapeador. Lo descubre como su compañero. El gorila trapea. Por un instante desea llevarlo a su departamento para ver la televisión a su lado. Nota desdibujados los primeros círculos húmedos que hizo el gorila. Se pregunta si el animal de ciento ochenta kilos está empeñado en limpiar toda la jaula. El empleado le acerca la cubeta al gorila, éste remoja el trapeador y continúa. El empleado está seguro de haber ganado la empatía del gorila. Se recarga en los barrotes, se cruza de brazos, desea que alguien los mire, quizá un visitante, quizá una cámara de televisión. Una cámara de televisión sería ideal. Su ex mujer lo reconocería en el noticiario, se enorgullecería de haber compartido la vida con él, de haber compartido el departamento con él, le llamaría por teléfono para felicitarlo por su labor en el zoológico. Pero sabe que nadie mira la

escena. Sabe que su ex mujer no volverá a llamar. A un etólogo le tomaría menos tiempo comprender la conducta hacendosa del gorila que la frialdad de esa mujer. El empleado cree estar al lado de un cómplice, el empleado está seguro de estar al lado de un compadre, de modo que, desde los barrotes, le pregunta: “¿Te parece que debería colocar una placa en la puerta de mi edificio que prohíba la entrada de las mujeres a mi departamento?” El gorila responde remojando una, dos, tres veces, el trapeador en la cubeta.



# La herencia

Alfonso Nava

*Hacemos las mismas cosas, una y otra vez,  
con una predestinación aterradora. Por ello,  
se puede perdonar que uno desee asociarlas,  
cuando menos, con la belleza*

Saul Bellow; Humboldt's Gift

El día en que los médicos lo desahucieron, el abuelo Bárcenas inició el proceso de ordenar el mundo que quedaría tras su muerte. Ese proceso, de manera increíble, duró casi dos años. Fue demasiado para todos; la familia llegó a abominarlo por su morosidad. Se arrepintieron cuando llegó el esperado momento de la agonía en cama, aunque el abuelo todavía aguantó mes y medio tirado antes de expirar.

En ese periodo de redención el abuelo se acercó mucho a mí. Yo llevaba su mismo nombre, nació cinco días antes de su cumpleaños cincuenta (este tipo de cosas, numerología de revista barata, le fascinaban), hijo único, el primero de sus nietos. En síntesis, fui su nieto predilecto. Sobre todo en esos días, puesto que fui quien pasó más tiempo con él.

Yo tenía dieciocho años cuando los médicos le dictaron la sentencia de muerte. Supongo que también por eso me eligió: necesitaba un cómplice; una persona de confianza y con algo de experiencia, que pudiera entender sus predicamentos. Entre sus confesiones redentoras había temas que no deseaba tocar con sus hijos: los desencadenados por sus múltiples relaciones fuera del matrimonio. Hablando de esos temas, un día comentó la existencia de una propiedad suya en Tepoztlán, Morelos. Fue por accidente. Lo sé porque inventó muchas versiones sobre la posesión de la casa hasta que finalmente reconoció ser el dueño y me rogó mantener el secreto.

Llegué a saber tanto de su vida que hubiera podido chantajearlo para que me heredara algo. Nunca me hubiera atrevido a hacerlo, pero además no hubo necesidad porque el abuelo me había adelantado que en su testamento figuraba un párrafo dedicado a mí. El día de la lectura fui la envidia de la familia: entre los nietos, sólo yo estaba mencionado en el documento. Se trataba de una herencia denominada secreta y a la que no tendría acceso hasta los veinte años (y faltaban unos meses para eso). Según las cuentas de mi padre, el dinero y las propiedades ya habían sido totalmente repartidos. El enigma sobre esa herencia secreta creció entre mis tíos, provocando constantes diferencias. Mi padre ya se frotaba las manos con placer, pensando en

una probable cuenta de banco mantenida en secreto. Yo, al instante, entendí que el abuelo me había legado su secreto más preciado: la casa en Tepoztlán.

No conocía la casa ni me preocupaba el hecho de que una propiedad trae consigo ciertos gastos. Sólo planeaba mentalmente las borracheras de fin de semana e imaginaba mis bonos sociales creciendo. Unos meses después, un viernes, llegó al fin un abogado con lo prometido. El entusiasmo de dos años de espera se diluyó en unos segundos. Dos putos años al lado de la cama del viejo para que sólo me dejara, en lugar de un título de propiedad, un fajo con más de trescientas cuartillas. Mi herencia fue un portafolio de mierda con treinta y cinco cuentos escritos por el abuelo. Otro secreto no revelado: el viejo se creía escritor.

Me resistí un poco a la decepción. Consideré que quizá en alguna de esas cuartillas habría una clave para reclamar algo de a de veras. O incluso que el título de propiedad estaba por allí traspapelado. O un cheque, el contrato de una cuenta bancaria... Algo.

Empecé a leer. La primera página era una especie de prólogo en el que mi abuelo me decía lo importante que fue para él hacer esos cuentos, ya como distracción, terapia o como un simple ejercicio para probar su cordura. Me pidió que los leyera y que al

terminar los tirara a la basura o al fuego. Insinuó que nunca los había mostrado a nadie y que esa razón, el ser depositario de su confianza, ya me hacía un privilegiado —aunque no fueran buenos los relatos. Me enfadé tanto que estuve a punto de quemarlos sin leerlos, pero alguna ráfaga moral me hizo pensar lo importante que podría ser para el abuelo el que yo los leyera. También pensé que ese extraño deseo de eliminarlos debía ser falso, pues él mismo pudo haberlo hecho. Con el fin de semana pensé mejor las cosas y decidí conservarlos tan sólo para tener un recuerdo material del viejo.

Pasado el fin de semana, camino a la escuela, retomé los cuentos para distraerme del viaje en el metro. Me empezaron a sorprender, pero no supe definir si esa simpatía era porque mi abuelo los escribió —es decir, la idea de que alguien de mi sangre se diera a estos asuntos— o si en verdad eran buenos. El tiempo del viaje me alcanzó para terminar de leer tres de ellos. El primero narraba la historia de un judío que, durante el éxodo, decide no obedecer a Moisés y da información al Faraón sobre los planes del profeta. Procede así porque está enamorado de una mujer egipcia. Su título era *La Esfinge*. El otro se titulaba *Deja Vú*, y versaba sobre un hombre que sueña la muerte de su alter-ego europeo y luego despierta tan sólo para morir de la misma forma (en aquellos días, con poco

entrenamiento y menos lecturas, creí que era una trama originalísima). El tercero versaba sobre un tipo al que le ocurre una aparición de la virgen en su propia nariz. Era divertido, a lo menos.

Entre todas mis actividades, dilaté cerca de tres meses para terminar de leer todos los cuentos. Con las excepciones de uno que parecía un ensayo sobre el tiempo (no le entendí un carajo) y un ejercicio de prosa poética (muy cursi, por cierto) donde parecía narrar sus momentos de adulterio, los treinta y tres restantes me gustaron.

Hubo uno en especial. Su nombre era *La Táctica Kafka*. Era la historia de un inglés que sale una madrugada a caminar a la orilla del Támesis y se encuentra a un mendigo. Le ofrece una limosna y éste, en agradecimiento, le cuenta varias historias asegurando que son las más extraordinarias de todos los tiempos. Pasan la madrugada entera en esa actividad; cuando el limosnero termina de contar, el inglés queda maravillado y le sugiere publicarlos. Le promete fama y fortuna. El limosnero se niega enérgicamente argumentando que el mundo no tiene derecho a conocerlos y que a él no le importa lo pecuniario. Hace prometer al inglés que jamás va revelarlos, que los conservará en su memoria y termina diciéndole que, ahora que ha escuchado las historias, es un privilegiado.

Muchos años después, el inglés intenta escribir los cuentos procurando hacer ligeras variaciones para no romper el pacto con el mendigo. Termina imitándolos fielmente. Aunque lo hizo con una prosa muy pobre, las historias no pierden su brillo. No tarda en publicarlas y en cosa de unos días gana fama y fortuna. Sin embargo esto obra en su contra: el público inglés le demanda un nuevo libro. Ya ha usado todas las historias del mendigo, así que no tiene material.

A fuerza de trabajo y con las presiones del mercado editorial, logra escribir otro libro. Malísimo, por cierto, con la misma prosa terrible y sin la originalidad de las tramas anteriores. El libro, sin embargo, se vende mucho. La crítica, unánime, pondera el fin del escritor. El inglés acepta las críticas como reto e informa que tomará unos días para preparar la extensión de su obra. Viaja a Suecia. Usa muchos recursos para estimular su creatividad como salir de paseo, fumar opio, participar en aventuras complicadas, etcétera. Todo en vano.

El inglés vuelve a Londres y camina todas las madrugadas cerca del lugar donde encontró al mendigo con la esperanza de verlo una vez más. Quiere seducirlo con dinero, fama, lujos ilimitados y prestigio literario. Lo confunde con otros mendigos que deambulan por allí; al saber que no son quien busca, de cualquier

forma les invita tragos a cambio de que le cuenten sus historias. Todo en vano. Nada de lo que le cuentan le resulta interesante. En realidad nada se acerca a las narraciones del mendigo original.


Una de esas madrugadas, camino a casa, el falso escritor tiene una revelación: podría escribir la historia de cómo recibió los primeros relatos. Empieza la redacción de inmediato y tarda tres meses en terminarla. Rellena la anécdota con mucha paja para convertirla en novela; la anuncia como su última producción. Lo alcanzan de nuevo la fama y la fortuna, además de críticas favorables por su originalidad. Pero a los pocos meses el escritor recibe dos citatorios judiciales: en ambos se le acusa de plagiarlo. Las denuncias aumentan hasta llegar a la docena. Pierde todos los casos, queda arruinado y termina mendigando en cloacas y puentes alrededor del Támesis. En alguna ocasión encuentra de nuevo al mendigo original y mira al inglés con aire de burla, como quien ha dado una lección.

Ahí acabó la historia y con ella los treinta y tres cuentos. Cerré el portafolio y lo guardé pensando aún si quemaría los cuentos o los conservaría. La verdad es que me importaba poco pensar qué hacer con ese material. En unos días olvidé el asunto.


Unas tardes después, conocí a Leonora. Era hija de unos amigos de la familia. El abuelo pertenecía al partido comunista y había logrado amistades con gentes de apellidos que hoy son comunes entre intelectuales, artistas y funcionarios de Estado. Entre ellos estaban Gertudris Puglia y Aníbal Arzate, escritores de medio pelo que terminaron haciendo carrera en política y administración de cuestiones culturales. Ellos tuvieron un hijo de nombre Astor, quien también decidió hacer negocio con las letras, pero no del lado creativo sino del administrativo: fundó una casa editorial. Leonora es hija de Astor, escritora y potencial heredera del negocio. Aunque sus padres nos visitaban seguido, con Leonora nunca tuvimos mucho contacto. Cuando murió mi abuelo, ella estaba en Europa y ahí se quedó dos años más. La conocí plenamente cuando yo estaba por cumplir los veinte años; ella regresó para asumir el control absoluto de la editorial.

Me capturó de inmediato. Tenía veinticinco años, pero la actitud de una mujer mayor. Hablaba con erudición prestada, pero le iba bien la pose; fumaba como orquestando con la mano al aire los finos hilos de humo que se desprendían; haciendo palanca con el otro brazo, cruzado sobre el torso, levantaba sus suculentas tetas y su espalda lucía más estrecha. Su risa era horrenda, eso sí; casi siniestra, usando íes. Su padre nos presentó;






por primera vez en mi vida me avergoncé de estudiar odontología. Le dije que yo también era escritor, pero que sólo lo hacía por distracción. Ella siguió hablando de escritores europeos, usando palabras francesas y concediendo similitudes entre París y la Ciudad de México. Terminamos hablando de la familia; luego, ella me invitó a que le enseñara mis cuentos y quedamos para el sábado siguiente.



Pasé toda la semana intentando escribir algo. Gasté tres días en terminar un cuento, pero me pareció demasiado pobre para entregárselo. El viernes, cuando ya estaba desesperado, recurrí a los cuentos del abuelo y decidí ponerles mi nombre. Escogí el de la esfinge, pues pensé que ella podría encontrar mis insinuaciones en ese cuento, además de que me pareció el mejor. Llegó el día y nos vimos en un café. La charla fue muy amena; ella se comportó más genuina que en la fiesta, sin pretensiones. Me prometió que leería el cuento esa misma noche y yo le dije que lo hiciera con cuidado, porque estaba inspirado en ella.



Por primera vez en mi vida le agradecí la herencia al abuelo. A ella le resultó encantador el relato; lo publicó en una antología de autores jóvenes. Me pidió que le llevara un cuento cada semana para revisarlos y estudiar la posibilidad de publicarlos. Rompí el pacto con mi abuelo: decidí no quemar los cuentos y



hacerlos pasar como míos. A la quinta semana me la cogí. A la décima semana presenté mi primer libro de cuentos titulado *La esfinge*; todos corregidos y mejorados por ella.

Pronto me integré a su mundo de charlas de café, presentaciones de libros y camarillas. Yo procuraba pasar inadvertido, pero Leonora siempre me presentaba como su descubrimiento. Me integraba a charlas que no entendía. Ella empezó a notar mis deficiencias, pero las ignoraba creyendo que yo era muy tímido. Tuve que empezar a ilustrarme; me lamenté por haber desperdiciado tanto tiempo en fiestas y viejas. En esos días conocí a un escritor irlandés, Douglas McFarland –miembro de alguno de los círculos que Leonora frecuentaba– y nos volvimos amigos; él me ayudó muchísimo a entrar en el mundillo literario de Leonora y a crecer como escritor. Sin embargo mis esfuerzos nunca parecieron suficientes ante ella, que estaba siempre leyendo algo, ocupando sus insomnios escribiendo, perfeccionando su inglés, aprendiendo alemán... En lugar de esforzarme, desistí considerando que ella debería quererme así, sin exigirme cambios.

Todo esto provocó que poco a poco se fuera deteriorando nuestra relación. En todo ese tiempo no dejé de llevarle un cuento por semana. Eso fue lo único que

nos mantuvo juntos. El primer libro tenía once relatos; ya preparábamos un segundo con quince más, de manera que ya había agotado veintiséis cuentos del abuelo y sólo me quedaban nueve. Entonces le propuse a Leonora que me dejara tomar un descanso. Durante seis meses no le entregué nada. Me aparté un poco de ella en ese tiempo.

Al que no deje de ver fue a McFarland. Él me ponía al tanto de lo que acontecía con Leonora. Cuando me dijo que ella tenía un séquito de protegidos, escritores jóvenes que deseaban publicar, supe que su búsqueda no sólo era literaria y que era el momento de contraatacar. Volví con ocho de los nueve cuentos restantes (guardé para mí la *Táctica Kafka* porque pensé que ella me descubriría) y le pedí que los examinara. Les dio bajas calificaciones. Ignoro si realmente estaban tan mal ejecutados, aunque es lo más probable; pensé que el distanciamiento había provocado que no le gustaran los cuentos. Me recomendó tomar más tiempo para mejorarlos o escribir otra cosa.

Me encerré con el fin de escribir una obra maestra que devolviera a Leonora a mis brazos. Desperdiicé un mes; volví a leer la *Táctica Kafka* y descubrí que podría hacer lo mismo que el protagonista de la historia: narrar cómo llegaron a mí los relatos. Dos meses después logré una novela corta y concedí que

podía ser publicada con los ocho cuentos restantes. Decidí titular al libro precisamente así *La Táctica Kafka*. También decidí que me retiraría. La decisión sigue en vilo.

Llevé el material a Leonora y me dijo que la novela corta le parecía original, no así los ocho cuentos que ya me había rechazado. De cualquier forma los conservó prometiendo publicarlos (no lo ha hecho; quizá nunca lo hará) y poco tiempo después rompió conmigo. A decir verdad no me dolió para nada la ruptura. Quizá lo que duele es la certeza de que sin Leonora jamás volveré a publicar. Sin mujer, ni futuro, ni casa en Tepoztlán.

Unos días después cité a McFarland para un café y le conté lo que había ocurrido en los últimos días. Le hablé de mi último libro, *La Táctica Kafka*, y de ahí él se agarró para hablar casi una hora sobre la vida del escritor checo y la relación con mi relato. Íbamos caminando cuando el aparador de una librería se cruzó en nuestro camino —no fue azar: nuestra ruta ordinaria se cruzaba con varias librerías. Nos detuvimos a mirar, pero sin la menor intención de quedarnos mucho rato. Al menos ese era mi plan hasta que algo llamó mi atención en una esquina del aparador. Me quedé inmóvil. McFarland se adelantó unos pasos, hablando aún sobre Kafka.

–... De cualquier forma –seguía diciendo–, me parece una pendejada eso de pedirle a Brod quemar su obra, cuando pudo hacerlo con sus propias manos.

Y siguió hablando, pero yo ya no escuché más. Lo que llamó mi atención fue que McFarland pronunciara tan correcta y contundentemente la palabra “pendejada”. Pero no reflexioné mucho sobre ello porque mi vista se posó en un libro de portada blanca, tapas duras, en oferta. Llevaba por título *La esfinge*, y el nombre del autor abajo, en letras grandes: José Bárcenas.

Era el nombre del abuelo abofeteándome olímpicamente.



# ¿Alguien tras ese paño?

Carlos Talancón

Estoy en mi consultorio analizando unas radiografías cuando entra la enfermera para anunciarme la llegada del nuevo paciente, el del paño negro. Aparto la mirada de la placa y nos vemos con curiosidad. Una curiosidad absurda, sin duda, porque estoy más que acostumbrado a cualquier tipo de deformidades y caras deshechas. Sin embargo, hay algo en este paciente que me ha inquietado. Ayer que vino a pedir consulta, apenas logré ver sus ojos, también negros, bajo dos orificios cuidadosamente recortados para que no dejaran ver ninguna otra parte de la cara, y tan diminutos que se extraviaban entre aquel cuerpo ancho y pesado como una botarga.

Lo veo parado en el marco de la puerta. Esta vez, lleva la cabeza forrada con un paño a cuadros grises como si fuera la continuación de su traje. Señalo con un gesto mecánico la silla tubular y él se sienta sin dar muestra de voluntad alguna. Sus ojos parecen un

par lentejuelas insertadas en un cuerpo de tela que se infla y se desinfla. Por unos instantes, sólo se escucha el silbido ahogado de su respiración.

“¿En qué puedo servirle?” pregunto.

“El anterior dijo que no podría hacer más, por eso he venido con usted. Aunque de una vez le advierto que será inútil.”

Por un momento me pasa por la cabeza que se trata de una broma, quizá debido a lo inexpresivo de sus palabras. No obstante, me pongo a hablar sobre las virtuosas técnicas de hoy en día para recomponer tejidos. Voy a decirle que, una vez haya visto la gravedad del caso, seré yo quien evalúe.

Él parece adivinar mis palabras y me interrumpe:

“No, no hay solución. El mejor de los cirujanos no podría conmigo” dice, e inclinándose ligeramente su cuerpo hacia delante, agrega: “¿Ha visto a los insectos devorando un cadáver...?”

El hombre me irrita. Quiero decirle que se deje de misterios y me deje ver de una vez qué hay detrás de ese ridículo trapo, pero el hombre continúa:

“¿Nunca ha tenido la sensación de que nos están esperando, que hay siempre miles de insectos



cerca de nosotros aguardando la hora en que podamos servirles de alimento? Mis manos son como esos insectos. Y si ahora estoy con usted, es sólo para seguirlas alimentando, como si yo existiera sólo para refrescarles de vez en vez el cadáver. Escuche: dentro de poco voy a regresar con usted, con la cara destrozada un poco más, y luego otra vez un poco más...”

Estoy a punto de levantarme indignado y decirle que hay muchos otros pacientes en espera (lo que no es cierto) y si quiere una terapia este no es el lugar. Sin embargo, antes de abrir la boca considero que ha mencionado un probable regreso y, dado mi situación, sería una gran torpeza dejarlo ir. Finjo que me he levantado para acomodar mi silla, vuelvo a sentarme, congelo una sonrisa y le digo: “En verdad es interesante este asunto de los insectos. Pero considero que no debería ser tan pesimista. Si me mostrara de una vez...”

“Ya le dije que seré un buen cliente, pero antes necesito que me escuche” dice, y se lleva las manos al paño, aunque no para quitarlo, sino para ajustarlo, como si necesitara la seguridad de que continúa allí. Y continúa: “A veces es tan fácil ver cómo se van a dar las cosas. A veces todo es tan simple... la gente dice que el futuro es incierto. Eso es una mentira, no hay nada más simple que descifrar un destino.”

Vaya tipo, cómo hacerle notar que no estoy para misterios, sólo quiero ver qué demonios hay bajo ese pedazo de tela. Me pongo a jugar con el lápiz y a estrujar mi pantalón. Él, no obstante, continúa:

“Escuche: recién haya terminado la cirugía, voy a ir a la boutique más cercana a gastar otra parte de mis ahorros en cremas y maquillajes. Luego voy a dirigirme a mi cuarto a esperar que la piel cicatrice. Cuando desenrolle las vendas, voy a ponerme frente al espejo y voy a ensayar varios gestos y probar distintos peinados y maneras de maquillarme. Cuando logre acostumbrarme a mi nuevo aspecto, saldré a la calle a comprar ropa, bastones, y voy a caminar sin tener que sentir las miradas de reojo ni los dedos de niños señalando una cabeza de trapo. Entonces, al ver a la gente ir y venir, a las parejas besándose, las luces, no podré evitar que recorra mi cuerpo una nueva ola de vida, un deseo de continuar. ¿Comprende? Voy a jugar con la idea de que aún es posible reconstruir mi vida, voy a empezar a fantasear sobre mi futuro, a hacer proyectos y planes...”

“Vaya, pues me alegro escucharlo ahora tan optimista. Por qué no pasamos de una vez al...”

“Sin embargo, desde ahora puede ver cómo, a las cinco o seis semanas, notaré un ligero temblor en

las manos al momento de saludar o sostener una cuchara. Será casi imperceptible, así como el suyo, un rasgo de cualquier persona nerviosa. Para ese momento, ya estaré preparado: en el bolsillo derecho de mi saco guardaré un par de pastillas anestésicas. No las ingeriré de inmediato. Antes, voy a aprovechar mis últimos momentos para caminar por ciertos barrios y pagar por un poco de placer. Pero su hambre irá incrementando. Quizá puede calmarlas por un rato con un cigarro o con un pedazo de papel que puedan destruir. Hasta que llegue el momento en que los paliativos pierdan efecto. Entonces, cuando su ferocidad se torne insoportable y no tenga suficientes fuerzas para dominarla, ingeriré las dos pastillas y me dirigiré al departamento a permitirles que trepen a mi cara y empiecen a devorarla para saciar su hambre.”

“Pues... eso de las manos... bueno, ¿por qué no va con un neurólogo? Por lo pronto podemos ir viendo...”

“Usted no entiende. Ya lo he probado todo: ácido en las yemas, todo tipo de tranquilizantes, incluso llegué a amarrarlas para impedir que suban. Pero comprenda, su ferocidad puede contra todo tipo de obstáculo. Claro que he logrado calmarlas por un tiempo, una vez llegué incluso a contenerlas

por más de un año. Pero comprenda, su hambre continúa, así pase el tiempo que pase finalmente ellas subirían para saciar su hambre. Así ha sido desde... no lo sé... apenas percibía una protuberancia en mi rostro, por diminuta que ésta fuera, corría de inmediato al baño más cercano. Podría estar en medio de una clase, y, cuando percibía un accidente en mi cara, me era imposible pensar en otra cosa que no fuera ese pequeño espacio de grasa, hasta que la curiosidad era tal que con discreción me levantaba e iba al baño.

“Era tal el placer cuando estallaba mi piel y veía el espejo rosearse de manchas blancas, que poco a poco lo demás se volvió innecesario: la tortuosa necesidad por mujeres, las aterradores reuniones de la escuela, la incómoda necesidad de convivencia, todo era compensado por esos instantes frente al espejo.

“Por supuesto, llegó el momento en que me di cuenta de que mi cara empezaba a convertirse en una superficie de cráteres carnosos. En un principio creí que la pura intención bastaba para evitarlo. Lograba aplacarlas un momento, pero aprovechaban cualquier distracción para subir al rostro y comenzar a actuar, y yo sólo las percibía al sentir dolor, cuando ya habían empezado a trabajar. La fuerza de voluntad, que en un inicio me dio la ilusión de domino, poco a poco se fue demostrando como inexistente. Aquello se fue

convirtiéndose en una especie de venganza, como si mis manos se estuvieran vengando de algo que cometí en algún momento remoto, que no nunca he logrado recordar. Alarmado por el aspecto que tomaba, utilicé todas mis fuerzas contra ellas. Ácido en las yemas, tranquilizantes, no hubo método a mi alcance que no probara. Pero no. Nada lograba evitar que llegaran a su objetivo para hacerlo explotar. En las madrugadas, después de haber creído que había ganado la batalla, al dirigirme al baño y ver mi rostro ensangrentado, me daba cuenta que mis manos había actuado durante la noche. Sin darme cuenta, me hacían incorporarme aún dormido, como las manos que sostienen los hilos de un títere, y guiaban mis pasos hacia el espejo para realizar el ritual hasta que ya no podían encontrar un solo montículo que atacar. En vagos recuerdos durante la vigilia me llegaba la imagen de mi dolor, llorando frente al espejo mientras las manos actuaban sobre mi rostro con la frialdad y el método que requerían para explorar cada recoveco, calmar su hambre utilizando cualquier vestigio de grasa. Lloraba sin poder hacer nada, esperando a que mis verdugos terminaran su tarea. Desde entonces, para evitar el sufrimiento, no puedo hacer más que prepararme con las pastillas para que durante la noche mis manos trabajen con libertad. Ya no hay dolor, al menos ese dolor, lo cual es un alivio.

Ahora, que usted me ha escuchado, sabrá que trabaja para alimentar mis manos.”

Por fin, veo que va a descubrir la cabeza y yo me levanto con rapidez. Dirijo mis manos hacia el paño y me doy cuenta que también ellas han comenzado a temblar.

# Ma, no te cortes el pelo

Sergio Loo

*te vas a volver maricón si te vistes de rosa*

Vox Populi

Me acuerdo que en diciembre, cuando mi carnala y yo éramos chavitos, mi ma nos horneaba galletas pa calentar el depto. Tenemos fotos de ese entonces: mi ma con un vestido de bolas azules y amarillas y el pelo largo y lacio, como Daniela Romo; y nosotros dos abrazados a ella en el sillón. Fue lo mejor de mi niñez. Ahora, me cae, no puedo creer que esté haciendo ésto.

- ¡Pero me siento muy sola! Ponte en mi lugar.
- Sale: soy una mamporra que quiere con la madre del ex de su ex ¿Y?
- Y no lo he hecho en más de dos semanas ¡Tú sabes lo que es eso!
- ¡– O, favor tú, pero no es suficiente.

Las cosas no siempre salen como uno quiere. Mis jefes se divorciaron cuando éramos chavitos. Mi pa no peleó nuestra custodia, dejó de visitarnos luego luego de que ya no había camisas suyas en la casa. Mi ma entonces se cortó el pelo a la mitad de largo.

Comenzó a vestirse así ¿no? con mucha propieda y a traer un bueeen de trabajo a la chante. Era una de esas ejecutivas de las películas hasta cuando lavaba los platos. Me cae. Tuvimos que hacernos responsables de nosotros mismos, porque mi jefa estaba muy ocupada sacando varo. Todo eso le traté de explicar a la Pilar, que hacia bombas con su chicle.

—Ya lo sé. Ella me lo contó todo. Entre nosotras no hay secretos.

—Mejor llégale.

—Sólo déjame despedirme de su lecho, ese en el que nos abandonábamos al deseo y...

Se me erizaron hasta los pelos de las nalgas. Ella aprovechó y entró directo. Cuando la alcancé estaba abrazada a la almohada de mi jefa. Sacó de su bolsa un poema y lo puso en la cama.

—Era nuestra canción. Nosotras hacíamos...

—¡Cuchile!

Al otro día estaba bañándome y mi ma empezó a dar de gritos así como que qué pedo ¿no? No dije nada, me hice pendejo. Me di tinte de que algo había pasado. Salí del baño, me vestí, tomé mis cosas y salí a la chamba disculpándome por ser tan cochino y tan marrano y tan puerco y haberle dejado un chicle masticado en su almohada. Pinche Pilar. Yo había tirado el poema pero no pensé que fuera tan ojete y dejara un chiclote ahí. De niño mi ma tuvo que ir varias ve-



ces a la escuela, porque la mandaban llamar, porque yo embarraba mocos a las niñas sangronas que no me hablaban. Yo creo que esto, más que nuevo, se le hizo como que otra vez ¿no?

Total que mi ma tuvo que cortarse el pelo, así como niño, y al día siguiente ya se estaba besuqueando con la Pilar en el sillón. Entonces pedí doble turno en la chamba pa no estar ahí aguantándolas, porque se ponen retefeministas y mal pedo. Pilar se trajo de nuevo sus cosas a la chante. Hasta se hizo así como que mi madrastra otra vez.

—¡Puerco!

—¡Marimacha!

—Melquíades, no le digas así a Pili, y por favor, jálale al excusado.

Mi carnala encontró a su príncipe azul y se casó hace dos años, y desde entonces como que ya no la dejan venir. A su señor marido no le conviene tener de family a una suegra soltera y de yerno, a un empleado de Pizzas Tauro que le escupe a los pedidos.

Ella hablaba a cada rato, a escondidas de su señor esposo príncipe azul. Entonces yo no le pasaba a mi mamá para que no se enterara de que andaba con una vieja. Yo le decía “No, pus fue al mercado”, “Este no, no está” y “Qué crees, que se acaba de salir”. Mi

hermana comenzó a sospechar ¿no? Entonces tuve que decirle la verdad: “Tu esposo no quiere saber de nosotros. Nosotros no queremos saber de ustedes, así que gur bais”. Cuando estaban mi ma y su media tortilla ahí, colgaba y decía que era Cecilia, mi ex y la ex de la Pilarraca, que me había pedido volver a su lado para siempre y por siempre y eso. Como no quería que mi ma se enterara, Pilar nada más me hacía getas.

Pilar y yo nos conocimos por Cecilia, más o menos. Cecilia fue la única vieja que me ha entendido y no me ha pedido cambiar, ni me ha reprochado nada cuando se me sale un eructito. Cuando ella me mandó a la chingada, yo andaba mal, me acuerdo que me la pasaba tirándome pedos tristes y escuchando cumbia doledora todo el pinche día. Una tarde, así como en las películas, sonó el timbre. Era la Pilar. Venía a reclamarme que por qué le había bajado a la vieja. Y yo le dije “Pérate, que me acaba de botar y estoy rete mal. No mames”. Entonces nos empedamos, nos pasamos ese día a moco tendido, y ya ella y yo nos hicimos más que amigos, compadres. Bueno, por lo menos hasta que un día convenció a mi mamá de que se cortara el pelo como ella.

Lo que sí no entiendo es cómo nos botó a los dos si sí nos aceptaba. Pinches viejas.

Regresaba de ir con los compas a chupar. Estaba en el taxi con la cara embarrada en el vidrio. Me acordé de los tiempos pasados. En la casa no dejaban de sonar los discos de Celia Cruz, Pérez Prado, Tito Puente y todos esos. Mi hermana agitaba las patas flacas flacas, como cuerda de charro. Mi ma hacía fiestas a cada rato. Invitaba a la familia, los vecinos, sus compañeros del trabajo y un montón de gente que quién sabe quiénes eran. Nos daba permiso de desvelarnos, pero siempre nos quedábamos getones en el sillón. Mi ma movía el bote como hawaiana y se alocaba con su pelo ensortijado, porque se había hecho base; mientras a nosotros se nos cerraban los párpados y luego ya alguien nos cargaba y nos dejaba en la cama. Sí cierto. Hace mucho que no la veía tan contenta. Na más por eso les doy chance a las novias.

Cuando llegué de la peda ellas estaban en fiesta privada. Bailaban de a cachetito la de “Voy viviendo ya en tus mentiras. Sé que tu cariño no es sincero, sé que mientes al besar y mientes al decir te quiero”. Me metí a mi cuarto y la Pilarraca que agarra y que entra y dice:

–Te pasas. Ya son las cuatro. Estábamos bien preocupadas.

–Pus estoy bien. Por mí sigan ovulando.

Ya se estaban pasando de lanza. Y me caían gordas con sus regaños y sus planes de hacer una cafetería o una librería de viejo o algo así.

Un día, ¡zaz!, que se deja caer mi hermana al depto. Yo le dije que no podía pasar pero oyó ruidos y se aperró a entrar. Le tuve que explicar: Mi ma es tortilla, pero no hagas pancho, que luego se le quita. Le expliqué cómo estaba la cosa. Primero me regañó por haber dejado que pasara, y por no decirle, y porque otra vez no le jalé al baño, y así se siguió. Empezó a gritarme y yo estuve a un pelo de soltarle un chingadazo, pero mi ma llegó y nos calmó como siempre.

—¡Melquíades y Clotilde, no se peleen!

—No mamá.

—A ver ¿Qué te trae por aquí, hija?

Le di un codazo.

—Nada mami. Nada más vine de visita.

—Entonces ¿qué te ofrezco?

—Nada mami, gracias.

—¡Pili, tenemos visitas! ¡Pilar! Vino mi hija. Ven a saludarla. Espérame tantito, ha de estar en el baño ¡Tiene una vejiga...!

—Sí, mami.

—Pss, pss.

—¿Qué?

—Aguas, que no se de cuenta.

—¿De qué?

–De que es lesbiana. No sabemos qué le pueda pasar.

Pilar vino a fuerzas, bien nerviosa; se sentó en el sillón grande. Mi ma la rodeó con el brazo, así bien natural ¿no? La pinche Pilar estaba roja roja. Mi hermana no sabía ni que decir. Medio pudimos platicar hasta que el cel de la Clotilde empezó a chingar.

–No, voy a llegar un poco tarde. No, estoy con mi mamá y mi hermano... y Pilar. No. No. Sí. No les digas así, son mi familia. No, yo me puedo regresar sola, gracias. No, ahora no sería bueno. No me grites. No. Mira, mejor te aviso cuando vaya para allá. No. Nos vemos.

Su señor esposo príncipe azul llegó en media hora. Ni quiso pasar a la casa.

–Si quieres pásale. No me he tirado ni un pedo en toda la tarde ¿verdad? ¡Qué! si sí es cierto.

Tuvo que pasar a güevo. Pilar le trató de hacer la plática pero como es bien mamón, ni la peló.

–No seas así. Cuando te casaste conmigo los aceptaste como familia.

–A la lesbiana no.

–Por favor no le digas así.

–¡Dile tortillera!

–¡Melquíades, tú tampoco seas grosero con Pili!

–Mmm.

–Nos guste o no, Pilar ahora es parte de la familia... al menos durante un tiempo.

–¿A qué te referes?

–No, a nada mami.

Total que Clotilde y su esposo se pelearon, y grueso. Hasta la hizo chillar. Yo me la llevé al baño, a que moqueara a gusto, mientras Pilar y mi mamá se chingaban a ese culero.

–Aunque seas un puerco, te quiero mucho, hermanito. Toda la semana me la pasé llamándoles para decirles que estoy embarazada.

–¡Óóóórale!

–¿Y sabes qué? Igual y lo digo ahorita porque me siento muy mal, pero no me importaría que mi hijo fuera como tú de cochino si es así de noble.

–¿Y qué tal si sale como tu esposo?

–Ojalá que no. No es como yo pensé.

–¡Óóóórale!

–Yo quería a un hombre bueno para formar una familia bonita, normal ¿Me entiendes?

–Nel.

–Quería a un hombre serio y de buena clase; que me aceptara tal como soy. Pero éste no tarda en largarse con cualquier...zorra. A veces siento que no lo conozco, que a pesar de que era...y es, como

yo había pensado, no es él, hay algo falso ¿Me explico?

—Pus...

—No. Ojalá que no salga como su padre.

—¿Y si sale como mi ma?

—No sé qué haría con una hija igual. Quizá la tendría siempre con un corte muy bonito, con moñitos y toda la cosa, para que sea linda y obediente. Mira, con todo nuestra mami siempre nos ha cuidado y querido mucho y eso es lo importante ¿no? Además, ser lesbiana no es malo ¿A ti te molesta?

—Nel, pero ya estoy hasta la madre de la Chavela Varagas. Chales, la ponen todo el día.

—Pero son felices y eso es bueno.

—¿Y si sale como tu señor padre?

—Eso sí no. Pedorros y lesbianas, pero pocohombres no.

—Oye ¿te acuerdas cuando mi mamá se pintó el pelo?

—Sí. Decía que nadie la quería y se la pasaba riendo como boba.

—Sí, lo que pasa es que se peinaba como la Marilyn Monrou.

Hasta acá se oían las mentadas de madre de Pilar. Era de las pocas ventajas de tener a una trailera como madrastra, ¿no?

Total que le dijimos a Clotilde que había chance de que se quedara un rato en la casa, en lo que pensaba si divorciarse o no. Ella dijo que sí, así que ahora estaba rodeado de viejas en mi contra.

- ¡Eres un puerco!
- ¡Te volviste a echar un gas!
- ¡Jálale al baño!
- ¡No embarres tus mocos debajo de la mesa!
- ¡No escupas ahí que acabo de trapear!

Por suerte que el tiempo pasó. A mi ma le empezó a crecer la greña. Pilar estaba cada vez más nerviosa porque sabía lo que iba a pasar. Clotilde terminó por pedir el divorcio, pero cuando su esposo se enteró de que estaba pastel, le pidió una nueva oportunidad. Así, con flores y toda la cosa. Ella cayó redondita y se fue. Pilar estaba neurótica. Peor que cuando la botó la Ceci.

A la semana sonó el teléfono.

- Por favor, ven por mi. Ya no lo aguanto. Creo que ya está con otra.
- ¡Óooorale!
- ¡Deja de decir tonterías y ven por mí!
- No te aloques. Voy en chinga.

Regresamos con un buen de triques. Mi hermana aprovechó que su señor esposo ex prícipe azul maridito se había ido a trabajar para hacer las maletas.



Yo le mié todos los trajes. Mi hermana me abrazó y me dijo que estaba orgullosa de mí, y eso me gustó, porque nunca lo había dicho, y no creo que lo vuelva a decir en un buen.

Cuando entramos, Pilar estaba llorando en la sala y con la pinche música a todo volumen. Y qué más da, la vida es una mentira, miénteme más, que me hace tu maldad feliz.

—No quería hacerle daño. Tú sabes que soy incapaz de quererle hacerle algo a tu madre.

—¡Óooorale! ¿Pus qué le hiciste?

—¡Nada! ¡Nada! Yo veía cómo le crecía el pelo... y entonces ya no resistí !La rapé! ¡la rapé para que no cambiara y se quedara a mi lado mucho tiempo!

—¡Dónde está!

—En su cuarto... pero yo no le quise hacer daño. Ella es la única. Con ella no tengo que fingir nada.

—Agarra el pedo Pilar. Mi ma na más te quería porque andaba cortada de a niño.

¿Por qué la gente nunca es como es? Y si eres como eres, luego la gente te quiere por lo que no eres. Y si no eres lo que eres, nadie te pela por ser así.

Clotilde se quedó con la Pilarica para calmarla. Yo fui al cuarto, abrí la puerta y algo me deslumbró así como que qué chingados ¿no? Ahí estaba mi ma, toda

pelona, flotando sobre la cama, haciendo esa posición pacheca de las patas cruzadas y con las manos así ¿no? Me acordé de cuando tenía el pelo bien largo y era bien chida. Me dieron ñañas. Entonces, abrió los ojos, me vio y dijo:

–No temas, acércate.

–¿Y ahora quien chingados eres, ma?

– “Soy la muerte que todo se lleva, y el origen de todo cuanto llega. De los nombres femeninos yo soy la fama y la posteridad; la palabra, la memoria y la inteligencia; la constancia y la paciente indulgencia”.

–¡Óoorale!

# Trozo de vidrio (fragmento de novela)

Emilio B. Frozel

Hacía tanto frío que era obvio que llorase. Ha muerto. Un paro cardíaco, un pulmón condenado a ser una colmena de microbios, un montón de frío rondándole de cerca. Carajo, esta noche no hay nada que caliente las manos. Se había abandonado a las miradas curiosas e hipócritas, al golpe sordo del silencio en el rostro, al antiguo juego de reconocer por su voz a los familiares perdidos hace años, y al lacónico desfile de las horas cuando se está en un velorio. Pero ahora estaba libre, afuera, solo en la vieja casa de heno.

El lugar estaba hecho una pocilga; paja, aserrín y polvo se estiraban sin remedio en los cuartos; había alimento podrido y rutas de minúsculos objetos que alguna vez reunidos conformaron radios, escobas, juguetes, enrejados. Recordó los días en que venía a ese mismo lugar a alimentar guajolotes y gallinas, a levantar ratones envenenados de sus desatinadas y

groseras tumbas, a regar por fuera el alpiste para ver el descenso de las aves. Casi podía oír las descender ahora, en el cuarto contiguo. Encontró una foto bajo una lápida de aserrín. Ahí estaba su padre, cuando era muy joven, colmado ya desde entonces de su reconocible y pulcra elegancia, y a su lado el mítico general “Miguel Mendoza, derecho con los amigos, derecho con los enemigos”, recitaba alegre, buscando alcanzar el tono ya perdido que daba su padre.

Escuchaba un crujir continuo en el cuarto de a lado, como de algún objeto que, a pesar de los años, siguiera en movimiento. Era algo tan extraño que no pudo resistirse y se acercó pausadamente. Cuando entró se percató de su error: el cuarto no tenía electricidad, y probablemente debía tener tanto tiempo cerrado que quizá viudas negras y un grupo más o menos numeroso de ratas lo hubieran hecho su morada, para aprovechar lo poco de valor que aún quedase. Se rasgó la rodilla con algún objeto pesado. Si eran ratas, con la limitada iluminación no había manera de darles alcance. Si era otra cosa, que podría ir desde un gato hasta un tejón hambriento o un tlacuache, no era tampoco la hora de intentar correrlo de la habitación. Quién sabe si no tendría ya crías. Fastidiado por tales conjeturas, emprendió el regreso, cuando escuchó claramente reproducirse el mismo sonido esta vez en el cuarto principal, que recién había dejado. Bien

sabía que el frío es también una bestia que palpita y toma posesión sin permiso, pero esta vez había llegado cargando algo.

Se acercó y el ruido se fue haciendo inexplicablemente más intenso. Oía caer vasos, el azotar de la puerta y un golpeteo insistente y monstruoso en las paredes. Jaime siguió avanzando pero se detuvo en seco, sorprendido por el tamaño de las sombras que revoloteaban sobre el filo de luz de la puerta entrecerrada. La puerta se abrió de golpe. Jaime se escondió tan rápido como le fue posible detrás de unas cajas. Poco le importaba ya que a su lado pudiera haber una madriguera de ratas o un insecto ponzoñoso. Ya lo único que escuchaba en ese momento eran los alaridos y el remover de objetos de fieras recién llegadas. Algo lo prendió de una pierna y lo jaló con fuerza; él se sujetó del tubo del lavabo. Lo sacaron. Jaime quedó entonces de frente a su padre, muerto hace años.

—¿Qué pasó, ya no vienes a saludar a tu padre?  
—le gritó. Había otro detrás de él, que daba voces bajas e incomprensibles. Jaime se levantó de un solo impulso y echó a correr. Se escondió en el viejo gallinero y lloró, mientras insistentemente oía afuera que lo llamaban por su nombre. Jaime, Jaime. Se aferró a algo y comenzó a rezar. Sentía un objeto, ligero y cálido en sus manos. Era una

botella vacía de vidrio. Dentro tenía sólo un horrible muñeco que representaba a la muerte. En ese mismo momento volvieron a sujetarlo.

—¡Están muertos, están muertos! —gritaba, suplicando, a los que lo jalaban.

—¡No andamos muertos, sólo andamos de parranda! —parafraseó su padre. —¿Hay alguna manera de hacerte salir de ahí? ¡Ah, muy bien si así lo quieres! ¡Soy tu padre y te ordeno que enfrentes a la muerte!

Había dos personas muertas frente suyo. Ya no intentaban sacarlo, sólo estaban ahí, aguardando a que saliera. Reían y contaban toda suerte de bromas mientras Jaime permanecía todavía inclinado en una de las esquinas del viejo gallinero. Rezó varios padres nuestros con la botella en las manos. Se fue tranquilizando poco a poco, y salió.

—¡Chupa hijo mío! —le dijo su padre, vuelto loco de la risa, mientras le servía un trago.

Regresaron a la habitación principal y se sentaron los 4: El general Mendoza, Mario (padre de Jaime), él mismo, que no bebía pero igual estaba ahí con su trago, y la muerte, reclinada, a su gusto, en su botella de vidrio. Su padre prácticamente no podía mantenerse sentado, como si fuera presa de una terrible fiebre; se

levantaba a rodear al grupo, a treparse de algún viejo anaquel y tirar papeles viejos, a colgar las manos de alguna de las vigas de madera y hacer barras con ella. El general, en cambio, no se movía en absoluto, lo cual parecía más propio de un muerto. Babeaba ligeramente y dejaba caer de forma penosa la cabeza como un péndulo descompuesto sobre el pecho.

—¿Es cierto que murió traicionado por su propia gente? —preguntaba apenas, pero ya mucho más tranquilo, Jaime.

—No hay nada que no sea cierto en su mito —decía su padre, hablando con bastante esfuerzo mientras hacía una barra— tiene más... fortuna... muerto... que vivo. Pero que nos hable él mismo, es bestial su plática —se bajó finalmente Mario de la viga, se acercó a su compañero y lo zarandó impetuosamente, exigiéndole les relatara su historia. El general respondía dando voces bajas y notablemente incomprensibles. Finalmente acabó recuperándose.

—General —Jaime hablaba cuidando sus palabras, con preocupación visible— ¿cómo es estar muerto?

—La muerteeee... es derecha con los amigos y derecha con los enemigos —concluyó, poniendo en el suelo su vaso, rotundo.

–Tiene toda la razón –secundó enérgico Mario– No hay nada que temer, temer es para los vivos. Yo, personalmente, lo digo como tu padre que soy y perdónamelo de antemano, me siento más feliz muerto que vivo; siento que desperdicié mucho mi tiempo; ojalá pronto viniera tu madre a acompañarme. No hay por qué culparla, siempre fue más lenta para todo. Témela a ella, no me temas a mí, que estoy muerto. La muerte es una calaverita de dulce, mírala, ahí está.

–No es de dulce, es de papel maché –concluyó el general dejando caer su vaso sobre el suelo, serio y rotundo.

–Para quien te pregunte, dile que es dulce. Que es como emborracharse. –Jaime instintivamente alejó su vaso – Sí, mientras más tiempo llevas muerto más borracho te sientes. ¡Mira a Mendoza! Ya festejó su medio siglo de muerto. –Mario volvió a llenar los tres vasos de aguardiente y el general, que parecía en todo lo demás un muerto común y corriente, levantó la mano y después de brindar dejó su vaso de plástico vacío.

Jaime se quedó mirando a la muerte, que le sonreía a un costado, frágil como una niña reina ignorante de su destino en su pequeño envase de vidrio, y finalmente fue alegrándose. Levantaron a Mendoza y organizaron una cacería de ratones. Buscaron en todos los cuartos pero en vano. Ya no parecía tan descuidada



la casa. De hecho encontraba objetos que nunca antes había visto. Mario decía que ellos, al estar muertos, “no podían ver a lo vivo como lo vivo con lo muerto y lo vivo con lo vivo y lo muerto con lo muerto”. – Pero yo no estoy muerto –decía Jaime.

–Deberías, es maravilloso –le respondía sonriendo su padre.

Se pusieron entonces a descabezar muñecos. Así se entrenaban los generales en el cielo, aseguraba Mendoza. Eran demasiado duros para las arpas y los villancicos, aseveraba, serio y rotundo. Inevitablemente empezaron a probarle diminuta ropa al muñeco de la muerte. Le consiguieron un bebé sin cabeza como lazarillo, un formula 1, suéteres y demás lencería ajustada de Ken y overalls de Roger Rabbit.

Siguieron bebiendo. Con pintura de paredes le hicieron bigotes y shorts y prosiguieron a configurarle un avión de papel que llevaba dibujada las firmas de los tres integrantes, pasajero, copiloto y aeromozo el general, que no lo tomó con agrado, así como un muy escueto diseño de sus propios rostros, sólo un círculo con ojos y labios sonrientes. Ellos mismos terminaron pintándose. Se hicieron cuencas alrededor de los ojos, se delinearón las falanges en los dedos y los dientes carcomidos en los labios; Mario le regresó también su magnífico mostacho al general,

que, según contaban, debía rasurarse porque es ley que en el cielo todos los muertos que no sean santos anden lampiños.

Para cuando se terminaron el alcohol, el padre de Jaime procuraba un zapateado ruso sobre la ya de por sí vapuleada mesa de madera, y aseguraba que convertirse en un fantasma era lo mejor que le había pasado; que cómo no nació muerto, tanto que se hubiera evitado.

—Pero, ¿no crees papá que cuando cumplas tu condena vas a dejar de ser fantasma?

—Sí, hijo, pero Dios quiera que mi condena sea inmensa y terrible.

—¿Y cuántos más estarán muertos, padre?

—La última cuenta iba arriba del 90% del pueblo

—decía riendo Mendoza panza arriba en el suelo.

Decidieron salir a visitarlos. No les vendría mal pegarle un buen susto a alguien. El ruido que proferían con sus canciones y silbidos cruzaba la soledad entera del poblado. No se detuvieron tampoco ante la idea de disfrazarse, se pusieron viejos vestidos raídos y sombreros, que se completaban con sus caras llenas de maltrechos dibujos a imitación de la muerte. Jaime se imaginaba dentro de la botella con su muerte prendida al brazo. Se deslizaba sobre el empedrado al

ritmo de “Sobre las olas”. Sentía caer arroz y confeti en su cabeza y a los costados. Frente a ellos había una casa. Coros de Iglesia se empezaban también a escuchar, conforme se acercaban. Había una presencia hermosa que rodeaba todo aquello. Jaime decía que traía a la muerte cerca porque le daba buena espina. Le deseó en silencio unas largas trenzas, un vestido blanco, unos labios delgados y se quedó mirándola, sonriendo.

La puerta estaba entreabierta. Dentro, Mendoza y Mario se toparon con un nutrido grupo de gente todavía despierta, que volteó sorprendida. Los muchachos se quedaron quietos. Se acercó una señora pálida y delgada, muerte malencarada y con reboso.

—¿Qué es esto, David, qué locuras estabas haciendo, dónde estaban? —la señora levantó la voz y su tono era amenazante. Ellos seguían quietos.

David recibió una cachetada después de decir algo. La gente murmuraba insultante y hosca. La señora, su madre, se alejó sollozando. Ellos empezaron a caminar al fondo de la sala mientras los demás iban quedándose en silencio. En el fondo de la estancia vieron a cuatro personas de pie en el centro. Algunos lloraban. Mientras más se acercaban, iban distinguiendo una mesita colocada al lado opuesto al que ellos se

dirigían. Alcanzaron por fin a ver encima una botella, una muñeco horrible de papel maché, sonriente, y no un hombre, todavía un muchacho que pareciera soñar en algo bueno y sonríe, dentro del ataúd.

# El té del soldado


Agustín Goenaga

“Mírame, estoy aquí, de rodillas, ante ti, tengo veinte años y sé que soy guapa. Lo sé muy bien. No soy la más guapa de todas, porque eso no existe, pero soy guapa, mi cuerpo es irreprochable, mi rostro es expresivo y refleja curiosidad y calma, devoción y comprensión, serenidad y seriedad, y todo eso se mezcla en armonía y me hace bella. Porque eso es la belleza, sólo eso. Lo demás es únicamente una mezcla de carne y hueso poco consistente.”


Sándor Márai, *La amante de Bolzano*

## I

Las dos máscaras permanecían en silencio, sobretodo la que cubría un rostro lleno de cicatrices mal disimuladas por un ridículo maquillaje. Ahora ese hombre disfrazado de mujer, que nunca había sido bien pareci-



do y sin embargo levantaba vapores y estremecimientos al pasar por la calle, daba la impresión de adoptar la vulnerabilidad que venía con el vestido. Entre las crinolinas y los encajes, el carmín y los polvos de arroz en el pelo, parecía un niño abandonado que se buscaba a sí mismo en los desiertos del universo. La otra máscara habló de improviso con un hilillo de voz femenina que chocaba con sus ropas de caballero. La condesa, de rodillas, ceñida por el disfraz que convertía su cuerpo en el de un muchacho, con la mirada de papel maché fija en el rostro del aventurero veneciano que tenía enfrente, se sorprendía de que los ídolos se desmoronaran en un instante y sin hacer ruido. Ella le reprochaba sin el menor atisbo de amargura por qué, de entre todas las cosas aterradoras, él había sentido miedo de admitir que ambos tenían qué ver inexorablemente.



Cerré el libro y mis ojos se escurrieron por la ventanilla. A mis costados fluía el paisaje en tonos sepia. El autobús llegaría a la Ciudad de México antes de que cayera la noche y la carretera se llenara de sombras. Sólo entonces, al ver los árboles y las cercas que corrían de espaldas, sentí deseos de escribir aquello que durante varios meses había escondido entre los pliegues de mi cráneo. El vómito apareció en el nacimiento de la lengua una vez que corrí las cortinas del cerebro y lancé una ojeada hacia atrás.

## II

Ahora escribo durante la noche de vuelta en casa. Afuera pasan los automóviles por el Circuito Interior. A pesar de sentir mis ropas impregnadas de otro perfume y otra voz que hace eco entre las paredes de mi cabeza, todavía puedo desmenuzar el olor a cremas y jabones baratos de aquella noche. No recuerdo cómo fue que llegó a mi regazo, pero la imagen del falso lunar en su mentón es imborrable. Tenía las piernas como alas desplegadas y unos zapatos corrientes, de plástico, con plataformas siniestras que parecían lanzarla hacia el espacio. Me sorprendía que pudiese guardar el equilibrio en esa posición. Mis manos subían y bajaban por sus pantorrillas y muslos como si cumplieran con un deber. Su rostro era un montón de ceniza. Mis compañeros sumergían sus narices entre otros cuellos y aspiraban como si fuesen a absorber el mundo con los pulmones. Luego mis dedos entraron por la bata desabrochada.

—Los pezones no. Me duele.

—¿Acabas de tener a tu hijo?

—No.

—Acabas de tener a tu hijo.

—Sí.

—Y estás lactando.

—Sí.

Ella presionó un pezón como una moneda fría y manoseada y extrajo una gota de leche que brilló bajo las luces de colores.

—Prueba.

En ese momento recordé otra noche. Regresaba a casa en el coche de un viejo amigo y nos detuvimos en un semáforo

—Sí, la literatura japonesa es puro erotismo —me decía—, alguna vez leí la historia de un soldado que pasaba su última velada antes de viajar al frente tomando té con su mujer. Ella sacaba un seno por una abertura del kimono y usaba una gota de su leche para endulzar el té del soldado.

Esa escena, descrita apenas en el intervalo de un regreso adormilado y vertiginoso a casa, forjó la sombra de cada paso futuro. Ahora me espera adelante sólo para dejarse traspasar de nuevo una vez que la he alcanzado.

### III

Estoy seguro de que ella reconoció algo en mi silencio y en mis párpados cerrados, en mis manos que



descansaban sobre sus muslos, porque se cerró la bata y se peinó el cabello con los dedos.

—¿Te doy miedo? — pregunté a trompicones.

—¿Tú? ¡Por favor!

—Sí. Te doy miedo.

Su rostro, similar a los restos de una catedral barrida por el mar, se volvió una lápida.



# Caballos de fuerza

Rodrigo Márquez Tizano

No todas las sillas estaban ocupadas, entonces me senté. Nadie quería hablarme. Eran las siete de la mañana y apenas había algún color en el panorama de la clínica como para entablar plática. Además nadie habla en las salas de espera de un hospital. Mucho menos en uno clandestino. El can-can de las vaginas destrozadas se rige, como la mafia, por la omertá más disciplinada. Aún no había desayunado (más por descuido que por ayuno solidarizado) y el doctor Rodolfo Balbuena estaba apunto de sacudirle un fierro a la mujer que preñé y amé para librarla de todo mal.

Traté de mantener el ambiente soporífero de la habitación y hundí la cara entre mis rodillas mientras concentraba la atención en esas grietas disparadas en todas direcciones por el deteriorado suelo a cuadros y trataba de omitir los lamentos provenientes del fondo del pasillo.

Llegaban los gritos con tal nitidez a través de las mamparas que separaban una cama de otra en el área del despertar, que era imposible disimular. Una jovencita a tres asientos comenzó a sollozar y un ro-meo desgarrado y puberto le sobaba la espalda sin entender nada, con esa mímica torpe de funeral ajeno. Apenas alguna blanca nieves recién atendida reaccio-naba ante la anestesia y de inmediato contagiaba de angustia post-cucharazo a las que todavía esperaban turno.

Por eso yo le di doscientos pesos a la enfermera para que acomodara a Mi Leslie en un cuarto privado, con baño propio y televisión. Porque soy un caba-llero y si no pude financiarle un aborto en algún hospital que aún conservara el color en sus paredes y tuviera tienda de regalos o cafetería, por lo menos no iba a dejar que cobrara conciencia junto a unas mugrientas quejumbrosas. Mi Leslie no iba a hacer show público ni iba a hacer llorar a nadie. Nosotros no damos lástimas.

Se tambaleaban las enfermeras por el pasillo, ida y vuelta, sin reparar en mí, así que supuse que el doctor estaba en plena ejecución. No quise preguntar. Nadie pregunta nada en la sala de espera de un hospital así. Sólo dejás que el tiempo haga lo suyo y tratás de retener lo menos posible. “Ya pasó flaquita, ya está


todo bien” repetía en círculos la señora acompañante de una rubiecita de no más de catorce años que se desvanecía por la salida con la mirada bien clavada en el suelo. Dudo que haya notado que la grieta más larga de la habitación se desdibujaba desde la puerta de los quirófanos hasta la zona de las mamparas y quizá seguía más allá, hacia la salida de emergencia o al consultorio de Balbuena que estaba en la planta baja. A él me lo recomendó una amiga que había tenido el gusto de tratarlo en dos ocasiones anteriores. Cuando concerté el primer chequeo unos días antes, me sorprendió verle llegar conduciendo un Jaguar X-Type V6 de 2.5 litros, que contrastaba radicalmente con lo paupérrimo del sanatorio. ¿Cómo era posible que un médico que operaba en un lugar así condujera un auto de casi 30,000 dólares? Después me enteré que al parecer, Rodolfo Balbuena ha prestado sus servicios como legradista a media Ciudad de México y, claro, su reputación le precede. Salvándole orgullosamente el vientre a jovencitas deshonradas desde 1987.

Para cuando la cabecilla del desuniformado grupo de enfermeras del “Hospital Popotla” se me acercó (Señor Trejo, la paciente ya se encuentra en la habitación) yo ya había llegado a varias conclusiones. Si aproximadamente cada 15 ó 20 minutos se escuchaban nuevos alaridos desde el fondo de los bastidores y también cada veinte o poco más, llegaban una o dos clientas

a la sala de espera y yo llevaba ya poco más de una hora plantado, eso significa que Rodolfo Balbuena ó sus practicantes a sueldo ejecutan casi cuatro abortos por hora, sin parar y con lista de espera. Si la maniobra esta valuada en seis mil pesos, podemos deducir que el doctor gana casi veinticuatro mil pesos por sesenta minutos de esfuerzo. Al calcular esta cifra dentro de un horario laboral promedio de ocho horas obtenemos la nada despreciable cantidad de ciento noventa y dos mil pesos en un sábado cualquiera. Imaginando que el gasto diario de la clínica ascendieran a poco más de cuarenta mil pesos, nuestro galeno se embolsaría, libres, ciento cincuenta mil pesos de cirugías express.

Pude haber formulado más cálculos, pero una histérica comenzó a gritar descontroladamente “¡Que hice, mamá!” y los números en mi cabeza se derrumbaron.

Aún estaba sedada Mi Leslie cuando le acaricié la frente. Yo sabía que todo se había terminado. Después de ese día, nunca nos veríamos como antes. Le habían raspado a un hijo, y ahora ella rasparía todo recuerdo mío de su mente. De todos modos la iba a llevar a comer sushi y al cine cuando despertara y se sintiera mejor. ¿A cuánto esta el tipo de cambio? ah, si, un dólar por 10.90 pesos.



La contemplé ausente. De verdad que aquel cuarto aislaba los berridos de afuera con una eficacia inmejorable. No escuchaba absolutamente nada más que la respiración adormilada de Mi Leslie. La grieta enorme llegaba hasta mis pies y se perdía en la pared de una ventana que no daba a la calle.

En ese momento lo tuve todo bien claro. Si quisiera, Rodolfo Balbuena podría comprarse un Jaguar X-Type V6 de 2.5 litros cada dos fines de semana.





# Heréticos y apócrifos

Antonio Montufar

*Nihil sanctum est*

## Dios

I.

Tu misión, Lucifer, será perder a aquéllos que no merezcan estar en mi reino: Los débiles.

II.

Has de saber, Judas, que mi hijo único ha sido un rebelde. Es verdad, bajó al mundo con la fiel intención de obrar el bien, no obstante infringió mi autoridad, puesto que nunca se lo permití. Tu misión, mi querido Iscariote, será entregarlo. Yo sabré entenderme con él después de la crucifixión. Te aconsejo enormemente que no demores tu llegada al Reino de los Cielos. Tu entrada será triunfal, tenlo por seguro. En cuanto a tu nombre, tu dignidad y tu trascendencia... No te preocupes: Tarde o temprano, créeme, la historia te absolverá.

### III.

Tu petición será concedida, Lucifer. He aquí el arma con la que perderás a aquéllos cuya Fe en sí mismos es nula o insignificante: la Religión.

### Caín

Lleno de coraje destruyó mi ofrenda. La suya no había resultado. Al llegar, nuestros padres dijeron que la mía era un desastre. Que debía aprender de mi hermano, pues la intención siempre es lo que cuenta. Tuve paciencia, a pesar de que no era la primera vez que él lo hacía. Camino a casa pude ver que recogía algo del suelo: era una piedra. Le dio filo. Aguardó el momento en el que estuviéramos solos y enseguida me amenazó de muerte. Me atacó. La quijada fue lo primero que encontré para defenderme. Lo maté en defensa propia.

(Mentira. Todo es mentira. La historia la escribimos los vencedores).

### Macrocosmos. Microcosmos.

Dios, hijo primogénito de El Eterno, edificó un laberinto para perder en él a Satán, su hermano. Dicha empresa (que algunos conocen como El Universo) fue un fracaso: Paradójicamente, el principal defecto de la magnánima obra era la perfección, el minucioso orden

bajo el cual laboraba. Satán urdió como respuesta un dédalo insondable, caótico, imperfecto (y, por tanto, perfectible) propio de una monstruosa genialidad, destinado a trasgredir el nombre, la esencia y la obra de su hermano: la Mente Humana.

## **Barrabás**

Yo sí te creo, sé que Él te envió. Si ordenas que sea yo al que eximan, no pierdes nada. Piénsalo: tú debes morir en esa cruz. Aparte, a estos romanos es fácil verles la cara. Muérete y resucitas, al cabo para ti es bien sencillo. Sigue mi consejo, y haz que me perdonen la vida.

## **Zaratustra**

Los sepulcros son las tumbas de los hombres. Los templos, las iglesias, son las tumbas de los dioses. Que las almas de los muertos descansen en paz, y que su culto permanezca intacto, ya sea en la ofrenda o en la memoria de la bestia, pero no en la del Súperhombre.

## **Eva**

Él se negaba. Ella decidió seducirlo. Posándose a sus pies pidió la compañía de otro, otro para ahora ella

hacerlo morder el polvo, costara lo que costara. Dios aceptó. Fue entonces cuando apareció Adán, dispuesto a gozar a la primera ramera en la historia.

## Jesús

De todos los destinos en el Universo, a mí tenía que tocarme el de Redentor del mundo... el de Mesías crucificado. No es que envidie el destino de Judas, pero hubiese sido menor suplicio la horca que el calvario.

En verdad os digo (En el nombre de Dios)

I.

Mentira es que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Verdad es que el hombre creó a Dios a su imagen y semejanza.

II.

El diablo no es ateo. Lo juro.

III.

Dios no tiene religión. Lo juro.

IV.

El día en que el Mesías regrese a la Tierra lo hará, indudablemente, al lado del Iscariote.

## V. (Última vindicación)

No es culpa de Dios que los hombres hablen por Él o en Su nombre. Toda la culpa es de Lucifer, quien nos enseñó un lenguaje, y un medio para expresarlo: el arte.

## Big bang

El propósito original de Dios era el de crear sólo una minificción. Lo logró: su creación era pequeña, frágil y ovalada. Pero explotó...

(Dando pie a la novela universal).

## Realidad

La Realidad, también conocida como la “Historia del Mundo”, maquinada por Dios, el Malvado, lleva por título este categórico encabezado: Fragmento.

## Eternidad

La eternidad sólo es concebible a través de un ser que no pueda percibirse a sí mismo. (Conclusión: Dios no puede creer en Dios). Amén.

## Pacto

El joven Dios deseaba ser el gobernante de un Universo. Tuvo que vender su alma al Diablo para conseguirlo.

## **Adán**

Tembló Adán, porque Dios dijo: “Hágase el amor”, y aún no había creado a Eva.

## **El mundo**

Cuando Dios despertó, el mundo todavía estaba allí.

## **Epifanía**


Hoy desperté y, mirando hacia el espejo, encontré a Dios.

# El Diario

María del Pilar Piñones


Alguna vez, cuando aún era joven, alguien a quien ya no recuerdo me regaló un cuadernillo que usé como diario. Era de unas hojas ya de por sí amarillentas que ahora tendrían un delicioso tono ocre de no haber sido por el fuego que acabó con ellas. En ese diario escribí todas las maravillas que pude. Era un librito de cuentos donde yo misma era la protagonista. Me gustaban las historias que escribía, me gustaba esa vida plasmada ahí para leer y revivir.

No sabía cómo empezar mi diario así que la primera vez que escribí en él lo hice sin mayor finalidad que aventarle algunas letras para rellenar el papel, sólo para darle algo de color. Comencé por escribir sobre lo especial que era yo para el mundo y lo mucho que me amaban. Me daba risa leer lo que estaba escribiendo porque era la penúltima de cinco hijos y mis padres no me prestaban mucha atención; mis hermanos mucho menos. Sólo era una más, nada especial, pero en mi diario dije que era la mejor en todo, la más bonita,




la más querida por mi padre, la más cumplida con mi madre, la que hacía mejor los deberes y la única que iba a a la escuela; en realidad mi padre aún no decidía si yo podría seguir estudiando.

Unos días después de haber escrito lo maravillosa que era volví a abrir mi diario y al releer aquellas líneas me puse a imaginar lo que leía como si fuera cierto. La sensación era magnífica, pero sabía que eran mentiras mías. Sin embargo, se trataba de mi diario y nadie tenía por qué enterarse de lo que escribiera en él. Decidí esconderlo y escribir lo que más se me antojara.



Mi vida era muy aburrida así que tomé algunos ejemplos de los chismes del pueblo y le fui dando forma a mis aventuras. Cambiar mi actitud me cambió la vida y llegó el momento de empezar a poner fantásticas historias en mi diario. Comencé una bella historia de amor, mi primer enamorado. Se llamaba Ramón Farías y era de una ranchería cercana, había venido a visitar a Don Manuel, su tío, y yo me lo encontré en la tienda, nos enamoramos nomás de mirarnos. Para envidia de todas las que lo vieron ese día fue él quien me habló. Fuimos cerca del quiosco y nos sentamos a platicar. Eso se repitió del mismo modo un par de días y el cambio se dio por medio de un beso. Se fue y me dejó exaltado el corazón, sin embargo Ramón





no volvió porque lo mandaron a estudiar, pero algún día yo iría a reencontrarlo. Después tuve mejores historias y nunca lo alcancé, sólo quedó el recuerdo del primer amor.

Me di el lujo de tener algunas amistades exóticas y de ir olvidando a mi familia y a todos los vecinos. Conté las mediocres historias de amor de mis hermanas y los tristes trabajos de mis hermanos, también enlisté mis éxitos y viajes donde pasaba largas temporadas sin saber de mi familia.

Un día no encontré mi diario. Me asusté. Desesperada me puse a buscarlo por todos los rincones de la casa. Le grité a todos los que estaban cerca, los acusé de metiches y ladrones, pero nadie me dio respuesta. Mi madre me abofeteó para que dejara de gritar y tuve que calmarme. El diario faltó durante varios meses en los que me sentía morir por una enorme necesidad de recuperar la vida, mis recuerdos, los detalles. Necesitaba el orden preciso de las letras para sentirme tranquila con mi pasado y mi presente.

Pero nada es tan grave, a todos les ocurren cosas de lo peor que ya no son de lo peor, todo se va haciendo costumbre como vivir en el infierno, no es novedad. A mí, sin embargo, nunca me pasaba nada. Me voy a morir un día, pero no sería por eso. La muerte me

gustaba para amiga hasta que la supe puta: se acuesta con todos eventualmente. Se ofendió cuando se lo dije y se fue sin mí, pero ya regresará algún día.

El diario reapareció de sabrá dios dónde, pero al releerlo me pareció que no era como yo lo recordaba, que los párrafos eran un poquito distintos a lo que creí que eran, sin embargo, era mi letra, tuve que conformarme en pensar que mi mente me hacía una jugarreta.

Cegada por la felicidad que volvía a mí por tener mi vida de ensueño, seguí escribiendo fiel a lo que estaba escrito, aunque tuviera que retocar mis recuerdos. Así fue como escribí sobre el amor de mi vida y los hijos hermosos que tuve con él. Conté sobre la gran casa que compramos y las visitas sociales que teníamos constantemente, los viajes por distintos países y el encuentro de maravillas naturales y arquitectónicas. Mi dicha era plena, hasta que por segunda vez el diario desapareció. Fue mucho peor, estuvo perdido durante varios años y yo empecé a olvidar mis recuerdos más preciados.

Cada día veía mi casa más pequeña y más cerca de la de mis padres de lo que la recordaba. Mis hijos se iban y volvían y yo no sabía de dónde. Mi marido me hacía preguntas básicas sobre cómo estaba y no hablaba más conmigo. Empecé a sentirme sola, vieja e incomprendida. Mis hijos se fueron definitivamente y en su lugar me dejaron un gato cada uno.

Cuando mi esposo llegaba yo le pedía que me ayudara a buscar mi diario porque no podía estar más tiempo sin él. “Te traeré muchos cuadernos nuevos y lápices de colores”, me decía y me sacaba de quicio su tranquilidad mientras yo me deshacía de pena. A punto de resignarme a esa vida de carencias encontré el diario entre un montón de telas sucias. “¿Eso es lo que querías?”, preguntó mi marido. Su cara era de sorpresa y mucha diversión. A mí no me importó y le pedí que se fuera para releerlo a gusto.

Tiempo después llegó mi hermana menor de visita, venía acompañada con alguien a quien presentó como Ramón Farías, su esposo. Me sobresalté y corrí a buscar el diario, tenía que volver a leer que había sido yo de quien se había enamorado aquella vez, pero las letras estaban borrosas y no pude calmarme. “Cada vez está peor, ¿no es cierto, doctor?”, preguntó mi hermana a mi marido. “¿Qué te pasa? ¿Estás loca?”, le grité a mi hermana, pero no me hizo caso. Se dio la vuelta y salió del cuarto, pero antes alcancé a oír que me decía que yo ni siquiera sabía escribir. Abracé el cuaderno y me puse a llorar mi angustia.

Cuando me quedé sola intenté leerlo nuevamente y encontré que las letras eran difusas, lo había perdido todo. ¿Qué será de las letras jamás leídas?, pensaba yo mientras acariciaba los garabatos de colores en el papel. Luego, completamente furiosa, le prendí fuego,

no podía soportar esa traición. Creció mi ansiedad porque el papel se quemaba lentamente, las pastas tronaban un poco y el fuego comenzó a bailar sobre el diario y a pegar de saltos hasta alcanzar una cortina. Por más que trataron de apagar las llamas el incendio se extendió y quemó la casa que, de tan bonita y sola, quedó hecha cenizas; no volví a ver a mis tres gatos. Alguien me rescató, no sé quien, y me trajo a este sitio donde la gente se maravilla y pide mis historias, igual que tú, en los ratos que pasamos en el patio. Pero esta vez es diferente, ahora te confieso que lo que te digo es cierto, es lo más verdadero que puedo decirte y probarte.

Hoy, ya vieja, alguien a quien mi memoria no me permitió reconocer fingió olvidar en mi recámara esta cajita –la anciana extiende un envoltorio que contiene una gran caja de cerillos con un único fósforo y una hoja ocre en la que unas letras temblorosas dejan leer: “A pesar de todo, cada página sigue en mi memoria. Aún recuerdo”.

# Guerras perdidas

José Antonio Sánchez Cetina

Marcharon otrora ejércitos poderosos; uno del norte y el otro, naturalmente, del oriente. Sin embargo, la característica obvia e innegable de su localización pocas veces era recurrida para hacer mención a las respectivas armadas de los dos sultanes que alguna vez marcharon en campaña por todos los rincones de Saturno. La grandeza y el poderío de dichos regimientos no tuvieron, en su momento, comparación probable. Sarracenos con dagas curvas y brillantes fueron enterrados y desenterrados por la arena junto con sus camellos cíclopes. Expediciones persas de terribles guerreros, elefantes alados, caballos con dientes de lagarto, hombres de dos brazos y trinchas curado por la luna en cada brazo, cerdos de combate de setecientas lonjas, simios de orejas anilladas y lepra en la saliva; todos ellos chocaron, como la suave ola sobre roca firme del naufragio, sin importar su número o grandeza, con los implacables ejércitos de los sultanes del norte y el oriente.

Nadie nunca conoció la ciudad fortaleza de estos regimientos, porque nadie nunca los vio llegar, ni del norte ni del oriente. Parecidos a una plaga de moscas, como cuando el viento arrastra, de a poco, las cenizas de alguna aldea convertida en llamas. Como un simple gesto que surge de donde no hay nada. Así pues, la gente de entonces los conocía de un nombre distinto. Realmente es hasta hoy ignorado el porqué del Norte y del Oriente si jamás fue sabido de dónde venían o hacia dónde iban. Quizás alguien, en algún momento sí lo supo, quizás lo supieron varios y se les fue olvidando a punta de estornudos. Y es que lo esencial del recuerdo no es de dónde venían, ni hacia dónde se dirigían, no eran los botines o tesoros o canciones o dioses por los que la historia los guarda aún, sepia. Puedo traer a esta mesa cubierta de terciopelo púrpura anécdotas y epopeyas de las guerras cavernarias, del fuego, romanas y griegas y plutónicas y marcianas, pero no hay nada nuevo, distinto, en ellas que su burbuja proyectiva, joven amigo, no pueda mostrarle.

Le ofrezco ahora esta historia, hombre bueno, a cambio de aquel diente oblongo de oro que está detrás de los relojes de catorce días que le han venido a empeñar. Aseguro, pues, que lo que escuche no lo encontrará en ningún libro, ni siquiera en aquellos tomos de páginas infinitas que se guardan en el piso dos de la biblioteca de Aldebarán, ni en las proyec-

ciones históricas que viajan desde Tierra que su burbuja pueda presentar. Pensará entonces que estoy inventándole un relato para quedarme con el diente, pero todos han sido ya relatados y todos los cuentos han sido ya contados. Pudiera yo acompañarle a la primera Luna que el hombre conoció para leer en sus jardines todos y cada uno, no encontrando en ellos el tiempo del que pienso hablarle. Pero eso sería una empresa complicada y ni con sus trescientos veinte años –aunque a la vista aparenta su rostro muchos menos– ni con mis ya novecientos dos, podríamos terminar. La historia del ejército del norte y del oriente no se encuentra en libros de historia, ni en proyecciones ni cuentos ni epopeyas ni relatos porque quizás nunca existió, o quizás solo existe eso y aún no termina.

¡Ah!, no tiene que decirlo dos veces. Sí, en verdad agradezco su confianza y prometo, por Platón, no defraudar el sentimiento con la charla. Verá, en ese entonces la pólvora sólo se utilizaba en la cocina para sazonar el pescado crudo, de modo que la sangre se jugaba en las guerras con cuchillos, cadenas, espadas y fuego, mucho fuego. Al no existir perdigones ni cohetes ni aviones o teletransportadores o trolls deslenguados quebrantahuesos, la estrategia, el clamor y los himnos de batalla eran decisivos en la guerra. Las banderas se alzaban con colores varios y los cuernos en La y en Do sostenido rugían y se esparcían en

ecos entremezclados con gruñidos que intimidaban al enemigo y permitían medir fuerzas antes del enfrentamiento.

Grandes estrategias pasaban noches incontables con la mirada perdida en un mapa sobre la mesa, haciendo cálculos con el compás y la cuerda y los dados a la luz de un candelabro de aceite de morsa. Un solo error podía significar marchar a la muerte o caminar por los adoquines de la gloria. Ahora entiende que sus rifles de plasma y granadas de nanocrotones poco guardan de la guerra a la vieja usanza.

Los pueblos, que aún eran muy jóvenes para proclamarse naciones, buscaban en sus entrañas alguna ventaja probable para mantenerse en el terreno belicoso. Algunos construían galeones movidos por el viento que disparaban enanos y convertían murallas en escombros sin siquiera desembarcar. Otros utilizaban a las bestias; marchaban osos en armaduras de bronce y tiburones con patas que se sumergían en la tierra y brotaban, como fuentes de sangre, en las aldeas remotas. Los pueblos más cercanos al ecuador avanzaban con oleadas de fuego que calcinaban al ejército enemigo y al propio en batalla. Todo esto usted lo sabe bien, pero existieron otras armas y otras estrategias que convirtieron a dos ejércitos en instrumentos implacables de guerra.



Dicen los camaleones viejos que todavía conservan lengua, que el punto de origen en el mapa de los sultanes del norte y el oriente era imposible de encontrar porque no hay mapas que apunten tan al norte y tan al oriente sobre tierras jamás exploradas. De hecho, se les conoce como sultanes a los señores de la guerra de estas fuerzas porque los mismos se denominaban así. No había en ellos algún indicio de raza, vestimenta, acento, dialecto. Ambos tenían un color pálido, indeciso. Vestidos como árabes y como guaraníes, como romanos o como sajones. Descifrar, o pretender descifrar su origen era un laberinto caprichoso y errático de pistas. Los ejércitos que comandaban hablaban todos los idiomas, incluso los mestizos y los que nunca se van a hablar. Sus armas eran comunes y podían encontrarse en una armería de Bretaña, lo mismo que en una cantera española o en una cueva maya. No tenían banderas, ni colores, ni estandartes o himnos.

Sus escudos eran oscuros como ojos de pirata y no había ni siquiera una pluma de quetzal sobre su casco. Incluso los ejércitos fantasmas marchaban con signos nigromantes en sus pechos.


Éstos, los dos ejércitos, digo, eran eso y nada más, soldados de espadas de hierro inerte y arcos de madera de hule, que no tenían ningún rasgo de per-

tenencia, de historia. Se antojaban como la guerra más insípida y transparente. Pero sólo ellos sabían la verdad oculta. No necesitaban trajes o sandalias de hueso, ni capas o escudos con un signo de Marte o de Huitzilopochtli, ni espadas fulgorosas de mercurio traído de Mercurio o arcos élficos robados del país del viejo Tolkien. Indefectiblemente era necesario mirarlos batirse en la guerra para conocer sus tácticas, y le aseguro que todos aquéllos que miraron a las dos huestes dominar nuestro Saturno cerraron sus ojos, secos de vida, en el mismo campo. De ahí que nadie conozca esta vieja historia.



Desde luego, en un momento explicaré el misterio que le he estado guardando. Juro por Sócrates que mi intención no es mantenerlo en ascuas. Por el contrario, me deleita dibujarle a detalle el contorno de tan empolvado secreto. Veo que se impacienta un poco y omitiré algunos recuerdos nimios que no afectarán al propósito. El Sultán del Norte no tenía nombre, más que ése. Regordete, de facciones dispersas y ropajes mezclados y revueltos como sus siervos. Detrás de la formación, siempre sobre una vaca grisácea con doce cuernos, desfilaba con paso lento el Señor del Norte, complacido. Frente a él se desplegaban por filas hombres de estatura media, como ya he tratado de describirlos. Sus fierros siempre envainados y los escudos bajos, cargados de una superflua e invisible confianza. Los caballos que montaban relinchaban a

voces como un canto irreverente, grotesco y burlón. Al escucharlos y observar su llegada, el ambiente se tornaba raro, dulzón, caliente. Si respiraba el aire que traían esos peregrinos de inmediato era invadido por un sentimiento gordo y holgado de vanagloria. Lo extraño de esto, del sentimiento, es que cuando se incrustaba en la carne no se percibía como presunción y nada más. Era todo menos un destello fatuo de sus atributos. El ejército del que le hablo —preste atención, joven amigo, pues en otro momento quizás me habrían vuelto la lengua jirones por pronunciarlo— se llamó hace miles de años el Ejército Marrón de la Carcajada Infinita.

Me mira incrédulo y desencantado, como queriendo guardar aquel diente para una historia menos pretenciosa. No diga nada, aún no termino. El nombre no dice mucho, o tal vez dice demasiado y lo que dice realmente deja oculto lo verdaderamente macabro. Pueblos enteros y batallones temibles, hordas de bárbaros y de obesos trogloditas sucumbieron ante la magia más letal de estos sujetos. Calle y escuche, porque no pienso repetírselo, aunque no comprenda. En el horizonte se dibujaba, de súbito, una mancha informe y creciente que en pocos minutos se manifestaba por completo como el Ejército Marrón. De pie, a caballo o arrastrándose, los súbditos del Sultán del Norte cortaban la marcha y adoptaban una posición tranquila, tal vez demasiado tranquila y muy poco



amenazadora, en el campo de guerra. A escasos metros de distancia, la resistencia, que usualmente defendía sus aldeas con sus mejores hombres, catapultas, alfareros y sacerdotes, esperaba atenta el momento de explotar en sudor y adrenalina y terminar con el rompecabezas babeante de sangre marrón, si es que poseían estos fuereños alguna sangre. Entonces, adelantándose siempre al oponente, el Sultán del Norte profería la risa más escalofriante que puede imaginarse. De ella desbordaba alegría y presunción, superioridad y júbilo, mucho júbilo. Se distinguía en el rostro del sultán la sonrisa del Buda complaciente y aquella del terrible Atila. Una risa espantosa y magnífica se desparramaba como cascada sobre los cascos de su ejército, y entonces todos reían, sin orden, ni pies ni cabeza. El bullicio era tal que en muchas ocasiones los tambores enemigos, fuesen de trueno o de viento, callaban apagados por la algarabía marrón. No, tampoco me pregunte por qué les llamaban marrones.



Por qué reían tanto, me pregunta o se pregunta en voz alta, querido amigo y se rasca la cabeza queriendo sacar de sus cabellos la respuesta. Pues se reían de las circunstancias, de la guerra y de la paz, de su enemigo y de ellos mismos; de lo sórdido e irreverente de la sangre derramada. Se reían del calor y el dolor, de las trincheras y las espadas, de las promesas y los castillos y las torres de guardia. Se reían porque no les quedaba



otra cosa qué hacer más que reír. Y era tan cruel su manera de burlarse de todo, que el enemigo, desconcertado, poco a poco perdía la paciencia y la concentración, el ánimo y la lógica. Se lanzaba confuso contra uno y contra todos, ensordecido, primeramente, y después quebrantado en alma y piernas por la burla. Blandía su espada inseguro hacia los dientes brillantes y perfectos dueños de las carcajadas infinitas. Las formaciones se perdían, los discursos solemnes se olvidaban, las tácticas y movimientos, confusos, acababan en una espada lenta y segura de quienes reían y caminaban entre el desconcierto degollando fácilmente a una presa demasiado perdida como para enfrentarles. No había quien escapara al golpe de las burlas y de la alegría excesiva, ridícula.


En vano puedo narrarle capítulos de incontables guerrilleros que se pensaron capaces de derrotar al Sultán del Norte. Baste con saber que todos cayeron del mismo modo: unos más pronto que otros, fulminados por la risa que no conocía silencios. No hubo uno solo de los que se enfrentaron a ellos que viviera para explicarle al mundo la naturaleza de estos monstruos. Quien no encontraba la muerte por la espada maldita de los que reían, la encontraba más detestable aún en la locura de no dejar de escuchar las burlas y los gritos y las risotadas. Creo más conveniente hablarle en este momento, querido amigo, del Sultán del Oriente.

Equivoca sus pensamientos si cree que lo que sigue es simplemente un ejercicio de contradicciones absolutas entre un áscar y otro. Tiene usted más imaginación que la de cualquiera de estos tiempos, pero no apesure sus pensamientos. El Sultán de Oriente era en realidad muy parecido a aquél del Norte. Su prominente barriga yacía relajada tras ropajes de todos los colores y de todas las regiones. Un gorro que podría ser un turbante o un sombrero o una corona, o ninguno en especial, adornaba su cabeza ovalada. Se le veía siempre montado en un ñu gigantesco de lomo grueso y plano, del cual se desbordaba un tapete igual de grande. Tranquilo y con la mirada perdida en alguno de los cuatro soles, el Sultán de Oriente comandaba el Ejército Negro de la Misericordia.


Cantidad igual de pueblos dominaba aquel líder y de su ejército se conocía muy poco. Marchaban, sus siervos, lento y quedo. Sus caballos, con los tres ojos vendados, trotaban murmurando oraciones en sánscrito neptuniano; fierros envainados y escudos bajos llevados con deshonrosa pesadez. La vestimenta caprichosa de estos guerreros que marchaban arrastrando los pasos era, en efecto, de un color negro que en vez de parecer ausencia de colores daba la impresión de que todos los tiempos y todas las eras hubiesen pasado por encima de ellos. Negro de una suciedad inconcebible. Las camisolas, que se desgarraban a la mitad

del cuerpo, confundiéndose en surcos indecisos con pantalones del mismo color, parecían haber presenciado la primera de las guerras y todas y cada una de ellas hasta el momento, sin que hubiese caído en ellas una sola gota de lluvia.


Pero los rostros de aquel séquito, aún cuando parecían tener incontables años, no aparentaban haber sufrido las mismas tormentas de lodo e inclemencias que sus uniformes. Estos escuálidos guerreros tenían el rostro de un tono pálido indeciso, tal como el ejército del que ya le he hablado. ¿El Sultán? ¡Bah! Sus ropajes eran más sucios aún que aquellos del más lejano de sus hombres. Casi puedo ver frente a mí esas botas de cuero suave, seguramente danés, terminados en punta, como los de un comerciante cualquiera del Tártaro; viejas, cansadas de andar, de cientos de campañas, o de cualquier cosa. Pero ¡ah! mi amigo, sus ojos, es decir, aquellos ojos del Ejército Negro, y más aún los del Sultán de Oriente, eran líquidos, no me equivoco al decírselo. Ojos como espejos de cualquiera de los Soles o de la Luna de invierno. Manaba de ellos un fulgor gélido: cascadas pequeñísimas contenidas por una presión de párpados y cejas. El contraste entre el negro de sus ropas y el brillo casi azul de sus ojos era, no exagero, impresionante. Desde lejos se dibujaba, turbia, una masa negruzca llena de incrustaciones de luciérnagas por pares, marchando taciturna hacia la batalla.



De nuevo la impaciencia le hace nudos los dedos de las manos, joven comerciante. Creí que para entonces ya habría imaginado la táctica del Ejército Negro. No se culpe, quienes cayeron ante ellos, aún teniéndolos de frente, jamás sospecharon de lo que de inmediato les sucedería. La tribu sureña de hombres calvos y grandes como sauces que existió hace un puñado de siglos cayó estrepitosamente, como lo hacen los sauces, sacudiendo los brazos como ramas. Los nórdicos, guiados por Odín y Thor, derramaron en la nieve su sangre, lenta, frente a la armada negra. Gitanos y vagabundos y druidas y hombres topo se enfrentaron confiados ante un ejército silencioso y doliente. Todos, grandes y pequeños, fueron derrotados por el Sultán de Oriente.



Y es que nadie imaginaba el comienzo de una batalla sin la euforia desbordada de los discursos de emperadores, sin el tronar vibrante de los trombones belicosos. El sultán del este, trepado siempre en su lento ñu, profería un grito más parecido a un lamento y, casi de inmediato, se posaba sobre su hombro un búho pequeño y azulado, con ojos profundos y redondos. El sultán miraba al ave y de inmediato se echaba a llorar. Olvídense de por qué, no tengo idea de qué le decía al oído el pájaro, el punto es el llanto, no se desvíe. Líneas acuosas bajaban por las mejillas infladas del sultán, y pronto se convertían en arroyos constantes, cascadas, interminables canales de llanto. Sus hombres, movidos por una tristeza invisible,





descomponían el rostro y de esos trozos de mar que tenían por ojos brotaban lágrimas, miles, millones de lágrimas. Sin importar el suelo donde caía su llanto se formaban pronto espejos de agua, salados, turbios. Sí, incluso en la arena, olvide cómo, ¡claro que no tengo idea cómo llenaban el desierto de agua!

Sin abrir la boca, el ejército negro emitía un quejido grave, interminable y triste, inconteniblemente triste. Los soles secaban algunas corrientes de llanto formando estalagmitas por todas partes. El enemigo, incapaz de descifrar la raíz de los lamentos acuosos, se contagiaba invariablemente del aire infeliz que crecía con prontitud. El coraje e ímpetu de los guerreros se doblegaba ante un cuadro absurdo del único ejército que se echaba a llorar en plena formación. Entonces perdían sentido los discursos y las ofensas no encontraban jamás respuesta. Cómo lanzarse al cuello, daga en mano, contra un oponente cuya única resistencia era un par de ojos llorones. Y marchaban con ese murmullo estos guerreros, con la mirada perdida, y nadie sabía qué hacer ni cómo quitarse de las botas la corriente líquida de la tristeza.

El sultán negro, siempre en lágrimas, alzaba su brazo, casi sin fuerza, indicando el movimiento de sus tropas. Entonces, sin dejar de llorar y sin sacudirse el llanto, atravesaban los soldados negros las líneas enemigas; inmóviles y estupefactas, dando muerte lenta

pero efectiva con movimientos suaves de sus espadas cortas. No, entienda que el más valeroso o bruto de los comandantes enemigos perdía el sentido patriota o belicoso frente a un espectáculo tan funesto como el que le describo.

Era absolutamente imposible no escuchar los sollozos que proferían mientras hundían sus fierros en armaduras acolchadas y escudos de madera. El ánimo –puedo decirle con experiencia de guerra, joven vendedor– se parte ante el desconcierto de mirar al oponente llorar como un pequeño. No hay estrategia que valga, ni ajedrez para planear la evasión de la táctica de la tristeza plena, ni hombre ni gorila ni dragón que no se conmueva al mirar esos ojos azules intensos vaciarse una y otra vez. Así cayeron millares de millones de guerreros, vendados de ojos para no mirarlos, desprovistos de orejas para no escucharlos. El lamento del ejército negro se apoderaba de todo, y cada bocanada de aire era una inyección de melancolía con la que ningún militar puede lidiar. Vaya que sí, mi estimado amigo, su armada conquistó varias lunas y más de doce continentes del Saturno antiguo. Pese a todo, y al igual que el ejército marrón, de ningún pelotón sobreviven comandantes, ni cadetes, ni cañoneros ni médicos ni juglares ni enanos. Nada. Como si las dos armadas hubiesen vuelto del agujero negro del que salieron. Y con ellos desapareció la gente que

sabía un poco de Historia, y los pocos libros que hablaban en runas nanotexturizadas de su dominancia. No, tampoco fue un meteorito el que los consumió.

¡Claro!, seguro lo pensó hace varios minutos. Ambos ejércitos tuvieron que encontrarse de frente un día. Sí, lucharon, ¡vaya que lucharon! Cuarenta y siete meses íntegros de combate. El Big Bang de todas las guerras; miles de trillones de elementos formados a cada lado, cada cual con las características que ya le he contado. Dos máquinas perfectas de guerra con armas poderosísimas e infalibles chocaron estreótpsamente. Todo lo que pueda describirse respecto de dicha guerra será impreciso. Y es que después de los rituales de batalla de los sultanes, el silencio se rompió en mil pedacitos de risotadas y lamentos continuos. Las carcajadas se rompieron cual ola en el risco con lágrimas oscuras. Fue tan brutal el choque de armas y sentimientos y espadas y puños, que la batalla absorbió cual ciclón a todas las guerras que hubo y habrá en ella, y así a todos los mundos y a toda la gente que hubo y no habrá y a las discusiones de todo el planeta. Fueron cayendo uno por uno los guerreros de ambos bandos hasta que no quedó uno en pie. De los sultanes jamás se supo nada. Había terminado el transitar de los ejércitos más fuertes que han pisado esta tierra, lo juro por Saturno y sus dieciséis anillos. ¿No lo entiende?, por muy joven que

sea, piénselo: con ellos se terminó para siempre el llanto y la risa, la alegría y la tristeza. Usted no nació ya con la comezón de abrir grande la boca, mostrar los dientes y sonreír. No tiene idea de lo que le estoy hablando; es lo que fuimos y jamás volveremos a ser; es lo que nos hace esta especie insípida y duradera que jamás cambia de ánimo gris. Hasta ahora.

Me extiende nervioso ahora el diente de oro tan desgastado y opaco, con ganas de que me vaya tan lejos como pueda y deje de perturbarlo. Pierda cuidado, he terminado la historia. No preguntó jamás cómo es que yo sé todo eso. Déjeme contarle una cosa más, y hacerle un regalo que hará que este Saturno vuelva a caminar bajo un solo color cálido ¿Que a dónde llevo el diente que acaba de obsequiarme? Llevo más tiempo del que usted pueda contar en su calendario juntando las piezas de los dientes que fueron cayendo a punta de rompecabezas por el ejército negro. Míreme bien, porque después olvidará de dónde vine y a dónde voy: lo importante es la manera en que estos dientes, ahora completos y alineados, brillan. Es un alivio que los dientes no se pudran como los ojos celestes. Sonría, y no deje de hacerlo, porque hemos roto el equilibrio de nuevo, y los anillos de nuestro Saturno, por Anaxágoras que nos mira, dibujarán una sonrisa eterna



# Fichas de autores

**MÓNICA B. BROZON (1970).** Estudió Ciencias de la Comunicación en la UIA y el diplomado en Creación Literaria en la SOGEM, generación 1996-1997. De entonces a la fecha ha escrito 17 libros y ha obtenido, entre otros: el Premio Barco de Vapor 1996 por su novela *¡Casi medio año!*, el premio A la orilla del viento 1997 por la novela *Odisea por el espacio inexistente*, el Premio “El Barco de Vapor” 2001 con *Las princesas siempre andan bien peinadas*, el Premio Nacional de Literatura infantil “Juan de la Cabada” 2007 por la novela *Memorias de un amigo cas invisible* y el **Premio de Literatura Juvenil “Gran Angular” 2008 por su novela *Prólogo corto para una larga pausa*.**

**SERGIO J. MONREAL (1971).** Radica en Morelia desde 1984. Actualmente imparte clases de literatura y teatro a nivel bachillerato. Entre otros premios ha obtenido el primer lugar en el II Premio FILIJ de dramaturgia “El mejor teatro para niños” 1996, el premio a mejor obra de teatro para jóvenes en el *Primer Certamen Nacional de Teatro Infantil y Juvenil 2005-2006*, el concurso de cuento *Salvador Azuela* y el *Premio Puebla de Ciencia Ficción y Fantasía*. Ha publicado dos libros de dramaturgia (*Los ojos perdidos de Mirmidón*, 1996, *Como esperando a Godoy*, 1999), una novela (*La sombra de Pan*, 1997), dos libros de poemas (*El manar de la sombra*, 1997, *Las raíces del aire*, 2008), dos de cuentos (*La razón de los monstruos*, 2000, y *El canto de las ranas*, 2004) y participado en las antologías *Cuentos de la revolución mexicana* (2000), *Antología de letras y dramaturgia FONCA*

*1999-2000* (2000), *La escritura invisible* (2006) y *Primer certamen nacional de teatro infantil y juvenil 2005-2006* (2006).

**BERNARDO FERNÁNDEZ “BEF” (1972).** Como narrador ha publicado dos libros infantiles, *Error de programación* (1997) y *Cuento de hadas para conejos* (2001), dos compilaciones de cuentos de ciencia ficción, *¡¡Bzzzzzzzz!! Ciudad Interfase* (1999) y *El llanto de los niños muertos* (2004) y las novelas *Tiempo de alacranes*, ganadora del primer premio de novela policiaca “Otra vuelta de tuerca” en 2005 otorgado por Conaculta, el gobierno del estado de Querétaro y Editorial Planeta y del Premio Memorial Silverio Cañada 2006 a la mejor primera novela policiaca otorgado por la Semana Negra de Gijón, en España; *Gel Azul* (2006), publicada en España, ganadora del Premio Ignotus a mejor novela corta de ciencia ficción; la novela juvenil *Ladrón de sueños* (2008) y *Ojos de lagarto* (2009).

*Groar y Vacaciones en Marte* son dos libros infantiles escritos e ilustrados por él mismo que fueron publicados por la Dirección General de Publicaciones del CONACULTA en 2007 y 2008 respectivamente. Su obra gráfica se ha expuesto en exhibiciones colectivas en Francia, España, Estados Unidos y México.

**ARTURO MORÁN (1973).** Ingeniero industrial. Ha publicado en revistas y suplementos culturales. Obtuvo mención en el Premio Nacional de Cuento “El crimen como una de las bellas artes”. Tiene tres libros de cuentos inéditos.

RODOLFO J.M.(1973). Egresado del IPN (Instituto Politécnico Nacional) en Ingeniería Industrial. Cursó el Diplomado de literatura en la SOGEM. Ha publicado el plaquette de poesía *Veneno para las hadas* (1994); y el libro *Poesía incompleta* (1998). Ganó el Premio Nacional de Libro de Cuento "Julio Torri" 2008 por su libro *Todo esto sucede bajo el agua*, editado por Tierra Adentro. Actualmente prepara una antología de cuento de género negro que saldrá publicada en editorial JUS

GONZALO SOLTERO (1973). Ha publicado tres libros de cuento y una novela, *Sus ojos son fuego*, ganadora del Premio Nacional de Novela Jorge Ibarguengoitia y reeditada por el Fondo de Cultura Económica. Es colaborador de las revistas *Letras Libres*, *Replicante*, *Nezox* y el suplemento cultural *El Ángel* del periódico *Reforma*. Se ha desempeñado en cuestiones editoriales, académicas y de difusión cultural en México e Inglaterra. Mantiene una bitácora digital en <http://cerradura.blogspot.com>

GERARDO DE LA CRUZ (1974). Escritor y corrector de estilo, estudió Lengua y literatura hispánicas en la UNAM y el diplomado en Creación literaria de la Escuela de Escritores de la Sogem. Ha publicado el libro de cuentos *A propósito del autor* (México: UAM, 1995) y participado en diversas revistas y suplementos culturales del país. En 1999 obtuvo la beca del Centro Mexicano de Escritores y en 2001 la de Jóvenes Creadores del Fonca, ambas en novela.

ROGELIO FLORES (1974). Cursó estudios de Ciencias de la Comunicación en la UNAM y Creación Literaria en la SOGEM. Ha sido colaborador de distintas revistas (*Arcana*, *Cambio*, *La Mosca en la pared*, *Legión*, *Eje Central*, *Generación*, *El*

*Semanario y Open*), y coautor en las antologías *Abreletras* (Casa Universitaria del Libro, UNAM), *Prágmatafóra* (Descriptura Ediciones), *Vacaciones en escombros* (EÓN), *Fantasiófrenia II* (Ediciones Libera), *La mirada en el espejo* (Editorial Magon), *Prohibido fumar, cuentos contra la represión* (Lectorum), y *Palabras malditas* (Ediciones Efímeras). Es Autor del libro de cuentos *Adiós, Princesa* (Descriptura Ediciones).

GERARDO PIÑA (1975). estudió la licenciatura en letras hispánicas en la UNAM y un doctorado en literatura inglesa en la University of East Anglia (UK). Es traductor y colaborador de diversas publicaciones literarias. Ha publicado el volumen de cuentos *La erosión de la tinta* (2001) y la novela *La última partida* (Tusquets: 2008). Su portal electrónico es [www.letrasencorrespondencia.com](http://www.letrasencorrespondencia.com)

RAQUEL CASTRO (1976). Guionista, narradora y periodista. Egresada de la carrera de Comunicación de la UNAM. Trabajó para "Diálogos en Confianza" (Canal 11) con cuyo equipo ganó en 2 ocasiones el Premio Nacional de Periodismo. Ha elaborado guiones para la BBC de Londres. Ha impartido clases en AZTECTECH, escuela para la creación de videojuegos, y en CIGCITE. Ha publicado cuentos y reseñas en periódicos y revistas. Actualmente es Jefe del departamento de Información del INBA.

HUMBERTO MACEDO (1976). Es Psicólogo por la UAM-Xochimilco y narrador. Ha publicado los libros de cuentos *Nictofobia* y *otras torturas nocturnas* y *Última escala*, que fue ganador del Premio Latinoamericano de cuento Benemérito de América 2008, ambos publicados por la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. *Ordalía*, novela con que la ganó el Premio

Nacional Juan Rulfo para Primera Novela, se encuentra publicada en Lectorum. Ha sido becario de la Fundación para las Letras Mexicanas y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes en su programa Jóvenes Creadores.

**JOSÉ LUIS ENCISO (1976).** Narrador, periodista y consultor editorial. Es autor de *Los condenaditos* (Pre-Textos, 2005), relato ganador del XIX Premio Internacional de Cuentos Max Aub, otorgado en España. Además de otros reconocimientos, en 2009 obtuvo el primer premio en el VI Certamen de Narrativa Breve, en Murcia. Sus relatos, entrevistas y reseñas aparecen habitualmente en periódicos y revistas de México.

**ALEJANDRO SÁNCHEZ MIGUEL "ALEJÓN" (1977).** Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Anáhuac con un Diplomado en Creatividad por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Ha obtenido Menciones Honoríficas en el Concurso de Cuento de Humor Negro, y en el Certamen Literario de Cuento Sobre Rieles, además de finalista en el Premio Nacional de Cuento Criaturas de la noche. Sus textos han sido publicados en revistas como "Palestra", "SIC Literatura y otros errores", en el extinto suplemento "Arena" del Excelsior, y en las antologías: "Antes de que las letras se conviertan en arañas", "4 Cuentos de Humor Negro", y "Comunión Amorosa". Actualmente labora como escritor y guionista de TV.

**ILIANA VARGAS (1978).** Narradora y poeta. Estudió letras hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde coordinó el Encuentro Multidisciplinario en Torno a lo Fantástico. Ha participado en talleres de cuento y festivales de literatura

fantástica y ciencia ficción. Fue coeditora del fanzine *Caligari* y ha colaborado en publicaciones impresas, electrónicas y programas radiofónicos. Algunos de sus textos han sido incluidos en las antologías de cuento *Antes de que las letras se conviertan en arañas*, (IMC, 2006); *Segunda palabra*, (Épica, 2006) y de poesía *Hasta agotar la existencia III* (Resistencia, 2007).

**GILMA LUQUE (1978).** Estudió Filosofía en el claustro de Sor Juana y en la Universidad de Guanajuato, es egresada de la SOGEM, fue becaria del FONCA en la disciplina de novela en el periodo 2006-2007 y nuevamente repite en 2009-2010. Actualmente forma parte del taller de narrativa de Mario González Suárez. *Hombre de poca fe* (novela) será publicada por el sello Literatura Mondadori en enero del 2010.

**PAULETTE JONGUITUD ACOSTA (1978).** Estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana, Fotografía en la Escuela Activa de Fotografía, y Creación Literaria en la Escuela de Escritores de la Sociedad de Escritores de México. Actualmente es becaria, por segundo periodo, de la Fundación Para las Letras Mexicanas, en el área de narrativa.

**DANIELA BOJÓRQUEZ (1979).** Ha publicado cuentos en *Tierra Adentro*, *Este país*, *Punto de partida*, *Luvina* y otras revistas. Está incluida en *literaturas.com*, antología de autores hispanoamericanos; *Voces con vida*: I Concurso Internacional de Cuento Breve del Salón del Libro Hispanoamericano; *Porque es pecado no te lo doy* (Ed. Diana – UNAM, 2004), entre otras. Becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas (2003–2004) y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (2005–2006). Autora de *Lágrimas de Newton* (Ed. Ficticia, 2006).



MAURICIO SALVADOR (1979). Es escritor y editor de la revista electrónica HermanoCerdo. Sus colaboraciones han aparecido en revistas como *Metapolítica*, *Cuaderno Salmón*, *La Tempestad* y *Tierra Adentro*.

SANDRA BECERRIL (1980). Egresada del Centro de Excelencia Educacional. Ha recibido la Mención Honorífica en el concurso "Juana de América", Finalista en el Concurso Internacional de Terror "Espejo Roto" en España, y el Primer lugar en el concurso internacional de literatura "MiNatura" en Cuba. Ha publicado en revistas como: Luz directa, Fotozoom, Expansión, Expresión Autónoma, Época, Líneas, Crítica, Voces de la Primera Imprenta, Universo del Buho y en las Antologías: *Escritores hispanoamericanos en el mundo*, *Antes de que las letras se convirtieran en arañas*, *Espejo Roto* y *Grageas, 100 cuentos Breves de todo el mundo*.

JUAN MAYA (1981). Trabaja en el consejo de redacción de la revista de libros *Hoja por Hoja* y forma parte del taller de cuento de Marcial Fernández. Cuentos suyos han sido publicados en suplementos y revistas de circulación nacional. Fue becario de La Fundación para la Letras Mexicanas en los Periodos 2006-2007 y 2007-2008

EDUARDO URIBE (1980). Ha publicado poemas, ensayos y relatos en revistas y periódicos de circulación nacional. Es autor de *Infiernos particulares*, México, UNAM, 2008, libro de historias y relatos a que pertenece esta muestra. Becario del Programa de Jóvenes Creadores en los periodos 2002-2003 y 2007-2008. Ha traducido poemas de Charles Baudelaire, Fernando Pessoa, Samuel Beckett, René Char, Philippe Jacottet, entre otros. Fue secretario de redacción del *Periódico de*

*Poesía* de 1999 a 2006. Realizó estudios en la UNAM y en El Colegio de México.

BRENDA LOZANO (1981). Narradora y ensayista, colabora en *Letras Libres* y *Día Siete*, entre otras publicaciones. Estudió Literatura Latinoamericana en la Universidad Iberoamericana. Ha sido becaria del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Es autora del ensayo "Contra el padre" (*Contra México lindo*, Tumbona, 2008). *Todo nada* (Tusquets, 2009) es su primera novela.

ALFONSO NAVA (1981). Ganó el Premio Nacional de Cuento Beatriz Espejo 2004. Becario de la fundación para las Letras Mexicanas en los periodos 2005-2006 y 2006-2007, en el área de narrativa. Becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en el área de narrativa (cuento) del programa Jóvenes Creadores, promoción 2007-2008. Actualmente reside en Saltillo, Coahuila.

CARLOS TALANCIÓN (1981) Dramaturgo, narrador y director de escena, estudió la carrera de Literatura Dramática en la Universidad Nacional Autónoma de México. *Extraña fábula empresarial* (Dramaturgia y puesta en escena) fue ganadora en el XII Festival Nacional de Teatro Universitario. También ha publicado relatos en el suplemento cultural de la Revista *Siempre* y en la revista *Este País*, y ha sido finalista en concursos como *Criaturas de la noche* y el concurso internacional de mini ficción *Garzón Céspedes*. Actualmente es becario de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de narrativa.

SERGIO LOO (1982). Autor de *Claveles automáticos* (2006) y *Sus brazos labios en mi*

boca rodando (2007). Coeditor de *Oráculo. Revista de Poesía*. De 1997 a 2003 fue parte de Parodia de Vivos, colectivo multidisciplinario. Ha sido incluido en *Fantasiófrénia. Antología del cuento dañado* (2003), *Paso al Frente* (2004), *Descifrar el Laberinto* (2005) *El fungible: especial de relatos* (2006) Textos suyos han aparecido en *Navegaciones Zur* y *Hermanocerdo*.

EMILIO B. FROSEL (1983). Narrador, Poeta, Locutor de radio, Músico, Maestro y Borracho. Forma parte de la Asociación de Escritores de México A. C. Ha publicado cuentos y poemas en el "Encuentro de literatura joven Mar de Vértigos 2008", la antología "Tentación de Decir", el periódico "El Heraldo de Chiapas". Ganador de la medalla "Gustavo Baz" por el audiolibro "Obra poética" de Arthur Rimbaud. Tiene un programa de radio sobre literatura y rock 'n roll todos los martes y los miércoles de 12 a 2 de la tarde en [www.holatv.com.mx](http://www.holatv.com.mx): Rockzilla Rockzuki, el rey de los monstruos.

RODRIGO MÁRQUEZ TIZANO (1984) Escritor. Ha publicado el libro de relatos *Caballos de fuerza* (Arteletra, 2008) y actualmente prepara un segundo volumen de cuentos con Editorial Moho: *Todas las argentinas de mi calle*. Ha sido colaborador habitual de revistas como Replicante, Día Siete, Tierra Adentro, Rolling Stone y es columnista en Territorio Sonoro de El Universal. Conduce el programa de radio Malasaña sobre literatura, box y música imposible en Ibero 90.9 FM.

AGUSTÍN GOENAGA (1984). Actualmente cursa el doctorado en teoría política en la Universidad de British Columbia en Vancouver, Canadá. Ha sido profesor, periodista, traductor, editor y, obstinadamente, lector y escritor. *La frase negra* (ERA, 2007) es su primera novela.

ANTONIO ROHMAN MONTUFAR (1985). Licenciado en Psicología por parte de la UNAM. Ha publicado en Opción: Revista del alumnado, ITAM; y en Punto en Línea. Obtuvo una Mención honorífica en el Primer Concurso de Minicuento "En breve, lo que tú me cuentas". Segundo lugar en la categoría de cuento breve del Concurso 40 de la revista *Punto de Partida*. Colabora como profesor en el Instituto de la Juventud del D.F., con el taller "Iniciación escénica y Expresión Corporal". Es director del grupo teatral Dharma & Artificio. Actualmente se dedica a la mercadotecnia.

MARÍA DEL PILAR PIÑONES CONTRERAS (1986). Pasante de la licenciatura en matemáticas en la Facultad de Ciencias de la UNAM. Mención de honor en el I Concurso de Literatura Irracional "Espejo Lúdico. Ha tomado diversos talleres literarios, entre ellos con el escritor Alberto Chimal.

JOSÉ ANTONIO SÁNCHEZ CETINA, (1987). Licenciado en Negocios Internacionales (Mejor promedio generacional). Actualmente cursa la Maestría en Administración y Políticas Públicas en el CIDE. Tercer lugar en el concurso de Ensayo "Los Jóvenes y la política", convocado por Revista PROCESO y Editorial B. 2006, con el ensayo "De la política envolvente"; mención honorífica en el concurso de Relatos Breve Mano de Obra, del Instituto de Comunicación y Cultura Oaxaca; publicó en la *Antología Antes de que las letras se conviertan en Arañas*. Saxofonista egresado de la Escuela Autónoma de música. Auto exiliado de la escena Ska, ex saxofonista de La Matatena y La Minoría Actualmente saxofón alto y barítono en La Floridita, agrupación mexicana de funk fusión. [www.myspace.com/floriditaalmasoul](http://www.myspace.com/floriditaalmasoul))

ÉDGAR OMAR AVILÉS (1980). Egresado de la Escuela de Escritores de la SOGEM, pasante de la maestría en Filosofía de la Cultura (UMSNH). Becario en la categoría de cuento del SECREA en Michoacán 2008-2009 y del FONCA 2009-2010. Premio Nacional de Libro de Cuento San Luís Potosí 2008, premio Nacional de Cuento Magdalena Mondragón 2006, premio Binacional de Cuento México-Québec 2003. Fue seleccionado en las ediciones 2004 y 2005 de *Los mejores cuentos mexicanos* (Ed. Joaquín Mortíz). Antologador del libro *Antes de que las letras se conviertan en arañas* (Ed. Instituto Mexiquense de Cultura, 2006), autor del libro de cuentos *La Noche. es Luz de un Sol Negro* (Ed. Ficticia, 2007) y de la novela *Guiichi* (Ed. Progreso, 2008). Su blog es [www.rasabadu.blogspot.com](http://www.rasabadu.blogspot.com)

# Índice

<b>Prólogo mínimo</b> Edgar Omar Avilés	9
<b>Prólogo para nocturno a una enfermera</b> M. B. Brozon	13
<b>Bye, city blues</b> Sergio J. Monreal 29	
<b>Las últimas horas de los últimos días</b> Bernardo Fernández BEF	39
<b>Dicen mis conocidos</b> Arturo Morán	57
<b>El flautista</b> Rodolfo JM	67
<b>Amores de ciudad</b> Gonzalo Soltero	75
<b>¿Y quién morirá del todo, buitres?</b> Gerardo de la Cruz	79
<b>La última risotada de Javier Solís</b> Rogelio Flores	87
<b>De sueños y diálogos</b> Gerardo Piña	99
<b>Columpios</b> Raquel Castro	105

<b>Memorias de una sombra sin cuerpo</b>	
José Luis Enciso	109
<b>Absceso</b>	
Humberto Macedo	123
<b>Thalía</b>	
Alejandro Sánchez Miguel “Alejón”	131
<b>Uno de mis pájaros</b>	
Paulette Jonguitud Acosta	139
<b>Cuentahilos</b>	
Gilma Luque	149
<b>La tristeza de Assassine</b>	
Iliana Vargas	155
<b>Ema en Alberta</b>	
Daniela Bojórquez	163
<b>El hombre elástico</b>	
Mauricio Salvador	169
<b>Sombras sin dueño</b>	
Sandra Becerril	189
<b>Ixnaual</b>	
Juan Maya	195
<b>Festival de la cultura</b>	
Eduardo Uribe	203
<b>Un gorila lo dijo</b>	
Brenda Lozano	207

<b>La herencia</b> Alfonso Nava	213
<b>¿Alguien tras ese paño?</b> Carlos Talancón	227
<b>Ma, no te cortes el pelo</b> Sergio Loo	235
<b>Trozo de vidrio (fragmento de novela)</b> Emilio B. Frozel	247
<b>El té del soldado</b> Agustín Goenaga	257
<b>Caballos de fuerza</b> Rodrigo Márquez Tizano	263
<b>Heréticos y apócrifos</b> Antonio Montufar	269
<b>El diario</b> Mará del Pilar Piñones	275
<b>Guerras perdidas</b> José Antonio Sánchez Cetina	281
<b>Imágenes</b> p.7 Novedades 1970-1 p.297 Novedades 1970-8	



Esta obra se terminó de imprimir en agosto de 2009,  
en los talleres Fagalo Editores.  
Impresor Felipe García, Balakán Mz.2, Lte.5,  
col. Héroes de Padierna, CP. 14200, México D.F  
con un tiraje de 1000 ejemplares.